



“La tercera América”

p. 255-396

*Latinoamérica. Una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX*

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1978

440 p.

Serie Historia General 10

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de febrero de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/169/interpretacion-global.html>

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



más porque, de no ser así, se hubiera perjudicado el clima favorable a su desarrollo. Por otra parte, los políticos y los señores tampoco tuvieron, una vez aliados con esas conveniencias, intención de sobrepasar los límites que hubieran puesto en jaque su posición.

## LA TERCERA AMÉRICA

### *1. Los señores a través de la independencia*

América toda se puede incluir en los dos apartados que hemos formado arriba, tomando en cuenta en el primero aquella parte de los americanos que manda y en el segundo los que trabajan como ya lo hemos explicado. Sin embargo, consideramos de importancia otro grupo que forme la tercera América: incluye a los que piensan y opinan no importa si tienen o no oportunidad de actuar. Pero es la que, al fin de cuentas tiene influencia, en el pensar de las otras dos. Aunque en ciertos momentos llegue a adherirse o a confundirse con las otras para transformarse además de pensante en actuante. Al estudiarla en el recorrido del siglo XIX se delinea con personalidad definida, es dinámica y constructiva y llega a ser responsable de provocar la madurez, tanto del gobernante y del señor, como del trabajador. Al fin del siglo ha logrado cambiar el aspecto del continente y, por su actividad, se logra definir y aun limitar la actuación de los señores y de los trabajadores que a menudo logran conocer su verdadera postura, anteriormente incierta.

Si se contrasta la situación existente a fines del siglo XVIII con las últimas décadas del XIX, la diferencia es obvia, José Luis Romero presenta situaciones claras al estudiar la sociedad de las ciudades latinoamericanas. Su descripción de las actividades de la sociedad, en Lima o en Ba-



hía, muestra cómo las dos primeras Américas se comunican e incluso cómo penetran la una en la otra en 1774, cuando los privilegiados y los no privilegiados no parecían confundirse, tanto en las iglesias como en los mercados, o en aquellos lugares donde la gente se acumulaba. Había una incorporación a la vida urbana, y no había rubor por la postura social de cada quien. Las transacciones de compra o venta en los mercados fueron uno de los vehículos conductores principales de la intercomunicación; y las mujeres, cuando al fin del día regresaban a sus núcleos de partida, lo hacían habiendo aprendido de las costumbres y del lenguaje de sus interlocutores. En Lima, se llegó al uso generalizado del rebozo que disimulaba en todos por igual la calidad social, las costumbres o la conducta. La discusión por los precios de las mercaderías prolongaba el intercambio que las amas o las señoras habían iniciado en sus propias casas con sus criados. Por su parte, los hombres participaban de la mezcla con las castas, obligados por sus ocupaciones y negocios. Pero, además, ellos mismos buscaban el contacto a la hora de su esparcimiento y lo encontraban “en las amantes más o menos duraderas o en los ambientes de jolgorio o en las casas de juego”.<sup>1</sup>

Las sociedades urbanas, abigarradas como eran, carecieron de formas muy definidas y de comportamientos estrictos. En las ciudades que, al crecer, fueron causantes de acelerar el proceso de formación de la sociedad criolla con intercambio de castas y clases, se provocó una situación confusa que llevaba hacia una intensa movilidad social.

Sólo las clases altas sabían cuál era su lugar y las normas que las regían. Los estratos medios y populares mostraron una intensa fluidez que prepararía la crisis postin-

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 138-139.



dependencia. Esta crisis social gestó la formación de un nuevo ordenamiento social que desbordaba los límites establecidos desde la conquista.

Donde corría el dinero, como en Potosí o Villa Rica, el juego y el desenfreno alcanzaban sus últimos límites. El minero dejaba fortunas sobre el tapete y no gastaba menos en prostitutas, mulatas las más, con las que terminaba la noche. Y no faltaron los virreyes —Amat en Lima o Solís en Bogotá— que cayeron en el escándalo. Juego y prostitución fueron dos caminos importantes en la aproximación de las clases y castas. Y alrededor de las dos profesiones se movía el cinturón del hampa, con asesinos y ladrones “de espada, carabina o pistola”, como decía Concolorcorvo y el mundo de los pícaros y mendigos que Fernández de Lizardi retrató en el *Periquillo Sarniento*, espejo de la capital mejicana en vísperas de la independencia, en las coplas del ciego de la Merced daba al fraile limeño Castillo Andraca y Tamayo su versión de este mundillo de su ciudad, como Concolorcorvo la de otros que recorrió en su largo viaje.<sup>2</sup>

Todo ese populacho formaba un grupo social coherente sólo para los “señores”, pues sabían que de su buena suerte y de ellos mismos dependía subir o bajar en fortuna y en posición social y, a diario, procuraban apoyarse en sus propios inferiores para trepar e imitar a sus superiores tratando de confundirse con ellos. Los ropajes y los accesorios, así como los coches, casas y criados, fueron fundamentalmente para las sociedades urbanas, donde la ostentación era preocupación de primer orden. Esa misma preocupación constituyó una carrera dramática en contra de la realidad que se advirtió en los niveles superiores de las castas, especialmente entre mestizos y mulatos. Con la aceleración que produjo el mercantilismo, el objetivo fue salir del conjunto para individualizarse y confundirse con las clases privilegiadas. Los esfuerzos tanto para man-

<sup>2</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 139.

tener la posición como para conquistarla. Ayanque describió los afanes de las limeñas en ese sentido y Fernández de Lizardi registró también el fenómeno, poniéndolo en boca de uno de sus personajes.

La mucha pobreza que se advierte en las ciudades populosas [no consiste en otra cosa] que en el lujo desordenado con que cada uno pretende salirse de su esfera... Las mujeres poco prudentes no son las que menos contribuyen a arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo común en las que se ve el lujo entronizado. La mujer o hija de un médico, abogado u otro semejante quiere tener casa, criados y una decencia que compita o por lo menos igual a la de una marquesa rica; para esto se compromete al padre o al marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y a la corta o a la larga resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe, el crédito se pierde y la familia perece... fuera de que, bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es a costa del dinero, y exponiéndose a parecer lo que es en realidad con deshonor.<sup>3</sup>

Las clases altas con nobleza o sin ella mantuvieron el nivel de vida ostentoso tanto en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, México o La Habana. Se vivía con urbanidad, cordialidad y sencillez en los modales de acuerdo con el rango pero, aun en esos ámbitos, Humboldt sintió el interés de muchas familias por el mundo mercantil y por alcanzar una educación de acuerdo con la época.<sup>4</sup>

Su quehacer se dividió entre la vida mundana y la intelectual. Pero esas clases no eran siempre ociosas, pues buscaban mejorar sus perspectivas económicas aprovechando las nuevas posibilidades que ofrecía la apertura de los puertos, tanto antes como después de la independencia. Según sus intereses, discutieron las políticas del poder establecido y formaron opiniones, que se sostuvieron

<sup>3</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 141-142.

<sup>4</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 142-143.



con vehemencia. Así delinearón las posturas que llevaron a los movimientos revolucionarios por lo general encabezados por criollos de las ciudades que, cuando llegaron al poder rompieron el armazón tradicional: liberaron las fuerzas de la sociedad criolla, inmadura todavía y dudosa de sus objetivos, dividida y con intereses encontrados, que se movía porque deseaba ascender social y económicamente.<sup>5</sup>

La generación de los precursores de la independencia se inclinó por los temas de cariz político y revolucionario en su trabajo intelectual: Nariño, Torres, Santa Cruz y Espejo o Tiradentes, Egaña, Villalva, Moreno y Monteagudo se aplicaron a los estudios científicos como sucedió con los que se acercaron a José Celestino Mutis en Bogotá y que, luego, fueron encabezados por José de Caldas. Para 1790, entre los grupos medios de la sociedad, no faltaron blancos criollos, dedicados a los trabajos manuales. En esos grupos medios fue donde se dio el proceso de mezcla con estratos inferiores que ascendían. Este fenómeno ocasionó más de un problema, pues las funciones de cada individuo se defendían con calor por parte de mestizos, mamelucos y mulatos y entre ellos tenían que caber, todavía, los criollos blancos necesitados. De esta forma mestizos y mulatos se transformaron en intermediarios dentro de una sociedad dividida. Cada vez era más clara la conciencia de que todos eran criollos, arraigados a la tierra y unidos al mismo destino. Esta convicción se vigorizó al final del siglo XVIII y los sectores medios, así como las clases populares, aprendieron a sobreponerse a los prejuicios de raza sin dejar de conservarlos.

Los mestizos y mulatos tuvieron predisposición a aliarse con españoles no obstante los mamelucos y los mestizos conservaron el orgullo de su raza indígena, pero tendieron

<sup>5</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 144.

a incorporarse a la nueva sociedad. Se dedicaron a desempeñar los cargos que los blancos no querían por no enfrentarse a fricciones con los grupos de abajo y fueron capataces, encargados, mayordomos, o agentes. Hasta tal punto debió ser importante este movimiento de mestizos hacia arriba que en 1795 se publicó una cédula real autorizando a los pardos de Caracas a usar el título de “Don” mediante el pago de un arancel.

Estos criollos mestizos o naturales y los criollos propiamente dichos, los blancos, fueron quienes fermentaron en la sociedad promiscua de las ciudades donde los unos escalaban la riqueza y los otros podían compartir la miseria. En las clases altas, tradicionales de los peninsulares, dedicados a ser funcionarios, propietarios o comerciantes se formó un sector criollo mayoritario, de fisonomía poco precisa, por su condición social o por su origen y también por sus actividades e ideologías.<sup>6</sup>

Sin embargo, debe conservarse en mente que, al contemplar un espacio mayor de tiempo y al entrar en el siglo **xx**, se nota que los señores quedaron en pie a pesar de la independencia, como dijimos en un principio; a la vista del periodo 1809 a 1830,

puede concluirse que las modificaciones originadas por las guerras de independencia en los valores principales, en las normas, en la organización social y en las técnicas, son marginales. Los grupos estratégicos no fueron lo suficientemente subversivos ni estuvieron tan comprometidos para cambiar profunda y radicalmente el tejido social, con el fin de crear una sociedad verdaderamente distinta. La vieja estructura de valores y el sentido ritual de la sociedad colonial no fueron seriamente conmovidos. La ideología y las metas de la violencia guerrera se quedaron cortas. No hubo un impacto coherente ni masivo sobre

<sup>6</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 132-134.



las gentes. La tradición, bien respetada, se mantuvo firme.<sup>7</sup>

El propio José Luis Romero analiza las ciudades a lo largo del siglo XIX y apunta que, sólo al aparecer una mayor estabilidad política y alguna forma de riqueza, las clases altas y los gobernantes se ocuparon en transformar las ciudades sobre todo con pretensiones de lujo que llegó a las extravagancias de los estilos neogóticos y moriscos en los palacios recién construidos pero, sin embargo, predominó la arquitectura ecléctica afrancesada correspondiente a la influencia preponderante en los gustos.<sup>8</sup>

Volviendo a 1800, hemos visto cómo la sociedad criolla se constituyó en virtud de un proceso social interno del mundo colonial, producto del proceso de crecimiento dispar de blancos y de castas; a la vez, fue el resultado del mestizaje y de la aculturación que redujo al hiatus tradicional existente entre conquistadores. Pero, además, la expansión de la sociedad criolla también fue resultado de la coyuntura, creada en las metrópolis por los reformistas de principio de siglo, que dio lugar a la aparición de lo que José Luis Romero llama las “burguesías criollas ilustradas”<sup>9</sup> y que Elías A. Pino Iturrieta llamará los modernistas.<sup>10</sup>

Dentro de ese ambiente se intentaron las reformas educativas con el objeto de seleccionar a los mejores para incluirles las nuevas ideas, procedentes de la filosofía francesa, que debían de formar el núcleo de la educación superior científica ampliando las minorías selectas que comprenderían las necesidades de la sociedad estancada en que vivían.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas*, p. 31-32.

<sup>8</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 224.

<sup>9</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 150-151.

<sup>10</sup> Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación 1810*, p. 12.

<sup>11</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 151-152.



La renovación se expresó también en las obras arquitectónicas como resultado del crecimiento de la sociedad y de la riqueza, pues los ricos exhibieron su fortuna al sustituir sus viejas casas por los suntuosos palacios. Los de México en la calle de San Francisco o en la de Tacuba. Las actividades de los arquitectos de tendencia neoclásica, entre otros Manuel Tolsá y Francisco Eduardo de Tresguerras, dieron lugar a obras como la Escuela de Minería en México, o el palacio del marqués de Torre Tagle en Lima, los de Villarde y Arana en la Paz, el del marqués de Maenza en Quito, o el de Diego de Rul en Guanajuato. Éste fue el resultado de que los peninsulares se convirtieron en progresistas. A la par de la llamada burguesía criolla, por José Luis Romero, adoptaron un conjunto de ideología reformista que se apoyaba en el iluminismo que los fue definiendo, como grupo, y a la larga los convirtió en revolucionarios, que se apoyaban en el concepto de la igualdad de los hombres como principio racional, opuesto al sistema de privilegios, que liberaba las actividades y oficios mecánicos porque el mundo cambiaba hacia el predominio del comercio y de la industria.<sup>12</sup> La actitud reformista también hubo de cambiar el enfoque de la política colonial que aceptó el derecho de sociedades coloniales a trabajar para su propio beneficio, que redundaría en el de la metrópoli. Así lo entendieron los grupos progresistas peninsulares y lo enseñaron en los libros y lo practicaron en su política.<sup>13</sup>

Las nuevas formas de ver, y también las nuevas formas de vivir, tuvieron consecuencias imposibles de detenerse, pues en 1808 ya se había logrado el desprecio de los sectores populares y de los criollos hacia los gachupines o los chapetones, mientras en las clases altas se hablaba de manera abierta sobre la preferencia que se debía de conceder

<sup>12</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 152-153.

<sup>13</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 152.



a los “americanos” en los empleos de América. Pero al crecer las tensiones políticas, los odios se acentuaron adquiriendo caracteres más agrios.<sup>14</sup> También se acentuó el crecimiento de la capa social compuesta de criollos naturales y de blancos criollos que encontró en la burguesía criolla una élite ajustada a las necesidades y a las posibilidades de la época que se abría con las crisis del imperio español.<sup>15</sup>

La modernidad occidental en América logró aliarse con el conservadurismo de pueblos no occidentales para detener la verdadera transformación de los americanos en pueblos modernos. Así ocurrió para el año de 1810 cuando las fuerzas, equivalentes a las que en Europa se enfrentaron entre sí, se aliaron en el continente americano para evitar el reparto de una prosperidad y riqueza que querían monopolizar. En esta forma los países europeos, que representaron la modernidad y el progreso, en vez de apoyar a quienes trataban de asimilarse a ese esfuerzo se reunieron con los criollos opositores a tal incorporación y estimularon las fuerzas enemigas americanas al reforzar la existencia de caciques, tiranuelos y oligarquías de todas especies.<sup>16</sup> Así la revolución de independencia sólo tuvo un fin: el cambio de poder en el que se buscó el poder por el poder. El criollo, hijo de las tierras americanas, reclamó el gobierno para sustituir la administración peninsular por otra local.<sup>17</sup> De hecho comenta Leopoldo Zea, apoyándose en Bello, fueron dos movimientos que animaron la revolución de independencia, por un lado el movimiento político fue un movimiento de carácter espontáneo y del otro, el movimiento liberal, imitativo y exótico, que en vez de ayudarse se molestaron. Estos movi-

<sup>14</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 135-136.

<sup>15</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 136-137.

<sup>16</sup> Leopoldo Zea, *América en la historia*, p. 82.

<sup>17</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 91-92.



mientos dividieron a Latinoamérica y mientras un bando buscaba la forma de encontrar un país moderno, el otro era partidario de que, por haberse planteado la crisis demasiado temprano, sólo un gobierno semejante al español podría salvar al continente.

Unitarios contra federalistas en la Argentina, pelucones contra pipiolos en Chile, federalistas y centralistas en México, Colombia y Venezuela y otros países más, pero triunfara quien triunfara no tardaba en salir a flote el espíritu heredado. En 1810, decía Echeverría, se hizo un pueblo soberano sin límites. Pero esto no fue sino una bandera para atraerlos y luego salieron con que era inepto para la libertad.<sup>18</sup>

Al surgir la independencia las masas habían aceptado su destino y se resignaban a la pasividad, siguieron viviendo dentro de las normas que habían conocido y no se arriesgaron a un cambio en el que podrían perder la sensación de seguridad. “Por eso no sorprende encontrar a grupos campesinos e indígenas llorando al conocer la noticia de que ya no había más rey” que era un símbolo de acomodamiento pasivo y de paz relativa. Los de clases populares fueron reclutados a la fuerza por el ejército, si no habían huido a los bosques y por ello desertaban o cambiaban de lado si entreveían ventajas entre los opositores. “Los fines de la lucha sólo habían sido comprendidos por la gente de modo muy superficial.”<sup>19</sup>

Pero entre la gente de la élite, el cambio de valores tampoco se presentaba de manera profunda y siguieron las expresiones de casta. Después de que se firmó el acta de independencia el 20 de julio de 1810, en Santa Fe de Bogotá, la demagogia de los líderes logró que el común apoyara la nueva Junta que depuso al virrey Antonio Amar. La orgía popular que se produjo, resultó en que

<sup>18</sup> Zea, *op. cit.*, p. 97-98.

<sup>19</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 22-23.

se insultara a la virreina cuando era llevada a la cárcel y en que destrozaran algunas de sus vestiduras. La propia Junta prohibió convocar al pueblo para cualquier acción política y llegó a declarar que quien lo hiciera sería reo de alta traición.<sup>20</sup> Tampoco fue posible llevar al cabo las demostraciones democráticas como pretendió hacer el presidente colombiano Jorge Tadeo Lozado al llegar al poder y tratar de romper con el boato colonial caminando sólo por las calles. La aristocracia se le enfrentó y no contó con el apoyo de sus pares, quienes terminaron por deponerlo de la presidencia.<sup>21</sup>

De hecho se nota en todos estos fenómenos cómo se levantaba el señorío y nos atreveríamos a decir, de manera impávida, ante el espectáculo que presentaba. Fals Borda lo atribuye, a que la antiélite resultó ser en parte de tipo generacional, pues reemplazó a la élite gobernante sin enfrentarse con el contexto social y económico. El proceso puede verse en la forma como actuaron el clero, la antigua nobleza y las clases terratenientes tradicionales a través de los hechos dramáticos del 20 de julio de 1810 en Colombia. Por otra parte, tampoco contaron las guerrillas con ideologías y con apoyo popular, pues eran manejadas por grupos tradicionales con intereses creados que incluso iban en busca de la devolución de las haciendas, confiscadas anteriormente por el virrey español Juan Sámano, como fue el caso de los hermanos José Vicente y Ambrosio Almeйда al norte de Bogotá, quienes protestaban por la apatía de los campesinos de las aldeas aledañas que no se interesaban por participar en las guerrillas y los traicionaban constantemente.<sup>22</sup>

Esa apatía fue sintomática en el proceso de la independencia, pues el campo estuvo deslindado en gran

<sup>20</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 23.

<sup>21</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 23-24.

<sup>22</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 28.



parte de los movimientos, que básicamente fueron urbanos, ya que en las urbes estaban los funcionarios, las élites y las antiélites. A pesar de que las reformas trataron de proyectarse al campo, poco se pudo hacer en ese sentido, pues las publicaciones no pudieron penetrar, estrellándose ante un paredón de analfabetismo, pues “los labradores no son hombres de leer libros” y a pesar de que las “burguesías urbanas” pretendieran que los labradores aceptaran métodos progresistas y modernos para arar la tierra, reemplazando la laya por arados tirados por caballos o bueyes; el cambio sólo se obtuvo a largo plazo. Los cultivos llegaron a mejorar y la burguesía criolla se complació con el crecimiento y mejora de los cultivos, pues el efecto indirecto de la riqueza agrícola tuvo sus efectos sobre la manera de vivir de las poblaciones. En ellas crecían los núcleos urbanos y los centros de los que se formaban mercados internos importantes que recibían el beneficio de la afluencia de los productos rurales variados.<sup>23</sup> Ese aumento de producción fue el causante de que con las ciudades en crecimiento tuvieran que aumentar el comercio y que surgiera el interés de las burguesías criollas por un libre comercio, que estuviera fuera de las manos de los comerciantes monopolistas, y que también se abriera el camino a los extranjeros y de manera especial a los ingleses, cuyos productos les eran conocidos y deseaban intercambiar. Por ello apoyaron el desarrollo agrícola, ganadero y de las industrias que aumentarían la actividad mercantil en la que apoyaban su poder económico. Este programa de actividades se enfrentaba naturalmente con los sectores monopolistas, pero tampoco las burguesías criollas apoyaron el programa con gran entusiasmo, pues contenía nuevas ideas sociales, educacionales y políticas que en una sociedad híbrida en proceso de integración obligaba a revisar las tesis ilustradas

<sup>23</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 164-165.

en cuanto a la igualdad humana y la condición de los indios y los negros.<sup>24</sup>

El hecho es que la sociedad criolla “explotó al quebrarse el orden político colonial y al desvanecerse definitivamente los fundamentos de la estructura tradicional”, pero al romperse la vieja estructura urbana y rural se hizo necesario un reacomodo de todos los elementos sociales y la sociedad criolla, liberadas sus fuerzas, tuvo que competir con los diversos grupos para reconquistar posiciones.<sup>25</sup> En ese esfuerzo los grupos se desintegraron y la reagrupación produjo combinaciones insólitas que determina con una nueva realidad difícil de enfrentar.

Un cuadro patético pinta José Luis Romero al describir lo ocurrido en las ciudades en esa ocasión.

Los años que siguieron a los movimientos emancipadores modificaron la fisonomía de las ciudades. Muchas tomaron un aire jacobino que aceleró el proceso de cambio de mentalidad en grupos más vastos que los comprometidos inicialmente en la revolución. Otras, por el contrario, vieron apretarse las filas de los sectores conservadores. Y aun en las primeras, lograron esos sectores apagar la llama inicial. Pero nada de todo eso fue sin lucha. A la calma tediosa de la ciudad barroca siguió una agitación permanente, a través de la cual iba haciendo su presentación en escena cada uno de los grupos que se consideraba con derecho a participar en el proceso político que se había abierto: los notables en los despachos oficiales, el pueblo en la plaza Mayor, los conspiradores en los cuarteles, los murmuradores en las tertulias, los instigadores en los bufetes. Así se manifestaba la progresiva maduración de la nueva sociedad, antes inerte y ahora volcada a la acción, que imprimía su sello a la ciudad criolla.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 166-167.

<sup>25</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 168-169.

<sup>26</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 144.

Querétaro y San Miguel de Allende vieron el punto de partida de la independencia mexicana con el Grito de Hidalgo en Dolores, después de que se preparó por las altas clases criollas un movimiento que logró mover grupos populares campesinos de violento sentimiento anti-español que, al grito de “muera el mal gobierno”, atrajo también a las aristocracias provinciales. El movimiento se enfrentó con las clases altas de la capital formadas por peninsulares unidos a los criollos que temieron los movimientos populares. Se llegó a derrotar al cura Hidalgo y también a Morelos y sólo se logró el éxito al producirse la revolución de Riego en España y restaurarse la Constitución de 1812. Pero el absolutismo mexicano se perpetuó y se distanciaron peninsulares y criollos que encontraron la solución en Iturbide, quien pactó con Guerrero y dio lugar a la consumación de independencia con el primer Imperio para terminar resolviendo el problema en los mismos términos republicanos que se aceptaron en el resto de América Latina.<sup>27</sup>

Dentro de las grandes urbes tenía lugar una transformación que hemos estado apuntando y que se recrudeció a través de la independencia. Se trataba de la definición de las diferencias existentes entre los dos grupos principales de la burguesía, los criollos y los mestizos, interdependientes unos de otros pero, diferenciados además de por su tez, por su ideología. Esas diferentes ideologías de los criollos enfrentaron, en un principio de manera sorda, a un grupo fuerte con otro débil, el criollo de tez blanca, cuyos intereses eran claros y reconocidos por el origen privilegiado que alegaba y el otro más pasivo e indefinido que iba matizándose a medida de que las circunstancias facilitaban posibilidades de cambio. Los burgueses criollos miraban hacia los burgueses mestizos como una realidad sin la cual ellos mismos no hubieran tenido razón de ser.

<sup>27</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 158-159.

## 2. *La riqueza mercantilista y la ilustración de los criollos*

La aparición y los matices en el ámbito de las urbes como grupo social, penetrado cada vez más de la mentalidad mercantilista y constituido como grupo social definido, es de suma importancia tanto económica como política, si se tiene en cuenta que ello convierte a la urbe en unidad hegemónica y en centro de la región en que se halla y que, desde ese centro, se dirigía la vida del contorno rural. En esa postura se formó una nueva riqueza mercantil que consagró la posición de cada uno de los miembros de la burguesía criolla.<sup>1</sup> La burguesía criolla pensó que su posición dependía de su eficacia y ésta, al igual que su riqueza, de su educación, de acuerdo con las enseñanzas de la Ilustración. De tal manera se sentía en condiciones de poder dominar el ámbito de árboles genealógicos y de prejuicios y critica el mal gobierno, si bien no lo hizo con el sistema. Su conocimiento se inclinaba hacia actitudes prácticas que ayudaran a entender la naturaleza y, además, los problemas filosóficos y los de la vida social y política. Sin embargo, no se atrevieron, como los ilustrados españoles tampoco lo hicieron, a analizar lo religioso y lo político a fondo. Quedaron en esa forma dentro de una Ilustración moderada y restringida con tendencia hacia los conocimientos científico-naturales que los llevó al estudio de la botánica, básica para la agricultura. Las reformas típicas de la burguesía criolla fueron la agricultura y el comercio transformados en la gran esperanza que se impulsaría desde las ciudades, al cambiar las viejas técnicas por otras nuevas. El caudal de ideas resultantes provocó que la burguesía criolla adquiriera conciencia de sí y que a la vez se identificara como una clase social con ideología, alentando las Sociedades

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 159-161.



Económicas de amigos del país y produciendo publicaciones especializadas, que sirvieron para reunir a quienes se vinculaban tanto por sus intereses como por sus ideas.

Por otra parte la riqueza minera fue disminuyendo y se hizo más trabajoso alcanzarla. En muchas regiones ni siquiera existía, y ello obligó a que se arreciaran las actividades de organización, de comercio y de trabajo para fundamentar su economía.<sup>2</sup>

Las nuevas minorías, reforzadas por la economía, adoptaron la dirección de una política reformista primero y revolucionaria después. Las burguesías criollas pretendieron desempeñar el papel hegemónico de la nueva sociedad y así se enfrentaron con las minorías que formaron la élite de la sociedad tradicional.<sup>3</sup>

El resultado fue que el Río de la Plata sufriera una evolución compleja plagada de fracasos. En Paraguay se comenzó la vida independiente por medio de un triunvirato efímero que cayó en 1812 bajo el dominio del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia abogado de la Universidad de Córdoba y descendiente de un abogado portugués, notable por las características férreas de su dictadura que aisló al país de todos sus vecinos, cuyo ejemplo turbulento consideraba peligroso.<sup>4</sup>

Francia puede servir de ejemplo de la incursión política, llevada a cabo por las burguesías criollas urbanas e ilustradas, que en un principio se convirtieron en centralistas y que luego, según las facciones del poder, se dividieron con matices diferentes, de acuerdo con los cuales elegían entre orden y anarquía o, lo que es lo mismo, autoritarismo y libre juego de las fuerzas sociales; si bien, estas fuerzas no significaban lo mismo para los burgueses criollos urbanos e ilustrados, pues la gente “decen-

<sup>2</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 161-165.

<sup>3</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 159.

<sup>4</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 194.



te” estaba opuesta al “populacho” y éste se dividía entre la plebe urbana y la rural.

Consideramos que con esas diferenciaciones, los burgueses urbanos pueden formar parte de entre los “señores” de las ciudades como distinguimos en un principio y son estos señores los que “entre nosotros” se unen y se alían a través de los cabildos para considerarse representantes del pueblo, aun cuando se enfrenten a las disidencias de las poblaciones rurales o a las de quienes las dirigen.<sup>5</sup>

### 3. *¿Revolución social en la independencia?*

La aparición de las poblaciones rurales planteó la duda de si se había provocado una revolución social, que era el deseo confuso de esas poblaciones, cuyo apoyo se buscaba en favor del nuevo régimen y hubo que incluir desde 1815 en adelante ese problema entre los proyectos de reforma, que no se habían previsto, porque tenían una función económica imprescindible y porque su aparición puso en duda el sentido verdadero de las revoluciones. La revolución política de las burguesías criollas fue indudable, pues habían logrado el paso del poder de unas manos a otras pero, de todas maneras, eran manos de la misma clase. En cambio no se pudo evitar el momento en que las propias burguesías criollas urbanas llamaran a las poblaciones rurales para formar los ejércitos que participarían en la defensa de la revolución y que luego defenderían a cada una de las facciones que se disputarían el poder. El problema cristalizó en la lucha por la hegemonía detentada por las burguesías criollas y disputada por las nuevas sociedades rurales, lo que puso en eviden-

<sup>5</sup> José Luis Romero, *op. cit.* p. 159-161.



cia la contraposición entre civilización (urbe) y barbarie (campo).

Para 1815 con una atmósfera relativamente menos eufórica las respuestas comenzaron a surgir, todavía ceñidas por la Ilustración. Los moderados no desearon salir de los ámbitos de la revolución política y ésta fue la decisión de las sociedades urbanas, encabezadas por una nueva élite. Pero no pudieron evitar que se llevara a cabo una revolución social espontánea al principio sin ideología y que pronto la fue definiendo como antiiluminista con el romanticismo que evaluaba la significación del pueblo y que sobreponía su inspiración a la razón. Ello significó la más absoluta anarquía para los criollos ilustrados y urbanos. Desconocer la nueva realidad social desencadenada después de los movimientos revolucionarios urbanos fue lo que produjo la crisis de las burguesías criollas urbanas e ilustradas. Frente a ellos otros sectores de la propia burguesía criolla reconocieron esa nueva realidad y la manejaron. Ello se produjo porque olvidaron su ideología, porque no estuvieron muy convencidos de la misma o porque se aferraron a concepciones preilustradas. En esa forma la burguesía criolla perdió su papel elitista en la nueva sociedad y dejó el paso a otra élite que fue la patricia.<sup>1</sup>

Estas luchas no pasaron desapercibidas. Muchos de los liberales de España se dieron cuenta de las razones que tuvieron los latinoamericanos para entrar en el movimiento de independencia e incluso se unieron a él, como lo hizo Javier Mina. Pero en general, el liberalismo español hostilizó las demandas latinoamericanas porque, quizá, la mente española no logró evolucionar hasta un verdadero y pleno liberalismo, ni siquiera se pudo aplicar a los propios españoles.

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 170-172.



A veces, fueron conscientes los españoles de que en la emancipación latinoamericana se trataba de una guerra civil igual a la que se desarrollaba entre España y la propia España ortodoxa. También interpretaron, de manera más pedestre, que se trataba de la simple lucha de un pueblo inferior, latinoamericano, contra un pueblo superior, español,<sup>2</sup> interpretación que resultaría clásica de la España ortodoxa.

Los verdaderos enfrentamientos con la realidad principiaron, sin embargo, en 1820 y en consecuencia de ellos se desataron las crisis más formidables en todos los aspectos. Al arruinarse las tierras ganaderas del litoral argentino, por obra de magia prosperaron las tierras de la ciudad de Buenos Aires, gracias a la paz interna. Los hombres más ilustrados improvisaron un régimen parlamentario, redujeron el cuerpo de oficiales, rescataron la deuda, reformaron el sistema aduanero, redujeron las tasas y aumentaron los ingresos del Estado, ordenaron el crédito público y crearon un bando destinado a combatir las tasas de interés alto. Pero llevaron también adelante una reforma eclesiástica, clausuraron conventos y mostraron simpatía por la libertad de cultos. Poco apoyada fue esta medida por las clases altas que, en consecuencia, se alejaron del gobierno. Detrás de las reformas estuvo el hijo de un rico comerciante peninsular, Bernardino Rivadavia, connotado influyente de segunda fila en el periodo de 1810 a 1820 y que, en el momento, como ministro adquirió una figura dominante.<sup>3</sup> El gobierno pacifista de Buenos Aires tuvo que enfrenarse al levantamiento rural victorioso de la Banda Oriental que lo puso ante la situación incómoda de recibir la solicitud de un vasto territorio liberado de los portugueses que deseaba incorporarse a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

<sup>2</sup> Zea, *América en la historia*, p. 268.

<sup>3</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 196.

Para ese momento estaba convocado el Congreso Constituyente dominado por los diputados platenses, en el que más de un representante del interior trató de conformar el poder nacional a un instrumento corrector de situaciones provinciales. Por ejemplo, el que los diputados provinciales elegidos de entre la clase letrada por los caudillos militares de provincia pretendieron que el Congreso les abriera el camino hacia el poder local. Los diputados de Buenos Aires, a pesar de sus dudas, aceptaron esa dirección obligados, por las divisiones de su propio partido, a contar con apoyos mayoritarios en el Congreso. Desde entonces se convirtieron en los blancos de la ira de los gobernantes del interior. Por razones parecidas se vieron también empujados hacia la guerra con el Brasil.<sup>4</sup>

En realidad se trata de que los iberoamericanos heredan de los españoles la peculiaridad de dar importancia especial al valor propio de la persona humana y a la autonomía de cada uno de sus hombres en relación con sus semejantes; hay mucho que explica los fenómenos históricos al analizarse la manera de ser y la idiosincrasia de los individuos que participan en la historia. Leopoldo Zea, preocupado por el papel de *América en la historia*, comenta que los latinoamericanos:

Aman la comunidad y al mismo tiempo son la parte principal de ella hasta el grado de sentir que pueden prescindir de todos los demás. Este sentido es de arrogancia y ella impide la solidaridad y el orden de esos pueblos. En una tierra donde todos son barones no es posible llegar a un acuerdo colectivo duradero de no ser que sea por medio de una fuerza exterior respetable y temida.

Por ello iberos y latinoamericanos desprecian toda ocupación que no represente el engrandecimiento de su personalidad, independientemente de su situación material.

<sup>4</sup> Halperin, *op. cit.*, p. 196.



La materia, lo material, no podía ser sino un instrumento al servicio de fines más altos al servicio de las acciones que la trascendiesen. Apoyar la grandeza del individuo, pura y simplemente, en la riqueza material implicaba rebajar esa grandeza.<sup>5</sup>

Junto con estas características, Zea entrevé el que nuestros pueblos conciben la obediencia como una “virtud suprema entre todas” y al convertirse en “ciega” se constituye en el único principio político verdaderamente fuerte. Pero, además, a los pueblos latinoamericanos y también ibéricos, la “voluntad de mandar y la disposición para cumplir órdenes le son igualmente peculiares”.<sup>6</sup>

La lucha hispanoamericana contra la ortodoxia hispana, que tomó cuerpo durante las guerras de independencia, trató de romper con hábitos y costumbres establecidas por considerarse ligados a la ortodoxia hostil y limitativa de cualquier reforma que tratara de romper con el pasado impuesto por la colonia. Esa misma lucha la dieron españoles en España, yendo en busca de un espíritu conciliador. Pero, mientras Latinoamérica logró la emancipación y a final de siglo le siguieron las Antillas, España misma no la logró pues siempre quedó en pie la superestructura política creada desde el Renacimiento.<sup>7</sup>

A la vez que los hispanoamericanos tenían que enfrentarse con esos hábitos y costumbres, tuvieron que luchar también en contra de un espíritu de cuerpo, difundido en toda la sociedad, que debilitaba de manera notable, si no es que destruía, el espíritu nacional. De hecho, hubo hasta incapacidad para entender el sentido moderno de lo nacional. A los mexicanos por ejemplo, les fue imposible sobreponer a sus intereses particulares los nacionales y de esa manera destruyeron el espíritu público. Con esa

<sup>5</sup> Zea, *op. cit.*, p. 227.

<sup>6</sup> Zea, *op. cit.*, p. 231.

<sup>7</sup> Zea, *op. cit.*, p. 267.



actitud se pervirtieron los principios de la moral pública, porque crearon obligaciones que no debían existir, desconociéndose en muchos casos a toda la sociedad humana. La generación de la independencia tuvo que enfrentarse de manera muy especial con todo esto.<sup>8</sup>

El resultado fue que Latinoamérica, al igual que la comunidad ibérica, se dividió en núcleos cada vez más reducidos. Los intereses regionales tomaron el lugar de los de la gran comunidad, mientras que las familias, los cuerpos, las castas y los individuos concretos alcanzaron mayor importancia que la comunidad. América Latina se dividió también en múltiples repúblicas como expresión de intereses regionales y locales. Esas repúblicas se dividieron luego en partidos cuyo objeto fue disputar encarnadamente la manera de sostener sus intereses concretos. La gran familia ibérica y latinoamericana se transformó en un conjunto de familias en lucha por imponer sus intereses. En esa lucha los caudillos y los hombres fuertes o los donadores de privilegios pudieron establecer un orden perpetuamente amenazado por la anarquía. El latinoamericano se conformó con obtención de privilegios que le permitieran vivir al día sin preocuparse por el mañana, que no tuvo sentido de no tenerse una misión que realizar en ese mañana.<sup>9</sup>

Tal parece confirmarse la tesis del filósofo Ortega en cuanto a que si los pueblos pierden el proyecto vital de la misión política entran en la apatía.

Los ejemplos sobran, Buenos Aires, ciudad, representó el espíritu de la modernidad cuya lucha encarnó en contra del campo representante del mundo medieval y con ello se sentía cercana a Europa. Sarmiento afirma que Buenos Aires se creyó la continuación de Europa y, si no llegó a confesarse francesa y norteamericana de espíritu

<sup>8</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 110.

<sup>9</sup> Zea, *op. cit.*, p. 232.



y tendencia, negaba su origen español.<sup>10</sup> En el otro extremo del continente, en México, Mora advierte que en nada manifestaban más empeño los mexicanos que en renunciar a todo lo español, pues la independencia era imposible de no sacudirse el yugo político y destruir los usos y las costumbres de su antigua metrópoli.<sup>11</sup> Sacudirse de lo español parece la tónica general, pero el problema no consistía simplemente en dar ese paso sino que, al darlo, debía sustituirse y rellenarse el hueco. ¿Con qué? Hubo poco tiempo o faltó pensamiento para poder moldear ese relleno. En casos extremos, como en Bolivia, el resultado del periodo que va entre 1820 y 1898 es aterrador pues, desde que Bolívar dejó el poder,

no hubo menos de sesenta levantamientos militares, diez constituciones fueron promulgadas y asesinados seis presidentes. Los términos conservadores y liberales, sin realidad política y social, no designan sino a fracciones que aspiran al poder. Separada del Pacífico, a consecuencia de su infortunada guerra con Chile... , Bolivia pagó caro las desgracias de una economía retardataria.

Desde 1898, el país entró en una era de muy relativa calma.<sup>12</sup> La historia del Perú es parecida en muchos aspectos. Las revoluciones se suceden tanto como los reinados de los presidentes caudillos; en los cincuenta años posteriores a 1821, cuando nació la república peruana, se enumeran según Rippey, cuarenta revoluciones y quince constituciones. Sólo en 1834 se levantaron y cayeron del Poder Ejecutivo ocho jefes y no empezó la calma hasta 1895.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Zea. *op. cit.*, p. 105.

<sup>11</sup> Zea añade: a la independencia política ha de seguirse una independencia mental que incluye la de usos y costumbres. *El pensamiento latinoamericano*, p. 112.

<sup>12</sup> Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 102.

<sup>13</sup> Chaunu. *op. cit.*, p. 102.



#### 4. *El lugar de los pensadores*

Ante cuadros semejantes, resulta en vano el esfuerzo de los reformadores del siglo XIX por incorporar estos pueblos a un mundo movido por otros resortes, pues les basta la posesión de una buena tierra y el dominio de quienes la trabajan para mantener su independencia frente al mundo de lo material y no saben qué hacer con la independencia pura que, al carecer de otro fin, se transforma fácilmente en anarquía.<sup>1</sup>

Resulta obvio que con la independencia hubo trastornos sociales como los hay en cualquier lucha pero, sin embargo, no fueron lo

suficientemente profundos como para romper el tejido y la contextura social de las colonias. No surgió casi ninguna discrepancia estructural que distinguiese la nueva era de la época colonial recién pasada. Las actitudes básicas hacia la vida y la comunidad, la concepción tradicional del mundo, los sistemas de creencias y los modos de manejar la economía permanecieron casi inmutados... y los grupos dominantes de su propio seno no experimentaron sino un simple cambio de guardia.<sup>2</sup>

Y es que el monopolio cultural formado durante la colonia resultó extremadamente resistente al cambio, por su propio sistema de valores señoriales “que no había sido retado seriamente... ni por acción directa ni a través de otros componentes, particularmente del tecnológico”.<sup>3</sup> Por ello el concepto de igualdad reclamado por Camilo Torres en Nueva Granada consistía en alcanzar la oportunidad de poder político tanto por los blancos aristócratas (los chapetones, peninsulares), como por los criollos lo-

<sup>1</sup> Zea, *América en la historia*, p. 232.

<sup>2</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 17.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 18-19.



cales, lo que equivalía a reclamar una igualdad entre iguales y poco más.<sup>4</sup>

Fue sin embargo en el mundo del pensamiento donde se logró concretar poco a poco y con grandísimos esfuerzos, una forma o formas de proceder. Claro que, como siempre, en estos casos el trabajo de gabinete que lleva a cabo el pensador y el teórico se enfrenta con serias dificultades, sobre todo en cuanto a la manera de lograr la divulgación del conocimiento de no ser que el responsable del mismo logre participar en la actuación política o ejerza sobre quienes en ella actúan, tal presión que sus ideas puedan pasar a la práctica. Ésta es la nueva disyuntiva de los intelectuales y pensadores del siglo XIX y el motivo por el cual es frecuente que se traspasen los límites que deben separar a los pensadores de los políticos y de que, muchas veces, encontremos entre los reformistas políticos a los pensadores latinoamericanos.

Así pues el propio Bolívar en su carácter de militar independentista mezcló también la personalidad del político y la del pensador intelectual, productor de filosofía y de pensamiento político. Había heredado mucha de su ideología de los sueños de los reformadores iberos y pretendía coordinar los esfuerzos de todos los pueblos y hombres de América para llevarlos hacia una meta común, orientándolos hacia la obtención de otro tipo de valores: que coincidían con los de la cultura occidental en su sentido más amplio y pretendía que rebasaran los de la cultura moderna que, iniciados en Grecia se ampliaban en Roma, continuaban en la cristiandad y llegaban a su apogeo en la modernidad al expandirse, por todo el mundo, combinando los derechos de los individuos con las necesidades de la comunidad, la libertad y la soberanía de los pueblos, con la necesidad de la paz y el acuerdo universal.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 19-20.

En esa forma iba en busca de una cultura en que el humanismo de sus mejores creadores prevaleciera sobre el egoísmo individualista que lo invalidaba.<sup>5</sup> Pero junto con la interrogante sobre la cultura y la búsqueda de una cultura nacional para los pueblos de América Latina, tenía también que plantearse la misma interrogante sobre la existencia o la posibilidad de una filosofía tanto de características nacionales como americanas, de acuerdo con el planteamiento de Juan Bautista Alberdi. Pero el hiatus evolutivo del pensamiento tenía que durar hasta que la civilización se hubiera impuesto a la barbarie.<sup>6</sup> Ello explica que las constituciones que se escribieron en esos años “fueron y vinieron como ejercicios literarios, o quedaron como expresión de buenas intenciones en hombres ilustres”.<sup>7</sup> ¡Ilustres intelectuales!, en muchos de los casos sin o con poco acceso a las áreas ejecutivas de la política. Pero el pensamiento no se ciñó a las posibilidades de la práctica y resulta sintomático que no se hicieran a un lado los grandes proyectos continentales y las peticiones al respecto. El padre Varela, cubano, propuso en 1822, en forma parecida a la utilizada poco antes por el padre Agustín Caballero, que España diera independencia a Cuba en lo referente a problemas que sólo a ella interesaban pero, al mismo tiempo, hablaba también de las necesidades de una amplia colaboración en los problemas que se referían a la comunidad de los pueblos hispanos, tal como se hacía en el imperio español. Surgió así en Varela, en Agustín Caballero y, también antes, en Bolívar un concepto de solidaridad latinoamericana, posible de concebirse como la expresión de la modernidad en la búsqueda de la identidad americana que posiblemente redunde, con las reservas del caso, en la *Doctrina Mon-*

<sup>5</sup> Zea, *op. cit.*, p. 275.

<sup>6</sup> Zea, *La filosofía americana*, p. 234.

<sup>7</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 22.

roe de 2 de diciembre de 1823 al tratar de formar en ella un núcleo en derredor de los Estados Unidos. El concepto de solidaridad interamericana la que fracasó en el Congreso de Panamá y ni Bolívar, ni sus seguidores hispanoamericanos pudieron ponerlo en práctica.<sup>8</sup>

América, sumergida en estos problemas llamaba, a pesar de ellos, la atención del mundo externo. Atención que poco a poco la iría sacando del aislamiento y la incorporaría a las corrientes, a las modas y a las técnicas de ese mundo.

La tendencia se inició con la extensión del uso del vapor que tímidamente presentó su primer ejemplo en Colombia, como anuncio de lo que podía suceder al fin del siglo XIX. En fecha tan temprana como 1823, el pionero alemán Juan Bernardo Elbers logró crear interés en la élite gobernante de Colombia para resolver tecnicándolo, el problema del transporte por el río Magdalena. En ese año obtuvo una concesión exclusiva para la navegación a vapor por el río, llevó técnicos extranjeros y comenzó a construir un aserradero en Barranquilla. comprando el primer barco de vapor en 1824.<sup>9</sup>

### 5. *La europeización de América*

El dato de la inauguración de la navegación a vapor, junto con el establecimiento de relaciones diplomáticas de los nuevos países y la firma subsiguiente de los tratados comerciales con naciones europeas y con los Estados Unidos, parece iniciar la nueva presión europea que incesantemente se ejercería sobre la confusa América Latina, que se enfrentaba con gravísimos problemas, los clásicos problemas políticos y sociales. Pero, además, los muy gra-

<sup>8</sup> Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 174.

<sup>9</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 30.



ves de aclarar su personalidad para poder proceder de acuerdo con ella.

Independizados políticamente aspiraban, los latinoamericanos pensantes, a participar como pueblos definidos en la elaboración de la cultura occidental, de la que se consideraban parte. Pero querían hacerlo sin perder su originalidad para no caer en una postura de subordinados. La originalidad los capacitaría para enfrentarse a sus propios problemas y encontrar las soluciones debidas, sin copiar los resultados obtenidos por Europa de acuerdo con su realidad, sino tomando ejemplo del espíritu que dio esos resultados.<sup>1</sup> La ruptura con Europa había tenido lugar porque no se había reconocido a las colonias la capacidad de participar en una tarea que debió ser común, pues las rebeliones no tuvieron lugar contra la cultura, sino contra el tutelaje que se impuso. Rotos los lazos políticos, la preocupación giró en torno a la capacidad de los latinoamericanos para reincorporarse a la cultura occidental en una situación que no fuera dependiente.<sup>2</sup>

El camino para lograrlo era allegar un espíritu de originalidad que produjera frutos latinoamericanos propios, significativos de una aportación a la cultura. De lo contrario Latinoamérica se convertiría en una fuente proveedora de materias primas, que la ciencia europea transformaría en instrumentos para la felicidad de sus hombres,<sup>3</sup> como se iniciaba ya por medio de la concesión obtenida por Juan Bernardo Elbers del gobierno de Colombia. La preocupación por la originalidad de la cultura americana tiene como fin que la cultura occidental le reconozca su quehacer americano y no se busca la oración de algo único y distintivo para poderlo contraponer, sino para colaborar y en esa forma —cuando el latinoamericano se

<sup>1</sup> Zea, *América en la historia*, p. 13.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 14-15.

pregunta sobre la posibilidad de una literatura, filosofía o cultura propia— se está refiriendo al sentido lato del origen de esta cultura, pero no a la forma de expresión que sería propia de la cultura occidental de que se sabía parte.<sup>4</sup> Simplemente se trataba de participar con su expresión propia y original. Esa idea de sentirse fuera de la historia occidental significa para el latinoamericano la renuncia a un modo de ser, pues había estado conformado a la cultura europea cristiana que entró en crisis para dar paso a la moderna. De hecho no sucedió este fenómeno sólo con los latinoamericanos, sino también con España, Portugal y con todos los latinos.<sup>5</sup>

Esa nueva civilización moderna negaba de manera absoluta a la España colonial y el latinoamericano, si la adoptaba, caía en el problema de negar su propia herencia, pero si decidía hacer lo contrario, entonces, no podía encajar en la época y en el mundo moderno que lo envolvía. Así surgieron todas las contraposiciones posibles que, en el fondo, sólo acentuaban el abismo existente entre esos dos mundos. Para el chileno Francisco Bilbao, el dilema se expresaba entre republicanismo o catolicismo, para el argentino Domingo F. Sarmiento se trata de democracia o absolutismo, civilización o barbarie, liberalismo o tiranía. Esos dualismos eran absolutos y no expresaban otra cosa que la elección sin posibles caminos medios entre el predominio de la colonia o el de los nuevos ideales libertarios. La violencia de esa contraposición fue tal, que los hispánicos tuvieron que exterminarse los unos a los otros en un intento de decidirse por un bando o por otro o, mejor dicho, por un concepto o por el otro:

En esta forma se hizo la historia del siglo XIX, una historia en la que una minoría llena de fe en el futuro se decidió por la negación de todo su pasado... La utopía

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 11-12.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 17.

en vez de realizarse, se fue alejando cada día más... de los hispanoamericanos... El pasado siguió presente en las diversas formas de vida de estos hombres que en vano lucharon por arrancárselo.<sup>6</sup>

Los hispanoamericanos más preclaros de la época se empeñaron siempre en que lo importante consistía en adoptar el espíritu de independencia y originalidad que había hecho posible el mundo moderno con sus instituciones culturales sociales y políticas, pero ese espíritu había que adaptarlo a la realidad iberoamericana para que, a la larga, diera los frutos como lo había hecho en Europa y en los Estados Unidos.<sup>7</sup> Otros, más impacientes, concibieron alterar los términos para adoptar primero los frutos de la cultura moderna y esperar a que esos frutos originaran el espíritu que los había creado. Pero el resultado fue inesperado, pues lo primero originó dictaduras llamadas democráticas y lo segundo subordinó a estos pueblos a la economía de pueblos más fuertes en la lucha por la libertad de competencia.<sup>8</sup> Este vaivén entre las dos tendencias culturales, que se iba a prolongar durante todo el siglo XIX, fue la consecuencia del:

pecado original que heredan y purgan todos los americanos. Destierro de la historia, expulsión del paraíso que representa pertenecer a la cultura europea, es lo que se hará sentir en las diversas generaciones culturales que han surgido en la América ibera desde la colonia hasta nuestros días.<sup>9</sup>

Las primeras generaciones postindependientes pensaron que era suficiente cortar con su propio pasado para poder incorporar su América al mundo moderno. Con ello, sólo se logró que el hombre que se sentía culpable

<sup>6</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 61-62.

<sup>7</sup> Zea, *op. cit.*, p. 18.

<sup>8</sup> Zea, *op. cit.*, p. 18-19.

<sup>9</sup> Zea, *op. cit.*, p. 21.

por no haber podido realizar en América la plenitud de las formas heredadas de la cultura cristiana, se sintiera también culpable por no realizar las del mundo moderno. De su primera incapacidad culpó al mundo primitivo contra el cual luchó y también que buscara justificación de sus problemas en el hecho de haber heredado una cultura que ya estaba fuera de la historia. Al renunciar a la barbarie y a la herencia ibera, como si nada tuviera que ver con ellas, se enfrentó con el hecho de lo que no había logrado asimilar y así volvió a resucitar su propio ser.<sup>10</sup>

Así pues, los emancipadores ilustrados tuvieron que encontrar, como único desenlace del problema que estaba en sus manos, la tiranía, bien a la española o a la ilustrada. De cualquier manera siempre fue la tiranía: Rosas, Portales y García Moreno, Francia y Rivadavia, o Santa Anna. Ante esos resultados reaccionaron los pensadores que en su esfuerzo de explicar el fenómeno concluyeron, como Echeverría, que el partido unitario no tenía reglas locales de criterio socialista y lo buscó en las ciudades cuando estaba en las campañas y al no poderlo organizar, tampoco pudieron gobernarlo. Por otro lado, Rosas, al apoyarse en la democracia y usarla, cimentó la tiranía; y los unitarios, sin importar que fueran ilustrados, en vez de recurrir a lo mismo que Rosas para cimentar el imperio de la ley, se alejaron del pueblo y terminaron ayudando en esa forma al propio Rosas.<sup>11</sup> Y es que por debajo de cualquier tendencia se escondía el afán de dominio personal, el caudillaje, el manejo de quienes trabajaban, los fanatismos y los absolutismos. Porque el dominio político era el camino de los no “señores” para convertirse en “señores”.

Los románticos pretendieron enseñar a los pueblos a ser libres y en nombre de la libertad hicieron sentir su poder

<sup>10</sup> Zea, *op. cit.*, p. 24-26.

<sup>11</sup> Zea, *op. cit.*, p. 98.



a los liberados. Así lo hizo Bolívar y también O'Higgins en Chile, Iturbide en México, Rivadavia en Argentina y el doctor Francia en Paraguay que, en nombre del pueblo, por su bien y por su libertad, justificaron sus dictaduras encubridoras de viejos intereses coloniales encabezados por sus "señores" y la libertad, que se había preconizado en las proclamas, se limitaba sólo a libertad frente a la metrópoli española y no implicaba cambios en la estructura social de nuestros pueblos. Es que, explica Zea:

el pasado, España, estaba siempre presente en la carne y huesos de sus mismos libertadores. El hispanoamericano seguía obrando como si ningún cambio se hubiese realizado. En realidad no había cambio alguno. Nada real y definitivo parecía haberse logrado. La emancipación política alcanzada sólo era algo formal,<sup>12</sup>

sin cambios y se continuaba viviendo con la esperanza de ser dominadores en vez de dominados, disputando el mando total, pero sin cambiar en lo fundamental, pues,

los libertadores y guerreros de la emancipación política de Hispanoamérica, no han hecho otra cosa que actuar de acuerdo con el espíritu que España les ha impuesto. . . Nada ha cambiado, los mismos y ya viejos privilegios siguen en pie, los propios libertadores se han encargado de que así sea. Hispanoamérica sigue siendo una colonia.<sup>13</sup>

Abundan los datos en favor de estos conceptos que acabamos de explicar. El caso de los hermanos Almeyda y de algunos de sus compañeros colombianos militares que esperaron, después de la debacle, el triunfo final de la revuelta. Cuando se logró, les restituyeron legalmente sus haciendas confiscadas y los dos hermanos, devueltos al se-

<sup>12</sup> Zea, *op. cit.*, p. 57.

<sup>13</sup> Zea, *op. cit.*, p. 57-58.



ñorio y a la hacienda, vivieron prósperos hasta que uno murió en 1827 y el otro en 1839. La sociedad señorial y su propia organización social y económica sobrevivieron sobrepasando la guerra y la guerrilla.<sup>14</sup> Pero también se trató, en Bogotá, de declarar regente de por vida a Bolívar, mientras llegara un príncipe de algún otro país para hacerlo rey. El autoritarismo de Bolívar fue evidente hasta el punto de que tuvo que desconfiar de algunos grupos, como el de los estudiantes universitarios que en Bogotá rechazaron su autoritarismo en las jornadas de 25 de septiembre de 1828. Bolívar se esforzó en mantener los conceptos de obediencia y de disciplina colonial al notar que se había enseñado ciencias políticas, provocadoras de máximas opuestas a la tranquilidad de los pueblos. Por ello suspendió muchas de las medidas educacionales impuestas con anterioridad.<sup>15</sup> Continuó la tendencia aristocratizante, sin duda, si nos fijamos en el relato del ayudante de campo inglés, Daniel F. O'Leary, quien explica cómo el partidario de las repúblicas mariscal Sucre, amigo de confianza de Bolívar, propuso declarar al general ecuatoriano Juan José Florez "príncipe de Tarqui" en vista de la victoria en esa batalla y de su conducta heroica.

En cierto sentido, era natural que estos hombres actuaran así, porque su herencia cultural y social se los imponía. Evidentemente, el sistema de valores señoriales y la noción colonial de la autoridad, no habían sido sacudidos seriamente, ni aun por los actos bélicos que la época exigía a sus personeros.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 28-29.

<sup>15</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 26.

<sup>16</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 25.

## 6. *De intelectuales a hombres de acción*

Aparece de manera clara, a nuestro criterio, en el campo histórico lo que Leopoldo Zea va señalando en el marco ideológico. De hecho, estos datos demuestran que la herencia se mantuvo en pie y que “la historia no la componen los puros hechos, sino la conciencia que se tenga de ellos.”<sup>1</sup> Los hechos relatados están envueltos, sin duda, en la conciencia del señorío y de la aristocracia conservadora, a pesar de los esfuerzos de los pensadores contemporáneos por cambiar esta realidad, porque todavía no penetraban en las esferas ejecutivas de la política. De cierta forma José Luis Romero acepta, desde el punto de vista del sociólogo, la misma tesis, pues al resumir el periodo que va desde 1820 a 1850 considera los prolongados conflictos que provocaron las cruentas y típicas guerras civiles en las que, de hecho, los señores aristócratas y los militares llevaron la batuta y trataron de imponer su principio de obediencia; pero vislumbra a la vez la fuerza de la sociedad criolla y la aparición de nuevos grupos que si bien habían sido inoperantes con anterioridad, provocándose un “desborde de los marcos que hasta entonces ordenaba la sociedad”. Ahí encuentra el sociólogo la negación de la herencia cristiana de la colonia y entra también, como el filósofo, a confirmar la necesidad de la conciencia y de la originalidad: razona como de la confusión sólo se dibujaba el proyecto de las burguesías criollas que habían promovido la independencia. El futuro que proyectaban delineaba una sociedad desbordada en proceso de rápida transformación que por inoperante forzó a que se buscaran “otras opciones, acaso menos definidas, pero más adecuadas a la nueva situación”,<sup>2</sup> que obligaba a la revisión de los pensadores y al encuentro con la realidad america-

<sup>1</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 64.

<sup>2</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 174.

na para inyectarla en las esferas políticas. Pero encuentra también el sociólogo, la movilidad hacia el señorío a través de la obtención del poder político hacia el que se mueve el nuevo patriciado de la época y que provocó la anarquía, pues, a pesar de que algunos de sus grupos lograron lucidez intelectual,

los más obraron espontáneamente, movidos por sus intereses inmediatos, económicos o políticos, sin preocuparse por la coherencia de sus actos, ni por su legitimidad, ni por sus implicaciones ideológicas. En rigor era la acción lo que importaba a quienes emergían desde su posición de marginalidad, porque de la acción afortunada esperaban el poder y con él una posición ventajosa para muchos, cuando llegara el momento de negociar los términos del nuevo orden, que pocos procuraban prever con método político, social o económico, en tanto que los más lo esperaban simplemente como fruto del ajuste fáctico de las situaciones reales.<sup>3</sup>

La realidad era, sin duda, que el mundo señorial se enfrentaba con aquella parte del mundo criollo que pugnaba por asimilársele en alguna forma y,

la disputa fue constante y las ciudades fueron muchas veces ágoras agitadas donde a la discusión de las ideas seguía el motín cuartelero o la movilización popular. Legislaturas y congresos reunían a los sectores del drama, aunque quizá los protagonistas se congregaban en los cuarteles. Los periódicos agitaban las ideas y en las tertulias se entremezclaba la glosa doctrinaria y el rumor intencionado sobre el juego de los personajes. Y no pocas veces hubo combates en las calles, con muertos que vengar, cuya memoria exacerbaba las pasiones y los odios facciosos.<sup>4</sup>

Por eso el criollismo, campestre de origen, se mostró contrario a todas las ideologías, aunque se inclinaba por las

<sup>3</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 174.

<sup>4</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 174.

formas tradicionales de vivir y pensar y fuera antiurbano, pero tuvo que conformarse a la nueva economía del mundo mercantilista y se lanzó, primero con violencia y luego, con el propósito de adueñarse de las ciudades. Por ello se ruralizaron en apariencia en cuanto a costumbres y normas y en su adhesión a hábitos vernáculos. Pero, a la larga, se volvieron a convertir en urbanos fuera quien fuera que dominara las ciudades, así se tratara de Páez o de Rosas.<sup>5</sup> Sin embargo, por detrás de todo continuaban y perduraron en el tiempo. Creemos que, con los debidos ajustes hasta nuestra época, los “señores patriarcales”, de las haciendas y de las minas tradicionales y rutinarias, cuyas “posesiones abarcaban lo que alcanzaba la vista”, hecho que José Luis Romero observa,<sup>6</sup> y que en persona escuchamos en el otro confín del continente, en San Luis Potosí de México, están todavía en pie. Haciendas o minas correspondieron generalmente a los palacetes del siglo pasado que todavía se enclavan en el centro de nuestras ciudades. Todos ellos manejando, además de las tierras, grandes masas de gente que generaba el trabajo rural y por ello estuvieron en situación para enfrentarse con quienes tenían la política en sus manos y que, a través de ella, lograban intervención en sus haciendas, o condicionaban su circunstancia económica por medio de la legislación. En esos casos se lanzaron contra el poder político moviendo sus peonadas que adquirieron personalidad y se adiestraron para constituir, a la larga, el mundo de la plebe armada dirigida por señores o por sus lugartenientes, que en tiempo se despegaba y producía el bandidaje para representar en sus enfrentamientos a la sociedad establecida y a la sociedad rebelde,<sup>7</sup> ésta, carente de ideologías y principios, fuera de su imperativo

<sup>5</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 177.

<sup>6</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 181.

<sup>7</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 183-184.

de salirse de la hacienda, de la dependencia y de ir en busca de una libertad salvaje pretendiendo obtener una riqueza fácil para remedar de alguna forma a sus señores.

Éste fue el resultado del enfrentamiento de los señores de poder económico con los de poder político, que auspició la guerra civil y la anarquía y la explosión social de la plebe rural en la que encontró salida el hombre de a caballo de las llanuras argentino, peruano y venezolano; o el de los estados mexicanos de Veracruz, Morelos o Guerrero; o el de los valles chilenos,<sup>8</sup> mientras que otra parte siguió trabajando en los centros rurales sometido a los mismos señores hacendados o mineros.

Si la herencia colonial era el mal, sin duda estaba en pie. Las guerras intestinas tenían que seguirse, debido a que los señores aristócratas tradicionales se enfrentaban con los señores políticos. Lo demás eran las consecuencias. Ese enfrentamiento, por el manejo total del poder económico y político, por ambas partes tenía en su base la misma ideología y por ello si hubo intentos de revolución social, bien fuera por parte de los criollos mestizos (mestizos al fin), o por parte de la plebe puramente fáctica nada se pudo conseguir. Movimientos en el fondo todos circunstanciales y sin ideologías, pues los pensadores todavía quedaban marginados. Sólo si se amoldaban a participar ellos mismos en la ejecución de la política las ideas podrían hacer una mella vital.

El periodo que va entre 1820 y 1850 se caracterizó por los fenómenos y los enfrentamientos que venimos describiendo. La entrada de tropas rurales a las ciudades fue repetida produciendo la inquietud y el terror por la posibilidad de verse convertidas en botín de hordas campesanas enfrentadas, por principio, contra cualquier acomodo

<sup>8</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 86.



dato o contra cualquier centro económico susceptible de rapiña. En ese contexto, la política hubo de respaldarse con la fuerza y muchos de los civiles vieron en su entrada al mundo militar una nueva forma de encontrar un peldaño que facilitara su entrada a la política para participar en el poder político. De ejemplo puede servirnos la personalidad de Manuel Belgrano, típico intelectual, representante de la burguesía de Buenos Aires que se transformó en general de un ejército regular.<sup>9</sup> “Patriota, estudioso, honesto y ferviente, a quien la mala suerte arrojó a la lucha como general, cuando hubiera servido mejor como administrador”.<sup>10</sup> Otra personalidad fue Mariano Moreno

el dinámico dirigente de esa “Junta provisional de las provincias del Río de la Plata” que gobernaba en nombre de Fernando VII, fue el joven y altivo abogado porteño .. el alma de la revolución y autor de las *Cuartillas económicas* de 1809, parece haber dominado la Junta, triunfo que se explica por su influencia sobre los criollos.

Dice el mismo autor en la misma página de su obra, que el abogado Mariano Moreno fue el que promovió en las provincias de La Plata la idea de la independencia absoluta entre los miembros de la Junta. Nadie ignora la personalidad sobresaliente de José Gaspar Rodríguez de Francia que, nacido en 1766, fue educado en la Academia de Asunción y destinado a la carrera eclesiástica, que estudió y obtuvo grado de filosofía y se doctoró en teología en 1785, en la Universidad de Córdoba. Fue profesor de latín en el Colegio Real de San Carlos, donde chocó con el vicario por sus ideas liberales y ello lo convirtió en anticlerical. Actuó con éxito como abogado de los guaraníes por su cultura y fue dueño de una de las mejores biblio-

<sup>9</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 202.

<sup>10</sup> Herring, *Evolución histórica de América Latina, desde los comienzos hasta la actualidad*, t. I, p. 300.



tecas del Paraguay en su época. Manejó los clásicos, entendió de astronomía y también de matemáticas. Fue síndico de la provincia de Paraguay, fue miembro de la Junta de Gobierno del país, cónsul, dictador interino y dictador perpetuo por veintinueve años.<sup>11</sup> Un sinfín de hombres de este tipo se encuentran en la política de América toda. Sólo insistiremos con algunos nombres que se encuentran en los inicios de la historia nacional en el extremo geográfico opuesto, con el fin de generalizar el fenómeno.

El principal vocero de la causa liberal-federalista fue el agresivo, rollizo y voluble delegado por Coahuila, Miguel Ramos Arizpe. Ex-sacerdote y masón, había tenido una carrera variada y muy condimentada. Había sido enviado a España en 1812 como uno de los delegados mexicanos a las Cortes de Cádiz, donde había participado en la exuberancia liberal que redactó la nueva Constitución.

Al regresar Fernando VII al poder y suprimir a los perturbadores, Ramos Arizpe fue a dar a la cárcel, pero al volver a México se unió en 1822 a las protestas contra del emperador Iturbide y predicó el republicanismo y el federalismo, redactó un boceto preliminar de la Constitución propuesta, mostrándose violentamente federal.<sup>12</sup> Si Ramos Arizpe era liberal, cosa parecida pasa con fray Servando Teresa de Mier que fue conservador y centralista: fue sacerdote dominico que chocó en 1794 por interpretaciones doctrinarias con la Inquisición, que lo castigó en una cárcel española. Escapó y participó en diversos movimientos subversivos que le valieron de nuevo la prisión. Fugitivo y recapturado dio en el castillo de San Juan de Ulúa, donde la reclusión no fue agradable. Representó uno de los más distinguidos intelectuales del

<sup>11</sup> Wilgus, *South American Dictators*, p. 58-63.

<sup>12</sup> Herring, *op. cit.*, t. 1, p. 336-337.



Congreso como representante de Nuevo León y director de la oposición conservadora centralista contra Miguel Ramos Arizpe. De San Juan de Ulúa fue puesto en libertad por el oficial español a cargo de la fortaleza, sólo para molestar al emperador y de inmediato, el fraile, obtuvo una banca en el Congreso, donde se enfrentó con el emperador ensañadamente y de nuevo dio en la cárcel. Fue un aristócrata, austero y enjuto que sostuvo que en México no había nada que federar y que la soberanía era de la nación. Cuando se firmó la Constitución de 1824, el mes de octubre, fray Servando con un brazalete de luto en la manga, observó: “Mi país murió el día que se aceptó el Acta Constitutiva. Hoy contemplamos su funeral”.<sup>13</sup> Es inevitable que se agolpen los nombres en años sucesivos, como el de Lucas Alamán, jefe de los conservadores mexicanos, que se mantuvo por casi 30 años como vocero del gobierno centralizado. Nacido en Guanajuato en 1792 y educado como ingeniero de minas, analizó con crítica la historia de los primeros años de la independencia en su *Historia de México*. Vivió largo tiempo en Europa, hasta que en 1819 asistió a las Cortes españolas como diputado mexicano, donde trató de enrolar capital y ayuda técnica para las minas de su país. Al regresar fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Guadalupe Victoria y hasta su muerte dirigió los intereses conservadores. “Alamán era un aristócrata metido en política: bajo y rollizo, afeitado y de anteojos, austero y arrogante...”<sup>14</sup> De todos los tonos, tanto en el sur como en el norte, entran los pensadores a condicionar con sus ideas las políticas nacionales pero, si bien hay variantes en sus tendencias, coinciden en que para que sus ideas pesen, tienen que participar en la esfera ejecutiva.

<sup>13</sup> Herring, *op. cit.*, t. I, p. 337-338.

<sup>14</sup> Herring, *op. cit.*, t. I, p. 341-342.



de la política del país. Unos llegan a dictadores, otros sólo a generales y toman parte en campañas, otros entran en las discusiones parlamentarias, otros en los gabinetes pero, de ninguna manera, se puede negar que estos hombres dejaron de despuntar y de influir en la historia de sus países y, de hecho, hay que clasificarlos más bien de políticos que de intelectuales, pues como tales se desnaturalizaron. A medida de que el siglo XIX avanzó, el papel de los pensadores se robusteció y su participación fue más intensa en la política nacional. En algunos casos llegaron a poder condicionar el pensamiento de los dictadores y en otros les costó, como hemos visto, la cárcel, el exilio e incluso la vida.

De las situaciones que se plantearon surgieron opciones y en las luchas facciosas salieron intereses y ambiciones personales con opiniones radicales sobre cuestiones básicas. En ellas se elaboraron ciertas líneas políticas, que en alguna forma correspondieron a las ideologías y terminaron siendo tendencias en las que se adivinó “un complejo y multiforme contexto a veces casi inexpresable” que en cada lugar forzaba a la adhesión o al rechazo.

Por eso, la nueva clase dirigente fue un auténtico patriado, cualesquiera fueran las virtudes o los vicios de cada uno de sus miembros... Lo importante es que fue reconocido por la sociedad como su aristocracia, como su élite. Como fruto de los grupos que la integraban, el patriado fue un poco urbano y un poco rural, y acaso un poco señorial y un poco burgués.<sup>15</sup>

### 7. *La cristalización de las ideologías*

La gente que perteneció a la “otra sociedad” o los “de abajo” como los han llamado autores contemporáneos y

<sup>15</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 203-204.

que surgieron como la culminación de la independencia pensaron en términos igualitarios y reclamaron a su manera el puesto que les correspondía. Así quedó planteado el conflicto entre las dos interpretaciones de la sociedad, que definieron el sentido que el pueblo tenía dentro de la doctrina de soberanía popular y la interpretación iluminista y liberal de la sociedad. Se encontraron entre la contradicción y la práctica: en cuanto a si el término pueblo significaba toda la sociedad o sólo la gente decente. Como es lógico, los de abajo mantuvieron que la sociedad se componía de todos y que debía ser igualitaria: los individuos se desdibujaban en función del conjunto que se convertía en inorgánico e inestable y no se permitían dualidades contrapuestas de propiedad, educación o calidad. Para la concepción liberal la sociedad operaba por mecanismos representativos que contaban con la opinión y el apoyo del pueblo, pero para la concepción romántica se contaba con los sentimientos que no se traducían en fórmulas y que necesitaban de un intérprete racionalizado que las convirtiera en actos. De esa manera la democracia representativa se opuso a la concepción personalista y caudillesca. Pero fue inevitable que siguiera en pie la vieja interpretación de la sociedad sostenida por quienes no reconocieron los cambios y trataron de detenerlos con el fin de recuperar el *statu quo* anterior al desencadenamiento social. Esas tres posturas operaron aisladas, combinadas o mezcladas de forma diversa, y fueron manejadas por el grupo heterogéneo que luchaba por el poder que, en ciertas ocasiones, se conquistaba con objetivos unas veces, definidos y otras indefinidos. Las capitales fueron el escenario de esa lucha, porque ella se facilitaba en el complicado ambiente de las mismas.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 207.



Este andamio ideológico tuvo repercusiones directas y facilita la comprensión de sucesos jurídicos y también políticos. Así por ejemplo, el trasfondo de la ideología facilita entender la polarización de conservadores y liberales y el significado que tuvo el que la Constitución liberal de Chile, de 1828, aboliera el mayorazgo, mientras que la conservadora de 1833, proclamada después de la revolución de 1830, lo restableciera. También se entiende el que Portales o Rosas se esforzaran en mantener la estructura socioeconómica colonial. O que las reformas propuestas por Gómez Farías en el México de 1833 fueran apoyadas por los liberales y derogadas al año siguiente por Santa Anna, teniéndose que esperar hasta la Reforma de 1857 para que se restablecieran, a la vez que se desencadenó la guerra civil y la intervención francesa. El periodo se enfrentó también con la necesidad de definir la nacionalidad con rasgos específicos y concretos en cada uno de los países y ello dio por resultado las dos tendencias opuestas, el intento de constituir grandes unidades políticas (Bolívar, Morazán y Santa Cruz) y la tendencia de ciertas regiones a convertirse en nacionalidades. Las grandes visiones como la Gran Colombia, Centroamérica o la Confederación Perú-Boliviana fracasaron y se impusieron los intereses nacionalistas localistas, representados por Páez, Santander y Flores que afirmaron lo que en el devenir fueron Venezuela, Colombia y Ecuador, o los países centroamericanos, o la descomposición y crisis de la alianza Peruano-Boliviana. Todavía se unió a esta polémica la otra que complicó la política de todo el continente; en ella se vinieron a reflejar los conceptos sobre el significado de pueblo y su manejo y los conceptos sobre organización política de las naciones que enfrentó más tendencias opuestas, tales como la descentralización y la centralización, liberales y conservadores, centralistas o federales, dualidades que nos hacen entender a Rosas,



García Moreno, Páez, Monagas, o Maximiliano, gobernantes autoritarios que expresaron la ideología conservadora de los señores partidarios del orden establecido y también de sectores populares partidarios del poder paternalista. Por el otro lado están los liberales opuestos a la tiranía y al personalismo, que apoyaron formas de la democracia republicana representativa, criticadas por los conservadores que las interpretaban como un invento de intelectuales en busca del poder y de sus ventajas.

Los proyectos constitucionales fueron el exponente de las luchas de estas ideologías. Unos, Rosas por ejemplo, creyeron que su país estaba inmaduro para establecer una constitución; otros como Francia, consideraba que su sensibilidad expresaría mejor las tendencias políticas de clases populares sin experiencia; pero la mayoría consideró necesario establecer constituciones por seguir modelos políticos teóricos de las democracias. Sin embargo, ello no evitó la discusión en cuanto a si las constituciones debían ser de carácter consuetudinario que codificara situaciones de las clases poseedoras tradicionales o si, por el contrario, debían cambiar la realidad social. Poco a poco se complicó la discusión al intentar resolver a través de constituciones los nuevos problemas planteados. Se trató del tema del poder radicado en el Congreso o en el Ejecutivo, de la reglamentación de las aduanas, de la navegación de los ríos o del régimen económico, de la condición de los sometidos; de la relación entre Iglesia y Estado y de la condición del clero.<sup>2</sup>

Fue en el curso de esta discusión, cuando

los conservadores liberales se diferenciaron de los conservadores ultramontanos y antiliberales, herederos de la ideología conquistadora. Los liberales ajustaron y reajustaron su doctrina tratando de armonizar los problemas

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 210-216.

que debían enfrentar con los principios que recibían elaborados: de los teóricos europeos, de las dos ramas de la masonería... de los doctrinarios de otra revolución apenas entrevista en Latinoamérica, pero que se ensayó en Europa en 1848. Así se diferenciaron los liberales moderados de los radicales y ambos, de quienes empezaban a pensar en una política autónoma para las clases populares.<sup>3</sup>

De esa manera fue como se definieron los partidos liberal y conservador incorporando ideas procedentes de la acción; pero en cada uno de ellos se matizaron, subdividiéndolos, infinidad de posturas que iban de un extremo a otro y que formaron infinitas combinaciones, según fueran las situaciones reales. Todo ello se combinó aun con la influencia de los militares que sumó nomenclaturas a las combinaciones y proporcionó la nueva fórmula de militaristas y civilismo, que no excluyó a las dictaduras civiles, tan violentas como las militares.<sup>4</sup>

El periodo lleno de conflictos, tanto internacionales como nacionales, se apoyó en el espíritu del romanticismo que produjo en Latinoamérica una secuela de figuras de vasto renombre en los campos de las letras y las artes llenas de optimismo y esperanza. Todos ellos animados por los progresos materialistas y por la celeridad en el crecimiento de la población.<sup>5</sup> Pero el ambiente general era desastroso en el sentido de que no propiciaba la aparición de grupos extendidos de intelectuales. Para 1830 prácticamente todo el continente latinoamericano se hundía en guerras civiles, en violencia o en dictaduras, “los pocos escritores e intelectuales habían sido marginados o forzados a participar en las refriegas. Las quejas ante la imposibilidad de ejercer alguna actividad artística abunda-

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 216.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 216-217.

<sup>5</sup> Griffin, *El periodo nacional de la historia del Nuevo Mundo*, p. 219-220.



ron a principios del siglo XIX". El poeta argentino Esteban Echeverría (1805-1851), asentaba que,

todos los hombres capaces, a causa del estado de revolución en que se encuentran absorbidos por la acción o por las necesidades materiales de una existencia precaria, no pueden consagrarse a la meditación y recogimiento que exige la creación literaria, ni hallan muchas veces medios para publicar sus obras.<sup>6</sup>

Primitivismo, inferioridad, inmadurez, serán los calificativos que se darán a sí mismos, a su cultura y a su tierra... América no puede ser otra cosa que la expresión de la barbarie, los confines de la cultura; y sus hombres, si son nativos, serán bárbaros, salvajes, primitivos; y si son originarios de Europa, desterrados, expulsados de la cultura, la historia y la humanidad.<sup>7</sup>

Y por debajo de todo bullía el mundo de la política y de la economía, que no perdonaba un ritmo seguro y continuo. Las instituciones económicas hicieron una transferencia del sistema colonial de la hacienda que se adaptó a las condiciones de la república aristocrática. Encomenderos y hacendados se convirtieron, por los métodos que analizamos arriba, en jefes políticos de importancia local y regional, en gamonales y caudillos porque habían conservado el sistema de tenencia de la tierra, con sus trabajadores residentes que armaban cuando era necesario. Y se reforzó el sistema porque las haciendas expropiadas a los peninsulares se concedieron a los nuevos generales y se hicieron, además, concesiones de tierra a los militares. En estas propiedades fue donde se perpetuaron las antiguas condiciones señoriales, a pesar de que muchos de los nuevos propietarios pertenecieran a los de abajo.<sup>8</sup> Así resultó que quienes quisieron establecer en sus pueblos

<sup>6</sup> Juan Franco, *La cultura moderna latinoamericana*, p. 10-11.

<sup>7</sup> Zea, *América en la historia*, p. 15-16.

<sup>8</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 26-27.



formas de libertad, como las representadas por Inglaterra o Francia y los Estados Unidos, se vieron obligados a luchar contra los grupos más conservadores que, ayudados por elementos materiales que esas naciones les enviaban, garantizaban su conservación y triunfo a pesar de que esos elementos, supuestamente, representaban la modernidad que, en esa forma, venían en apoyo de las fuerzas tradicionales. Por eso la extensión de la modernidad implicó la de la cultura occidental como ninguna lo había logrado con anterioridad.<sup>9</sup> Así pues, la *Revue Encyclopédique* y *Le Globe* difusores de las ideas de Saint-Simon y de sus discípulos, fueron leídas y citadas en Argentina, Chile y Uruguay. Otros iban a Europa, como el chileno Francisco Bilbao, que allí recibió las enseñanzas de Lamennais, Quintet y Michelet, o como el cubano José de la Luz y Caballero, que conoció allí el idealismo alemán y su expresión francesa el eclecticismo de Cousin considerando esas doctrinas nocivas para la independencia de Cuba. El romanticismo libertario también empujó a los latinoamericanos en sus afanes libertarios, pues Víctor Hugo y Lamartine expresaron líricamente los sentimientos de libertad de los hombres. En torno a Lamartine se unieron los chilenos que habrían de luchar por llevar a la práctica las ideas del liberalismo en su patria y algunos de los pensadores utilizaron los nombres de los franceses: Lastarria se hizo llamar Brissol; Francisco Bilbao, Vergiaud; Pedro Ugarte, Dantón; Manuel Bilbao, Saint Just y Santiago Argos, Marat. Pero en muchos casos las ideas de las escuelas filosóficas que se recibieron fueron vagas, porque su conocimiento llegó por manos interpuestas. Por ejemplo el propio Alberdi aceptaba haber recibido noticia del romanticismo a través de Echeverría y decía que éste romanticismo estaba en contra de las ideas clásicas de la

<sup>9</sup> Zea, *América en la historia*, p. 36-37.



vieja escuela. Por influencia de Echeverría logró evolucionar en su espíritu y también se enteró de los eclécticos alemanes inclinados hacia el espiritualismo. Echeverría también hizo llegar a Buenos Aires la *Revista Enciclopédica de Carnot*. El mismo conducto sirvió para que Alberdi conociera la ideología liberal de Lermenier y de los filósofos y publicistas doctrinarios de la restauración.<sup>10</sup> Efectivamente el liberalismo de la Ilustración influyó en los hispanoamericanos, pero las corrientes de pensamiento descritas, con las que también se encuentran, y la experiencia propia, los orientó hacia un liberalismo menos formal y más adaptado a las necesidades de su América. El individualismo sin historia se unió al socialismo romántico, según el cual, el hombre no se basta por sí solo. La escuela escocesa vino a servir de contrapeso contra el entusiasmo de los románticos de la generación para que con el “sentido común” se esforzaran en no sufrir desilusiones.<sup>11</sup>

América se lanzó a las experiencias para encontrar fórmulas de administración local y surgieron combinaciones y reacciones en todos los campos; de las búsquedas se terminó por lo general en dictaduras que mezclaron los ingredientes de todas las ideologías y también los de la tradicionalidad que recurrieron con tenacidad sorprendente. Hubo reacciones eclesiástico-militares reveladoras de las fuerzas conservadoras en México, las de los caudillos provincianos argentinos con sus montoneras, las de los pelucones chilenos. Tal aparentaba como si los militares y la Iglesia, unidos, fueran a definir el orden conveniente. Por otra parte los esfuerzos que se hicieron en nombre del pueblo, encabezados por Francia en Paraguay o por Rosas que levantó la bandera de la libertad y de los derechos provincianos argentinos, o el Santa Anna mexicano/ unas veces liberal y otras conservador, o el Portales chi-

<sup>10</sup> Zea, *op. cit.*, p. 71-73.

<sup>11</sup> Zea, *op. cit.*, p. 75-76.



leno que impuso un orden impersonal mediante un mecanismo semejante al español. Todos ellos parecen ser los representantes de la cuña del régimen español que perdura a través de los movimientos de independencia, que en su procedimiento dictatorial hace sobrevivir el régimen emanado de la mentalidad colonial contra el que se levantó el repudio radical de los pensadores.<sup>12</sup>

Esteban Echeverría, desterrado por sus ideas, protestaba y definía que “la emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España”. En el otro extremo el mexicano José María Mora pretendía transformar los hábitos de los mexicanos para lograr la permanencia de las reformas de manera que no sólo se modificaran las opiniones de personas, sino las de toda la masa del pueblo.

En la misma forma Francisco Bilbao como romántico rebelde chileno se manifestaba contra las instituciones coloniales que habían continuado después de la independencia y reclamaba transformar la mentalidad de los hispanoamericanos y arrancar de ellos toda la herencia española.<sup>13</sup> Sarmiento interpretaba en las luchas entre federales y unitarios de los últimos veinte años, la demostración de que, si no se mataban, perseguían o expatriaban los contrarios, nada se lograba pero además no se adelantaba en saber y conocimiento, sino que se perseguía a los más instruidos. Esta lucha fue definida también por Mora que concebía el enfrentamiento entre la colonia y el modernismo que representaban las fuerzas del retroceso y del progreso que, después de la independencia, lograron hacer resaltar el predominio de la milicia y el hábito de considerar como únicos poderes la fuerza brutal y las aspiraciones sacerdotales.<sup>14</sup> El hispanoamericano había

<sup>12</sup> Zea, *op. cit.*, p. 91-93.

<sup>13</sup> Zea, *op. cit.*, p. 93-94.

<sup>14</sup> Zea, *op. cit.*, p. 108.



sido educado para obedecer, según Echeverría, y no supo qué hacer cuando recibió la libertad, provocando la anarquía contra la que reaccionaron los tradicionalistas buscando la manera de mantener la vieja idea del orden. En el mismo sentido Lastarría entrevió que la obediencia de que Echeverría hablaba iba ligada a la autoridad del rey y que la masa no podía reconocerla, si no procedía de la persona real.<sup>15</sup>

Se planteaba pues, un problema de educación para que se lograra un espíritu moderno que se enfrentara con el espíritu colonial, pues al organizarse la revolución reflexiva, afirmaba Bilbao, los hombres de la independencia se habían sentido impotentes y reaccionaron en religión y en política, surgiendo el despotismo constitucional que implicaba un hombre nuevo destinado a una fórmula de política vieja.<sup>16</sup>

La generación de los libertadores políticos fue sucedida por otra que trató de realizar, en el campo de la educación, una obra parecida a la de quienes los precedieron, pero ellos lucharon por conseguir fines más elevados de los que la política se convertiría en instrumento. No importaba el partidismo político ni las definiciones existentes, sino que se iba en busca del contenido de las formas de gobierno en el que la libertad se convertía en el ingrediente esencial. Así el liberalismo proporcionaría un programa educativo para el hispanoamericano que lo convertiría en un hombre distinto al producido por la colonia.<sup>17</sup>

Estos liberales, defensores de un liberalismo conformado a las realidades hispanoamericanas que estaban en pie en 1837, eran descritos por Esteban Echeverría como un grupo que surgía en medio de dos grandes bandos, el

<sup>15</sup> Zea, *op. cit.*, p. 114-117.

<sup>16</sup> Zea, *op. cit.*, p. 128.

<sup>17</sup> Zea, *op. cit.*, p. 129.

federal y el unitario. Era una generación nueva sin odios ni luchas fratricidas que “los federales... miraban con desconfianza y ojeriza, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su librea y vasallaje, la veían hojear libros y vestir frac” por otra parte los unitarios, vencidos y aislados en Montevideo, la miraban “con lástima y menosprecio, porque la creían federalizada y ocupada solamente en frivolidades”.<sup>18</sup> Ellos trataban de conseguir una unidad responsable, nacida del mismo pueblo y de su realidad que, según Echeverría, formaría un tercer partido. El movimiento se extendió a Chile, donde la generación de Victorino Lastarria aspiró a formar un partido que rebasara los intereses limitados de pelucones y pipiolos. De ideología progresista y democrática que no se contaminara con pensamientos anteriores y cuya acción se llevara a cabo dentro de la ley, para evitar la violencia. Como el proyecto de formar ese nuevo partido fracasó,

perseguido, se encerró en los libros, ¡a los estudios!, había otro camino aunque más lento, para realizar la reforma, el camino de la educación. “Viéndome expuesto a perderme para siempre por las persecuciones del gobierno, que entonces no perdonaba a sus adversarios —dice— creí que era inútil mantener un combate desigual: preferí, como más conveniente, dedicarme al estudio y a la educación de la juventud, porque sólo en este campo me era lícito saciar mi ambición de ser útil a mi país: renegué de la política y me encerré en los colegios.”<sup>19</sup>

La decisión de Echeverría se justificaba por la creencia de que el fracaso liberal se originaba en la falta de visión en los libertadores que relegaron el problema educativo a segundo lugar. Si no lo hubieran hecho así, las escuelas habrían enseñado lo que era libertad, la igualdad y la fraternidad y las generaciones educadas hubieran facilitado

<sup>18</sup> Zea, *op. cit.*, p. 129-130.

<sup>19</sup> Zea, *op. cit.*, p. 132-133.



el triunfo de la ley y del orden y se hubiera impedido el anarquismo y la tiranía.<sup>20</sup> Además de Echeverría, pensaron lo mismo Lastarría, Simón Rodríguez el maestro de Bolívar y Alberdi, que compararon lo ocurrido en Latinoamérica con lo que tuvo lugar en los Estados Unidos, notando que entre los jóvenes latinos sólo se encontraba su preocupación por buscar puestos representativos, mientras que los estadounidenses procuraban la forma de servir al prójimo. Por ello, argumentaban que los residuos del feudalismo español se continuaban en el caudillismo. Pero, pese a la admiración que les produjera la democracia del norte, llegaron a concluir que no se podía cambiar la realidad de los hispanoamericanos y veían la solución posible en facilitar inmigraciones que ayudaran a regenerar el material humano latinoamericano mediante una educación consistente.<sup>21</sup> Tanto Echeverría como Lastarría y Bilbao optaron por esa postura, realista y consciente del mundo americano y propugnaron por ir en busca de la realidad: “¡a la realidad, por negativa que sea!”, porque sólo partiendo de ella podrían reformarla a través de una enseñanza dirigida por los principios del liberalismo y de la democracia.<sup>22</sup>

Juan Bautista Alberdi continuó dentro de la línea de estos pensadores y consideró que, al igual que cada época ha tenido formas peculiares de filosofar y de resolver sus problemas, Latinoamérica también tenía que estudiar la filosofía política, la de la industria, la de la riqueza, de la religión o de la historia para comprender la razón de conducta y de progreso de esos temas de acuerdo con su realidad, para lograr llegar a la única conclusión posible que era la de formar una filosofía de las necesidades propias. Pero, como esas necesidades planteaban proble-

<sup>20</sup> Zea, *op. cit.*, p. 137.

<sup>21</sup> Zea, *op. cit.*, p. 142-151.

<sup>22</sup> Zea, *op. cit.*, p. 155-1557.



mas referentes a la libertad y a los derechos sociales en el orden político y social, la filosofía americana debía ser para Alberdi esencialmente política y social.<sup>23</sup>

Los pensadores latinoamericanos, al hacer el esfuerzo de cortar con su herencia, se vieron en la necesidad de evaluar la importancia de la industria y del nuevo orden económico que ella establecía, dentro de la realidad latinoamericana. Los chilenos se habían manejado de acuerdo con un espíritu liberal, típico. José Victorino Lastarria, negaba que la riqueza industrial pudiera facilitar la solución al problema de la emancipación mental del latinoamericano. No consideraba posible que el progreso y la libertad individual fueran a satisfacer las necesidades de la época, porque era necesario ayudar a los demás y ello representaba armar una verdadera democracia que se apoyaba en la ilustración y la educación.<sup>24</sup> Otro paso hacia adelante dio el socialista Esteban Echeverría, que pedía un orden apoyado en un fondo de verdades comunes que lo explicaran. Creía que el nuevo orden no se había alcanzado por el exceso de imaginación que predominaba en detrimento de la realidad. Se habían formado muchos teorizantes, incapaces de enfrentarse a la realidad, que habían tejido ilusiones. La salida era oponerles un método filosófico experimental que derivara sus principios de la realidad y lograra un conjunto de ideas realistas. En esta forma se conseguiría que la realidad se convirtiera en punto de partida para elaborar el pensamiento. Echeverría requería, así, una base moral y un criterio de certidumbre común que sirviera de fundamento a los pensadores y que permitiera reorganizar las naciones y la sociedad.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Zea, *op. cit.*, p. 169-171.

<sup>24</sup> Zea, *op. cit.*, p. 195-196.

<sup>25</sup> Zea, *op. cit.*, p. 197-198.



El deseo de establecer el fondo común de verdades se desparramó por el continente y cada quien fue aportando conceptos a esa manera de ver. En México José María Luis Mora abogó porque se lograra formar esa ideología mediante métodos pacíficos y experimentales que no pudieran discutirse. De esa manera, Mora en 1833, se pronunció ya en favor del positivismo y pedía oponer a la educación de filosofía teórica una educación práctica apoyada en la experiencia positiva, que persiguiera el espíritu de investigación para que el día de mañana se lograra un orden permanente positivo, apoyado en la realidad.<sup>26</sup>

No hubo remedio, el positivismo tenía que llegar a Latinoamérica como la filosofía de la nueva economía y del nuevo orden universal establecido por Occidente. Así Sarmiento, Alberdi, Lastarría, Mora y otros participantes de la generación postindependencia, se encontraron con el positivismo y lo reconocieron como la filosofía, cuyos principios sostenían ellos mismos, aun antes de haberse relacionado directamente con quienes lo descubrieron. Sarmiento reconoció la relación de su pensamiento con el positivismo de Spencer, que consideraba propio, y esa forma filosófica sería la que expresaría los anhelos de progreso de toda la generación. José Victorino Lastarría, en cambio se confesaba partidario de Comte, a quien había seguido en sus conceptos básicos aun antes de haberse familiarizado con el positivismo.<sup>27</sup>

Pero las consecuencias de las actividades filosóficas, al mezclarse con las políticas, se convirtieron en peligrosas y también en sufrimientos. Entre 1839 y 1851 tuvo lugar la llamada Guerra Grande argentina, después de ser derrotados los unitarios. En consecuencia, los filósofos que formaron la *Asociación de Mayo* Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y Domingo Sarmiento, entre otros, se

<sup>26</sup> Zea, *op. cit.*, p. 199-200.

<sup>27</sup> Zea, *op. cit.*, p. 200-201.



refugiaron en Montevideo, donde escribieron muchas de las obras definitivas para la emancipación mental argentina y hubo quienes conspiraron para derrotar al dictador Rosas, lo que tuvo lugar en 1852. Los filósofos refugiados argentinos tuvieron influencia en los uruguayos, como en el caso de Andrés Bello que recibió la influencia de Alberdi, después de combatirlo por sus ideas. Bello contribuyó junto con Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Lastarria, Bilbao, Rodríguez, Bello, Mora y todos los que lucharon en campos que incluyeron lo educativo y lo político para libertar a Latinoamérica de la herencia española, que se consideraba fatal para su desarrollo.<sup>28</sup>

Sin embargo, aparte de estos movimientos, desde el punto de vista social, tal parece como si se retrocediera el camino avanzado. Se nota la insistencia de generaciones sucesivas que, con poder y fortuna heredada y alianzas de todo tipo entre ellas, resultan en una verdadera aristocracia que cuidaba con celo e incluso idealizaba sus propios orígenes. Entre sus miembros se establecieron verdaderos linajes que, a veces, lograban entroncar con los coloniales. Este grupo de señores llegó a debilitar su rechazo del pasado colonial y se opuso a los sentimientos igualitarios, expuestos por oradores exaltados para reivindicar los privilegios de sus antepasados. De sus filas surgieron muchos de los políticos conservadores y de las autoridades eclesiásticas y militares.<sup>29</sup>

### 8. *La nueva realidad y el encaje al positivismo*

Mientras esto ocurría durante las décadas del siglo que llegan a 1840, quienes se enfrentaron con el problema de la producción adquirieron nuevos instrumentos y herramientas de trabajo que facilitarían las crecientes deman-

<sup>28</sup> Zea, *op. cit.*, p. 345.

<sup>29</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 204.

das del comercio. Las máquinas de vapor comenzaron a hacerse presentes en los ingenios azucareros y también facilitaron la comunicación fluvial y marítima. Junto con el vapor otros refinamientos y progresos técnicos aparecieron extendiéndose por las diferentes regiones latinoamericanas. También se asimilaron nuevas técnicas agrícolas, pecuarias y mineras para responder a la exportación que demandaba mejorar la calidad de la producción. En consecuencia los ganaderos comenzaron a cruzar sus ganados con especies francesas e inglesas y los agricultores a controlar plagas y a cuidar sus cultivos con nuevas variedades y sistemas de irrigación. Todo ello sucedía con un ritmo creciente que se aceleraría al pasar la mitad del siglo.<sup>1</sup> Era en respuesta a todo esto que nuestros pensadores se estaban planteando el problema de la realidad americana, de la libertad democrática y de la necesidad de la educación relacionada con los conocimientos naturales y el análisis científico. Aquí encajan los pensadores argentinos y chilenos y también los mexicanos y el prepositivismo cobra completo sentido. La realidad de la técnica y del comercio, de la agricultura y de la minería o de la comunicación, era la que enfrentaban y a ella no se podía responder con argumentos teológicos o dogmáticos. Pues si bien existía la aristocracia de que venimos hablando y mandaban los militares nuevos, también entraban dentro de esa señoría los nuevos y los viejos burgueses y los nuevos y los viejos hacendados que unas veces se enfrentaban los unos a los otros y también se unían entre ellos. Por debajo se encontraban los que hubieran podido constituir las clases medias que no llegaron a extenderse hasta el punto de entrar en contacto con esos señores. Pero supieron aprovechar las oportunidades que les ofrecieron los cambios de que hemos hablado arriba,

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 179-180.

y continuaron teniendo una fuerte influencia económica desde sus puestos administrativos y también políticos, en los que se concentraba la extensísima actividad económica que provocaban cada vez con más exigencia los comerciantes extranjeros.<sup>2</sup> Éstos, atraídos por los capitales que se formaban, creaban núcleos importantes de la población y se integraban con el sector criollo con el que coincidieron en intereses. Los grupos medios instalados en la administración y aptos para negociar la política y la economía se sobrepusieron a los desmanes de la anarquía y de la guerra civil e instrumentaron el poder necesario para favorecer sus planes y sus intereses, constituyéndose así los grupos dominantes de nuevo carácter pragmático que coincide con los pensadores que hemos examinado. Ricos banqueros y comerciantes poderosos inspiraron y subvencionaron movimientos revolucionarios para imponer sus propios puntos de vista o los modificaban lo necesario para coincidir con quienes fueran acercándose al poder y esa pugna burguesa nunca cesó.<sup>3</sup> A pesar de ser republicanos, su postura económica y su fuerza política hizo que se mostraran con la pompa y el lujo de la mejor aristocracia. De ellos surgieron los juristas que intervinieron en los grandes documentos jurídicos de la época, los asesores de gobierno y los gestores extranjeros que se convertían en intermediarios de empréstitos y concesiones. Cultos y educados, vieron nacer en sus filas escritores y poetas y también polemistas como el colombiano Julio Arboleda que alternó las letras con la política y a veces con las armas. Éstos linajes, constituidos en centro de la sociedad, brillaron en las ciudades de la época que conservaron las tradiciones criollas hasta casi el final del siglo.<sup>4</sup> Sin embargo hubo situaciones que deben encajarse

<sup>2</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 193-198.

<sup>3</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 199-201.

<sup>4</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 205-230.

dentro de este cuadro, pues muestran un reverso indicador que también forma parte de la realidad que trataban de resolver los filósofos. El caso de José Joaquín de Olmedo (Ecuador 1770-1847), narrado por Juan Franco,<sup>5</sup> que se quejaba de su poca producción poética y la atribuía al medio ambiente poco favorable. Según el poeta, tenía necesidad de un lugar agradable para trabajar con vistas hacia el campo, los ríos y las montañas y también requería la compañía de amigos que lo criticaran y de jueces que lo aplaudieran “y aun de apasionados que discutieran cada palabra, cada frase, cada pensamiento”. Pero el ambiente, hostigado por los latigazos de la nueva técnica y también por una realidad, ciertamente latinoamericana, fomentó el planteamiento de la problemática de la época que produjo la conciencia social,

de Echeverría y otros escritores de principios del siglo XIX, surgió de una disparidad entre su refinamiento cultural y la brutalidad del medio. Pero esa disparidad contribuyó a hacerles difícil la creación de obras de arte. Al sentirse parte de la cultura occidental deseaban desarrollar su obra dentro de esa tradición; por ello, a menudo escribieron el mismo tipo de novela o poesía que sus contemporáneos europeos; novelas históricas, novelas sociales al estilo de Balzac, novelas sobre la vida indígena al estilo de Chateaubriand.

Cuando el escritor trataba de no seguir la pauta europea, saltaba de una a otra y se confiaba a sus propios medios sintiéndose perdido, pero reflejar condiciones específicamente americanas, era la necesidad urgente que lo obligaba a abandonar las formas europeas poniendo más atención al contenido que a la forma.<sup>6</sup>

Zea analiza este fenómeno que convierte en la búsqueda de la realidad latinoamericana que choca con el indi-

<sup>5</sup> Juan Franco, *La cultura moderna en América Latina*. p. 11.

<sup>6</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 16.



vidualismo egoísta del “moderno”, que acabó por convertirse en el centro de la historia al hacer de su propio individualismo deshumanizado el “yo”, de manera que pudiera justificar todas las agresiones de la cultura occidental.

Frente al rechazo —dice Zea— los iberoamericanos se revolviéron contra sí mismos buscando en ellos y en su formación y herencia la causa del mismo. Para escapar de su pasado hicieron violencia contra sí mismos, pero también tuvieron que luchar contra la resistencia que a su incorporación, a la marcha de la historia, hicieron los propios pueblos que les sirvieron de modelo; y por ello tuvieron que hacer “una renuncia permanente a lo que son para el logro de lo que no sólo no son, sino que se evita lleguen a ser”.<sup>7</sup>

Para reconstruir su propia realidad tuvieron que tomar de todas las doctrinas filosóficas para derivar de ellas los instrumentos que ayudarían a manejar los problemas planteados a los latinoamericanos que trataban de reconstruir su propia realidad: utilizaron el tradicionalismo francés con su espíritu conservador, el eclecticismo con su sentido histórico, el romanticismo social que ofreció instrumentos positivos de la misma reacción que presentó al pueblo como una realidad difícil y compleja, de la que se desprendieron los estudios sociales envueltos en una ciencia positiva. Se habló de socialismo como lo hizo Echeverría en su *Dogma*, aunque no se trató de un socialismo romántico e individualista, o burgués, en el que Alberdi señaló las diferencias que existían, sino que simplemente se perseguía la búsqueda de una sociedad sin abusos y con fines moralistas. Llegó también el sansimonismo con su preocupación por la sociedad, la escuela escocesa y el utilitarismo con su preocupación por lo experimental y lo positivo y todos esos movimientos e influencias prepararon

<sup>7</sup> Zea, *América en la historia*, p. 35-36.

al pensador latinoamericano para entrar al positivismo que de hecho se estaba desarrollando en esa generación de pre-positivistas.<sup>8</sup>

Los problemas sociales y culturales, los políticos y económicos, el impacto del mundo occidental a través del comercio y de la trastienda de la técnica y el desconcierto de haber perdido la propia historia, son motivos más que suficientes para que en Latinoamérica surgiera una pléyade de reformistas locales que fueron en busca de la emancipación mental para afirmar la independencia con una educación adecuada para que corvirtiera a los hombres latinoamericanos en hombres modernos de verdad.<sup>9</sup>

Juan Bautista Alberdi veía las dificultades como un mal endémico producto típico americano, como Rosas y el rosismo, causado por la permanencia de los vicios irradiados de la colonia española. El problema se consideraba de mayor importancia porque, donde las repúblicas surgían de las antiguas colonias, se producirían las dictaduras. El proceso de educación se consideraba de absoluta necesidad para salir del callejón sin salida y estimaba que la industria era el único camino para dirigir a la juventud y llevarla al orden que conducía al progreso de los pueblos, de los cuales ésta era la fuente de riqueza.<sup>10</sup> Claro, todos no estuvieron de acuerdo y hubo corrientes como la representada por Andrés Bello según el cual los males latinoamericanos no se podían achacar ni a España ni a problemas de raza, sino que los universalizaba y los convertía en propios de toda la humanidad y de sus debilidades.<sup>11</sup> Es importante observar que, desde 1840, la presencia de la industria y de la técnica era un ingrediente de fundamento que permeaba la mente de nuestros pen-

<sup>8</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 73-76.

<sup>9</sup> Zea, *op. cit.*, p. 93.

<sup>10</sup> Zea, *op. cit.*, p. 115, 194.

<sup>11</sup> Zea, *op. cit.*, p. 118.

sadores y que la mayoría de ellos se mostraron afectados y trataron de racionalizar las situaciones, partiendo de ese nuevo elemento proporcionado por la historia que vivían. En cualquier solución que contemplaran tenían, por fuerza, que incluir esa realidad. El nuevo orden se iba concibiendo como un orden basado en la existencia de la industria, de la que se derivaría incluso la concepción de un nuevo tipo de hombre latinoamericano. En concordancia, José María Luis Mora consideraba que el trabajo, la industria y la riqueza eran los elementos necesarios para convertir a los hombres en virtuosos. Contraponía esos elementos a la anarquía y al despotismo, originados en la incapacidad de los hispanoamericanos para independizarse del estado y no depender de la burocracia y de las contingencias de la misma. Consideraba que una forma de gobierno no era el talismán de la prosperidad pues del empleado, decía,

carece del verdadero estímulo que impele al hombre a trabajar, a saber, el adelanto progresivo de su fortuna y el aumento de sus goces. Estos hombres son los destructores de la industria además de enemigos del trabajo... La libertad de comercio ha dado ocupación, dignidad y patriotismo a muchos que antes carecían de ello.<sup>12</sup>

Al igual que Alberdi, Mora consideraba necesario reformar la educación de los hombres dentro de los nuevos términos, para convencerlos de que el esfuerzo personal era infinitamente más productivo que la empleomanía, por las razones que acabamos de explicar.

Alberdi reclamó para los argentinos una educación que posibilitara las ideas del progreso y formara un hombre de mentalidad moderna a través de colegios de ciencias exactas en vez de los colegios de ciencias morales existentes, sin que ello indicara que se olvidaran de la moral. La misma

<sup>12</sup> Zea, *op. cit.*, p. 193-194.



manera de ver y el esfuerzo de “definir” al latinoamericano se nota en el discurso que Victorino Lastarria pronunció el 3 de mayo de 1842 para inaugurar la Sociedad Literaria de Santiago de Chile. Llamaba la atención a los literatos chilenos sobre la necesidad que había de que se leyeran los clásicos castellanos, que representaban la fuente del idioma, pero a la vez se aconsejaba aprovechar el gran estímulo creador de la literatura francesa, sin que los escritores nacionales fueran a sujetarse a esas literaturas.<sup>13</sup> Con el fin de atender los estudios de la historia nacional se fundaron, como parte del mismo movimiento y preocupación en 1843, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, presidido por Andrés Lamas en Montevideo y en Buenos Aires, presidido por Bartolomé Mitre en 1854, el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata. En México, Lucas Alamán se había avanzado en 1823 con la fundación del Museo de Antigüedades y de Historia Natural. En Bogotá, José María Vergara y Vergara promovió el establecimiento de la Academia Colombiana. Sabios y revistas literarias, filosóficas, históricas, a veces de corta vida, fueron apareciendo en el continente mostrando las preocupaciones de los pensadores de Latinoamérica en los diversos campos. Esas preocupaciones fueron motivos de reuniones y discusiones que poco a poco configuraron el ser latinoamericano.<sup>14</sup> El síntoma resulta claro si se nota la polémica entre José Victorino Lastarria con Andrés Bello en torno a la memoria presentada por el primero en la Universidad de Chile, donde se interpretaba la historia con espíritu semejante al que utilizaría Comte. Bello discutió la interpretación en nombre de la fe en la tradición, mientras que los argentinos desterrados,

<sup>13</sup> Zea, *op. cit.*, p. 165.

<sup>14</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, ver capítulo v.

lo hicieran en nombre de un fatalismo histórico. Aunque la crítica y la réplica sobrecogieron a Lastarría, su trabajo y su postura avisaron de manera extemporánea, de la llegada del positivismo, que todavía no conocían y que con facilidad asimilarían.<sup>15</sup> Los chilenos se caracterizaron por su alto espíritu liberal y lo primero que los filósofos asentaron fue la libertad y la capacidad del individuo para decidir su destino. Rechazaron el fatalismo histórico precisamente porque el individuo no cuenta como entidad libre y se convertía en un instrumento de los fuertes para explotar a las naciones débiles. Por eso servía para justificar a España y sus procedimientos, como la había hecho el rector de la universidad chilena, Andrés Bello, al con-testar la memoria de su contricante, publicada en 1844, con el título *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles de Chile*.

Por estos trabajos chilenos no fueron los únicos aparecidos en esa época en que la preocupación se iba generalizando. En 1837 apareció la *Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837*, en la que Mora se esforzó por demostrar los errores de las administraciones y la raíz colonial de los mismos. En 1845, de la pluma de Sarmiento surgió *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*. En Cuba, de José Antonio Saco se publicó *Historia de la esclavitud y La vagancia en la isla de Cuba*, que insistía en los males que asolaban la isla. Todos estos trabajos tendían a negar el pasado americano en la misma forma que los de los europeos hacían lo contrario.<sup>16</sup>

Esos títulos y muchos otros que aparecieron, significaron la importancia del pensamiento latinoamericano y el peso que poco a poco habían conseguido tener los intelect-

<sup>15</sup> Zea, *op. cit.*, p. 201-202.

<sup>16</sup> Zea, *op. cit.*, p. 223-227, 269.



tuales y pensadores de América Latina en cada uno de sus territorios. La década de los cuarenta acumuló descontentos contra los que surgieron algunas respuestas de los círculos políticos y fue sintomático que el presidente Mosquera de Colombia (1845-1849, 1861-1864, 1866-1867) se esforzara por dar a su país un equipo económico y que tratara de mejorar la educación popular en su primer periodo de gobierno. También lo es el que, a pesar de haber sido elegido por los conservadores, en el segundo periodo se enfrentara con el clero alto por sus pretensiones políticas y que terminara en el tercer periodo expulsando a los jesuitas y confiscando bienes eclesiásticos.<sup>17</sup> Para la mitad de los cuarenta también fue importante que grandes señores de Caracas organizaran una oposición liberal que llegó a ser popular, incluso entre la plebe y que afectó al campo.<sup>18</sup> El propio conservador Andrés Bello, parecía cambiar su pensamiento en un nuevo discurso, pronunciado en la universidad chilena, cuando hablaba de la necesidad de una ciencia americana y decía: “los americanos están capacitados para aportar sus experiencias en los diversos campos de la ciencia; tanto en las naturales, como en las políticas, literarias y morales, siempre y cuando partan de la experiencia y la realidad que les es asequible, la americana”.<sup>19</sup>

Los cambios que se registran, en los que no vamos a insistir, se combinaron para abrir grandes posibilidades de modificación y ajuste en la sociedad, lo que hizo posible revoluciones posteriores. Fue entre 1848 y 1854 y quizá habría que recorrer esta última fecha hasta 1857, cuando tuvo lugar la Reforma mexicana; cuando los grupos sociales estratégicos consiguieron el apoyo de elementos tecnológicos para llegar completamente al dominio de la política,

<sup>17</sup> Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 103.

<sup>18</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 192.

<sup>19</sup> Zea, *op. cit.*, p. 167.

Se produjo así un nuevo orden y concepciones diferentes, tanto de dirección como de sentido. Para Colombia, Fals Borda ve el final del orden señorial en el año de 1848.<sup>20</sup> Otro elemento consideramos importante en la evolución de la mitad de siglo y éste fue la lucha de los Estados Unidos por extender sus fronteras que provocó la guerra con México en 1847. Si bien esa lucha significó para México la peor parte, en el sentido de que perdió la mitad del territorio en el tratado de 1849, hubo consecuencias mayores, porque se llegó a pensar que el desastre era atribuible a la raza débil y anárquica, incapaz de organizarse, porque desde la independencia se habían matado los unos a los otros por sus ideas y también por sus caudillos que las encarnaban. En el resto de América Latina se levantó también el clamor y la protesta contra la agresión norteamericana que produjo una desconfianza y un rechazo importante. Este rechazo produjo en los latinoamericanos poco entusiasmo por el ejemplo liberal estadounidense que había servido de apoyo para los grupos liberales. Aparte de los traumas que produjeron los Estados Unidos en la mente del mundo liberal latinoamericano por haberse lanzado contra su país vecino, en 1848 los países seguían diezmándose, porque las revoluciones eran el resultado lógico de las tiranías y las tiranías lo eran a su vez de las revoluciones. La violencia en contra de las violencias había provocado un círculo vicioso del que resultaba difícil salir. Importaba encontrar un orden, pero no se buscaba una forma de gobernar, sino simplemente de subsistir. Los gobernantes sólo querían mantenerse y conservar el poder sin preocuparse por el futuro de las sociedades hispanoamericanas.<sup>21</sup>

En este ambiente flotaban las diversas corrientes literarias y filosóficas, expresadas por los intelectuales arriba

<sup>20</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 32.

<sup>21</sup> Zea, *op. cit.*, p. 67-68.

analizados, que en conjunto producían el romanticismo latinoamericano expresado a mediados del siglo XIX. Se planteaba en ellas, con energía, la necesidad de una cultura original latinoamericana independiente de la ibérica. De ella hablaron Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Lastarria, Montalvo, Mora y otros, pero la condición para que se produjera era la emancipación mental que implicaba la ruptura con el pensamiento colonial en el que se había formado América.<sup>22</sup>

Esa emancipación seguía pendiente porque la incapacidad de romper y transformar el pensamiento para que pudiera aceptar nuevos elementos de cambio parecía imposible. El vapor y su tecnología hicieron su aparición en el continente con pocas consecuencias. Fals Borda afirma que hasta 1850 “todos los cambios fueron menores o parciales y el orden social no se afectó profundamente”. Después de 1850, con el cambio de condiciones sociales y económicas que tuvo lugar y cuando grupos estratégicos, como la naciente burguesía, tomaron el control de la tecnología del vapor, fue cuando comenzó el verdadero cambio de la sociedad colombiana de esa época.<sup>23</sup> Pero el pensamiento que sostendría esos cambios, tendría que ser el positivista, del que sus precursores fueron los prepositivistas, quienes se ocuparon de preparar el campo debidamente y el positivismo se consideró como “un instrumento de orden constructivo y de orden mental”.<sup>24</sup>

La nueva lucha de esta nueva generación fue educativa y espiritual. Muchas veces sería incluso servida por las armas para tratar de cambiar la mentalidad del hispanoamericano a través del poder. Esos hombres hablaron desde sus cátedras y sus escritos y formaron la generación de románticos que incluyó a los argentinos de quienes hemos

<sup>22</sup> Zea, *La filosofía americana*, p. 22-23.

<sup>23</sup> Fals Borda, *op. cit.*, p. 31.

<sup>24</sup> Zea, *op. cit.*, p. 77-78.



tratado, Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi; el venezolano Andrés Bello, el ecuatoriano Juan Montalvo (1833-1889); el peruano Manuel González Prada; los chilenos Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria; el cubano José de la Luz y Caballero y el mexicano José María Luis Mora, los paladines de la Reforma y otros más de diversos países latinoamericanos.<sup>25</sup>

Su lenguaje se fue afilando poco a poco y se corvirió en más agresivo, mientras el periodo de sus vidas penetraba dentro del siglo XIX. Así pues, Esteban Echeverría, que vivió entre 1805 y 1851, consideraba que la revolución avanzaba pero “con grillo”, que la revolución social sería la única que podría alterar el *status*, incluso mental, que se desprendía del impuesto por España. Por ello la revolución debería consistir en fundar una sociedad emancipada sobre un principio distinto del que la nueva generación tenía que ser responsable. Sarmiento que vivió un poco más adelantado el siglo, y cuya vida lo cubriría en su mayor parte (1811-1888), amonestaba a los latinoamericanos al decirles: “no os riáis pueblos latinoamericanos, al ver tanta degradación. Mirad que sois españoles y la Inquisición educó así a España. Esta enfermedad la traemos en la sangre”.<sup>26</sup>

Pero el pensamiento y aun la indignación de los pensadores, tenía que tropezar con uno de los males característicos de Latinoamérica, contra el que todavía se lucha en nuestros días. Este mal es la falta de público crítico, preparado e interesado que encuentra todo aquello que no es de rutina diaria. En el fondo ello resulta de las asperezas que producen situaciones políticas y sociales: “El abismo existe entre la élite cultivada y las masas, que cons-

<sup>25</sup> Zea, *op. cit.*, p. 94.

<sup>26</sup> Zea, *op. cit.*, p. 94, 96.



tituían el meollo del problema”, reconoce Juan Franco,<sup>27</sup> porque la independencia no redujo la separación entre las masas iletradas y la minoría educada, fundamentalmente la urbana. La existencia de analfabetos en más del ochenta por ciento en muchos de los países durante el siglo, explica que muchos escritores prefieren el exilio voluntario en Europa a un aislamiento real en sus propios países. Pero, además, explica la existencia de una cultura rural de tradición oral “tenazmente enraizada en el pasado e inalterada por las corrientes europeas modernas”, que dio base al riquísimo folklore latinoamericano y otra “minoritaria urbana de inspección europea”.<sup>28</sup> De nuevo coinciden el filósofo y el humanista en el hecho de que, después de la independencia, hubo un rechazo de la cultura española, pero encuentra que ello fue “no porque la cultura española no se aviniera a la realidad latinoamericana, sino porque era tradicional, anticuada y no estaba de acuerdo con el mundo moderno, con el que se identificaban las nuevas generaciones de intelectuales hispanoamericanos”.<sup>29</sup> A nuestro parecer, el matiz que plantea Juan Franco nos está llevando a las mismas conclusiones que las del filósofo, pues el hecho es que hubo un repudio y que la nueva generación, precisamente por entrever un mundo moderno que chocaba con la cultura ibérica, repudió esta última. La realidad del mundo moderno en la que Latinoamérica participó, a gusto o a disgusto, representaba la nueva realidad latinoamericana a la que se querían ajustar.

Por eso el humanista puede describir al artista latinoamericano en una postura difícil entre el influjo de Europa y las necesidades de la cultura nacional, pues la opinión exaltada de la moda europea de última hora y espe-

<sup>27</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 12.

<sup>28</sup> *Loc. cit.*

<sup>29</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 12-13.



cialmente la francesa, no favorecía la aparición de los artistas nacionales.

Las clases dominantes de las nuevas repúblicas... —dice Juan Franco— preferían a los experimentados arquitectos, pintores, músicos y escritores europeos por sobre sus propios aprendices nativos. Los libreros se abastecían principalmente con los libros importantes del exterior y en el teatro las obras de los autores nacionales jamás obtenían un éxito comparable al de las extranjeras. Así, que, mientras el artista estaba al tanto de las últimas corrientes europeas y se identificaba con lo moderno, su propia obra era una imitación que aún el público para el que escribía desdeñaba.<sup>30</sup>

Esa postura difícil del artista, entre la cultura europea y las necesidades de una cultura nacional, fue precisamente lo que los llevó a escribir crítica social. En ese género el artista podía imponer su propio criterio o emplear el conocimiento que tenía de modelos sociales de la civilización europea para atacar el retraso de su país. Por ese método se produjo la oleada de escritos satíricos y polémicos, en los que se enjuiciaba a América desde la postura europea. Ejemplos fueron los poemas satíricos del peruano Felipe Pardo Aliaga, 1806-1868, criticando el derrotero de los peruanos por los modelos europeos, o Sarmiento quien se declaró partidario de lo moderno en contra de la tradición y del hombre cultivado y letrado en contra del bárbaro iletrado.<sup>31</sup>

Cuando estas tendencias e ideología surgieron, en 1850, en el panorama artístico latinoamericano aparecieron grupos literarios y se fundaron círculos con el objetivo de promover la publicación de poemas y novelas y de alentar a un público para el aspirante a escritor. Muchas de las

<sup>30</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 13.

<sup>31</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 14-15.



mejores novelas del siglo fueron escritas como resultado directo del aliento de estos grupos literarios.<sup>32</sup>

Los grupos y círculos literarios ayudaron, además de a la aparición de literaturas nacionales, a la rehabilitación del escritor nacional siempre en desventaja con el extranjero. En este sentido la literatura estuvo por encima con respecto a otras artes nacionales como la música y la pintura, que no encontraron una demanda estimulante hasta bien entrado el siglo xx.<sup>33</sup> En literatura se podían obtener resultados decisivos con relativamente poco estímulo que recibieran los autores por parte de los círculos literarios. Además, las clases superiores latinoamericanas, cada vez se interesaron más, después de 1850, en la obtención de productos artísticos que, si bien en un principio se buscaron de factura extranjera, el hábito de obtenerlas fue susceptible de pasarse al producto nacional, pues la nueva economía de la segunda mitad del siglo los posibilitó para que dedicaran recursos a las obras de arte.<sup>34</sup> Pero en esa forma los próceres que soñaron con una América que, al igual de Europa, originara un conjunto de culturas nacionales, consiguieron como resultado de sus pretensiones una literatura afrancesada, sajonizada o germanizada y una filosofía que hizo del positivismo —francés, inglés o del pragmatismo norteamericano— un instrumento del nuevo orden mental que daría lugar al nuevo tipo de hombre latinoamericano.<sup>35</sup>

### 9. *Los cambios hacia la nueva sociedad positiva*

Nos sirve como ejemplo el periodo de 1848 a 1854 colombiano, en que la antiélite generacional se convirtió en an-

<sup>32</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 18-19.

<sup>33</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 19.

<sup>34</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 20.

<sup>35</sup> Zea, *La filosofía americana*, p. 23.



tiélite ideológica. Después de los cambios económicos se hicieron las reflexiones promovidas por la segunda revolución francesa. Varios grupos fueron a la oposición y contra el gobierno al poner en duda la estructura y los valores que formaban la base del poder y del prestigio en la sociedad. El señorío, que sobrevivió las guerras de independencia, fue retado por la sublevación liberal formada por una antiélite que procedía de la escuela republicana y de las sociedades democráticas. El periodo mostró la manera de captar ese grupo estratégico para frustrar su acción revolucionaria posterior. En consecuencia, sociedades populares democráticas, organizadas en 1838 con una función política anticonservadora, cambiaron su orientación en 1848, porque los artesanos, perjudicados por el librecambismo, ingresaron en ellas. Estos grupos democráticos fueron en busca de una vuelta al proteccionismo y a la igualdad de oportunidades con otros núcleos económicos y para ello organizaron guerrillas e intimidaron a las ciudades. Llegaron a tener influencia en el gobierno, junto con las antiélites y lograron elegir dos presidentes, además de lograr la aprobación de leyes radicales en el Congreso. Con su impulso impusieron el presidente general José María Luis Melo, en abril de 1854, perteneciente a clase inferior. Los miembros aristocráticos de la antiélite republicana, partidarios de la tradición, se vieron forzados por sus pares a volver a la tradición y la sociedad se dividió luchando las “ruanas” contra las “casacas”. La toma del poder por Melo, en 1854, inició la guerra civil declarada por los tradicionalistas y la antiélite ideológica fracasó. El resultado consistió en que Melo fuera depuesto el mismo año y condenando al exilio. Los artesanos rebeldes y quienes les apoyaron terminaron en la prisión perseguidos por sus propios excompañeros.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 39-42.

A pesar de que hubo hacendados que se mantuvieron al margen de la política, reclusos en sus casas de campo o de ciudad, condenados por sí mismos a cierta marginalidad que sólo la riqueza salvaba, otros participaron activamente del cambio social y político porque pensaban obtener ventajas. Así encabezaron movimientos regionales o federales, aun cuando al llegar al poder se convirtieran en centralistas para hacer girar la política en torno a sus propios intereses, tanto personales como regionales. Procuraron apoderarse de las capitales donde su poder podía crecer hasta extenderse a toda el área nacional. Si así se produjeron las entradas de los montoneros, también aparecieron a la vez largas cabalgatas amenazantes de rurales, que recorrieron las calles urbanas.<sup>2</sup> Los más activos de los hacendados en la política fueron aquellos que de ella surgieron. Se apropiaron de las haciendas de los adversarios o las adquirieron con las fortunas obtenidas en las campañas. Esas fortunas, a veces, fueron dudosas en su origen por proceder del premio que proporcionaba su ascendente sobre las clases populares rurales que movilizaban para participar en política.<sup>3</sup>

Para manejar la nueva sociedad había que interpretar la realidad social y ajustar la política a situaciones reales. Por ello fue de suma importancia la idea que cada quien se formara de la imagen social. Delinear esa idea fue el desafío que se presentó al patriciado latinoamericano. Hubo quien, en el Buenos Aires de 1850, consideró esa sociedad formada de “estancieros” y “tenderos” con un agregado de militares que se organizaban con sus fuerzas al servicio de los diferentes grupos.<sup>4</sup>

Estancieros y tenderos en gran parte dependientes de la influencia del capitalismo externo se venían acentuando

<sup>2</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 201.

<sup>3</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 201-202.

<sup>4</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 205.

en Latinoamérica. La técnica y el comercio envolvían al hombre y lo orientaban hacia fines que, en cierta forma, le eran ajenos; porque el tráfico comercial lo desarraigaba y lo desintegraba de la tierra y al alejarlo de ella incurría en el fraude.<sup>5</sup> Y la filosofía liberal, de acuerdo con los argumentos de razón y de superioridad racial, hablaba ya de la libre competencia entre semejantes y se iba acercando poco a poco hacia el positivismo; especialmente en su forma darwinista, en la que siempre triunfan los más fuertes, más hábiles y mejores. El pensamiento se combinaba de esta manera con un concepto biológico de evolución animal del hombre que, entre iguales, iba a ser distinto.<sup>6</sup> La ideología nacionalista se enfrentó por ese camino con las concepciones supranacionales y con las regionales en los historiadores que trataron de investigar genéticamente la formación de la nacionalidad y su pre-existencia con respecto al sentimiento regional, y es que buscaron la manera de definir un concepto de nación que abrazara a todas las regiones de un área. De una o de otra forma, éste fue el sentido de las obras de Lucas Alamán y de José María Luis Mora, los mexicanos, o del cubano José Antonio Saco, o de los venezolanos Rafael María Baralt y Juan Vicente González, o del colombiano José Manuel Restrepo, del boliviano Mariano Paz Soldán, los argentinos Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, o los chilenos Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, todos ellos influidos por la concepción romántica de la historia que trataba de identificar las líneas del destino nacional.<sup>7</sup>

En este nuevo ambiente de concepciones amplias, la trama de la sociedad tradicional dejaba entrever en las ciudades el principio de una sociedad frívola, donde apa-

<sup>5</sup> Zea, *América en la historia*, p. 229.

<sup>6</sup> Zea, *op. cit.*, p. 85.

<sup>7</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 213.



recían viejos que eran nuevos ricos, jóvenes elegantes y damas equívocas, y donde las clases altas y medias acomodadas procuraban distanciarse y diferenciarse de los “léperos” o de los “atorrantes” o de los “rotos” que vivían en barrios donde conservaban sus propias costumbres y regía la tradición criolla. Quienes se sentían superiores notaban la ignorancia o la grosería de los bajos.

Los teatros y los lugares de veraneo se distinguieron como los puntos de exhibición de las clases altas y, tanto en esos lugares como en las tertulias o en los bailes, se apuntaba la tendencia progresiva hacia el lujo. Esa tendencia se debía a que se imitaban las formas de vida de la Europa industrial y a la aparición de las grandes metrópolis: la vida del París de Luis Felipe o la fisonomía de la época de Napoleón III. Pero así y todo, a mediados del siglo, subsistía todavía en Latinoamérica el lujo colonial.<sup>8</sup> El lujo criollo también se hizo presente, menor, más deslucido, pero por encima del de los patriarcas hacendados, tanto en sus costumbres como en sus hábitos. En todos ellos se veía el propósito de mostrar la vida de estas poblaciones al nivel de las burguesías europeas de modelo parisino. Todos los usos y modas se imitaron, aunque no se logró cambiar en su totalidad el tinte acriollado que se había elaborado después de la emancipación. El lujo era sin estilo, ostentado a través de la forma de vida definida sobre la que se encaramaban elementos extraños.<sup>9</sup>

Al lado de la ciudad política se iba desarrollando la ciudad intelectual, en las que se apagaban las viejas universidades coloniales bajo los golpes políticos y de las inquietudes intelectuales nuevas. Algunas se reformaban como la de Santiago de Chile, presidida por Andrés Bello y otras surgieron como la de Buenos Aires y la de Arequipa, y los estudiantes componían el grupo social más

<sup>8</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 234.

<sup>9</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 234-236.



distintivo. En los viejos colegios, como el del Rosario de Bogotá, trataron de sustituir las viejas ideas por las nuevas de influencia francesa.<sup>10</sup> Mientras, escritores que lucharon contra la europeización vieron sus escritos mal apreciados por el público culto y por los escritores europeizantes que los desdeñaron por tratarse de productos locales, como sucedió a José Hernández en su *Martín Fierro*.<sup>11</sup> La literatura no sólo significaba un instrumento de protesta social, sino que también era un medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición. De ahí el afán del escritor por mostrar la originalidad de su cultura y la razón por la que entraba en conflicto con los modelos europeos que aceptaban inconscientemente. El propio Andrés Bello reconocía el problema cuando expresaba que la civilización hispanoamericana era “una planta exótica que no ha chupado todavía los jugos de la tierra que sostiene” y aunque los escritores se empeñaron en crear deliberadamente la literatura latinoamericana, por lo general, tenían una visión superficial sobre la realidad.<sup>12</sup>

De todas maneras, en cualquier ciudad importante y en su calle central, existían librerías a las que llegaban los libros extranjeros más solicitados por los curiosos. En ellas se reunían tertulias literarias, donde coincidían quienes leían los mismos libros y seguían a los mismos autores. Esa misma gente se encontraba en el teatro y en las redacciones de los periódicos o en el Congreso. De esa manera la literatura y la política se convirtieron, de allí en adelante, en inseparables.<sup>13</sup> Pero el instrumento intelectual más efectivo y más ligado a la política fue siempre el periódico. Tanto poetas como prosistas, ensayistas o

<sup>10</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 245.

<sup>11</sup> Juan Franco, *La cultura moderna en América Latina*, p. 16-17.

<sup>12</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 17-18.

<sup>13</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 246.



narradores dedicaron sus esfuerzos al periodismo que en las ciudades importantes contó con más de un medio para exponer las ideas. El periódico circulaba entre las burguesías activas y pensantes para las que escribían intelectuales de todos los credos, en apoyo de causas específicas o de caudillos, y los intelectuales contribuyeron así con sus mejores plumas a dar orientaciones concretas. Esas ideas eran después difundidas en tertulias y reuniones, cafés, plazas o atrios, agregándoseles puntos de vista personales, formándose o deformándose corrientes de opinión, en el ámbito urbano donde el literato-periodista se constituía en portavoz de la pequeña comunidad.<sup>24</sup>

Las ideas, los temas, las discusiones y las opiniones, bullen junto con la política y la economía y es que el latinoamericano, como el español, se siente trascendente y trascendental en sus actos y en sus pensamientos. El señor o el dirigente o el portavoz chocan. Nuestros caudillos y próceres se “iluminan” al dirigirse y actuar ante sus pueblos, cuando van en busca del bienestar de los mismos aun cuando sea en contra de su voluntad. Rigen y tutelan los pueblos como a hijos protegiéndolos para que, aun a pesar suyo, lleguen a ser libres, lo que es tan trascendente que, incluso, se justifica el uso de la fuerza cuando es necesario. Las dictaduras liberales iberoamericanas surgieron por ese espíritu y los grupos progresistas impusieron a los pueblos, en nombre de su libertad y de su bienestar material, las instituciones políticas y educativas que consideraron adecuadas para tan altos fines. Resultó así que los gobiernos siempre fueron para el pueblo y a esa necesidad correspondieron “en buen número de países latinoamericanos, los verdaderos gobiernos oligárquicos, ilustrados, benéficos, a los cuales se deben en realidad los progresos políticos iniciales, aun cuando hoy en día la

<sup>24</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 246.



demagogia haya logrado hacer un estigma de la idea y de la palabra oligarquía".<sup>15</sup>

A mitad de siglo, en casi todas partes, se encontraba un orden sustancialmente conservador amenazado por el crecimiento de una oposición nutrida, sobre todo de las ciudades en crecimiento donde además del descontento de la plebe urbana existía el de jóvenes de clases instruidas, pero no ricas, para quienes la sociedad de 1850 no era mejor que la de 1800. También entraron dentro de la oposición aquellos de las clases medias que se sentían maltratados por sus gobernantes.<sup>16</sup>

Todo ello se iba macerando en un clima confuso: en Argentina, los conflictos se hacían más agudos y violentos; en Chile, trataban por medio de la Ley de 1852 de abolir la primogenitura para inyectar nueva sangre en la oligarquía y se prohibían las instituciones religiosas que no fueran católicas; en Bogotá, se sucedieron los conflictos políticos entre 1851 y 1853 enfrentando burgueses y artesanos organizados en sociedades populares que recogían, en alguna forma, la oleada revolucionaria de 1848. Poco después el general José María Melo hizo su revolución popular frustrada por la alianza de las fuerzas políticas y militares, como analizamos con anterioridad.<sup>17</sup>

El estudioso tiene que apreciar cómo se vivía un momento de cambio, porque los intelectuales comenzaban a desnaturalizarse. Habían opinado y habían formado pensamiento al manejar las ideas desde una postura crítica ante las situaciones que encontraba en sus respectivos países. Cuando su ideología no era aceptada se veían forzados a abandonar el país y a continuar sus discusiones en

<sup>15</sup> Zea, *op. cit.*, p. 256.

<sup>16</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 233-234.

<sup>17</sup> Halperin, *op. cit.*, p. 241; Hugh Hamill Jr., *Dictatorship in America*, p. 66; José Luis Romero, *op. cit.*, p. 241.



el extranjero, pero al girar el siglo, sus ideas lograron influir en la política a pesar de todo. Se aprovechó, incluso, el hecho de que comenzaron a cambiar generaciones clásicas y que morían personajes importantes, representantes de las ideologías conservadoras. En unos casos los pensadores tomaron parte personal en los movimientos y en otros lo harían sus obras. Así, por ejemplo, la Constitución Argentina de 1853 fue hecha por hombres eminentes de todas las provincias y tomó como base el libro, recién publicado y prohijado por el gobierno de Urquiza, de Juan Bautista Alberdi titulado *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*.<sup>18</sup> Del otro extremo, en México, el liberalismo y el romanticismo también triunfaron entre la juventud letrada. Cayó con la muerte de Lucas Alamán, en 1853, la fe que se tenía en la restauración católico-monárquica, y Santa Anna, indiferente, contempló el derrumbe conservador abandonando la presidencia y el país, en breve. Los liberales triunfantes hicieron presidente al general Álvarez y aplicaron el Plan de Ayutla, cuya puesta en marcha sería la llamada "Reforma". En ella se notó la entrada de nueva sangre y cambió, por decirlo así, hasta el lenguaje de la documentación. Sus principales figuras fueron Melchor Ocampo y Benito Juárez. El primero (1814-1861) estudioso de las leyes, de la física y de las ciencias naturales, la botánica y la química, viajó por Europa en 1840 y luego se dedicó a la política, fue gobernador de Michoacán, secretario de Hacienda en 1850 y fue desterrado por Santa Anna a Nueva Orleans, donde conoció a un grupo de liberales mexicanos, entre los que se encontraba Juárez. Regresó al país al triunfo del Plan de Ayutla y de ahí en adelante se enlazaron sus actividades políticas con las de Juárez. Resulta importante recordar que el final de este intelectual-político, figura clave de la legislación mexicana

<sup>18</sup> Carlos Pereyra, *Breve historia de América*, p. 546.



y también del liberalismo, fue el fusilamiento sin formación de causa y su cuerpo estuvo colgado de un árbol el 3 de junio de 1861.

Por su parte, Benito Juárez (1806-1872) procedente de una modestísima familia indígena, a la que abandonó para dirigirse a la capital del estado de Oaxaca, donde aprendió a leer, estudió latinidad y filosofía, concluyó el bachillerato y se graduó de abogado en el Instituto de Ciencias y Artes. En el mismo Instituto fue profesor y secretario, trabajó de abogado, fue juez de lo civil, secretario de Gobernación, fiscal del Tribunal Superior, diputado federal, gobernador de Oaxaca, director del Instituto de Ciencias y Artes. Al fracasar los liberales, con la vuelta de Santa Anna al poder, tuvo que salir del país tras de una breve prisión en San Juan de Ulúa. A su regreso, sirvió de amanuense al general Álvarez, y a la caída de Santa Anna y entrada de Álvarez a la presidencia, fue ministro de Justicia. Desde ese momento estuvo ligado a la vida política del país. Murió en el Palacio Nacional en julio de 1872.

En Uruguay también hubo casos en los que las ideologías produjeron situaciones determinantes para quienes las profesaban. Así por ejemplo en las luchas entre blancos y colorados, Juan Carlos Gómez, “pluma de oro, que hacía una campaña de acre personalismo, se vio desterrado”.

Por otra parte, se decía a mitad del siglo, que Lavalleja, quien era blanco no debía integrar un gobierno colorado, pero el peso de las ideas se puso de manifiesto cuando dijo:

mi desgracia ha consistido en haber creído al partido blanco, que me hablaba en nombre de la Ley y de la Patria, para hacerme instrumento de sus infamias y de sus maldades; pero Dios ha permitido que no muera sin poner el sable de Sarandi del lado del partido colorado, al cual he



debido pertenecer toda mi vida, porque en él están mis principios, la gloria de mi país y de mi nombre.<sup>19</sup>

Contemplar los recorridos biográficos de las personas cruciales del periodo, obliga a reformar el concepto que se pudiera tener de lo que fueron quienes ostentaron el poder en las naciones latinoamericanas o en algunas de ellas. A vuelo de pluma se constata el avance de las ideas y el peso específico de las mismas. El análisis de la situación que guarda el continente es revelador, tal cual lo presenta el historiador Carlos Griffin:

En Argentina el liberalismo se manifestó en la lucha contra el poder arbitrario de Rosas. En Chile, Nueva Granada y México, el principal objetivo de los liberales fue reducir los privilegios y poderes de la Iglesia. Tanto en Chile, como en Brasil, los liberales buscaron hacer los gobiernos más responsables ante los parlamentos y reducir el poder de los gobiernos para controlar las elecciones. En los Estados Unidos, Brasil, México, Argentina y Chile hubo una conexión entre los principios liberales y la idea de progreso nacional mediante la liberación de las empresas económicas individuales. Éste no es de ninguna manera un análisis completo, pero muestra la variedad de las tendencias liberales. Sólo en México, aún amenazado desde fuera, libró el liberalismo su primera batalla contra el poder extranjero. En México y en Venezuela las luchas liberales estuvieron asociadas con el descontento de las masas con los privilegios sociales y económicos de los grupos aristocráticos. La participación de las masas rurales en las Guerras de Reforma en México y la Guerra Federal en Venezuela, tendió a debilitar la aristocracia y a fomentar, si no a alcanzar la democracia social. Aunque posteriormente se disfrazó en el desarrollo de nuevas formas de privilegio, en los Estados Unidos la destrucción, durante la Guerra Civil de la sociedad sureña poseedora de esclavos, fue también un paso hacia la democracia social.

<sup>19</sup> Pereyra, *op. cit.*, p. 549.

Debe notarse también que hubo países en donde el liberalismo no mostró progreso o declinación; en el Paraguay de Francisco Solano López reinaba un despiadado absolutismo; en el Ecuador de García Moreno, un benevolente paternalismo católico romano.<sup>20</sup>

La proyección que desde 1850 en adelante nos presenta Griffin, parece clara. En ella se aprecia, de manera especial, cómo fueron progresando, entrando y pesando las nuevas ideas liberales en nuestras sociedades, pero hay que tener presente que, de acuerdo con las circunstancias a que deben enfrentarse, formaran dos tipos de liberalismo, dos tipos de positivismo.

El primer tipo que correspondería al mexicano se interpretaría como un buen instrumento de unidad frente a la anarquía que siguió desde la independencia. La unidad de criterio, se esperaba, produciría un acuerdo en lo político y lo social que se apoyaría en la ciencia positiva, porque sus verdades se demostrarían y ello no dejaría lugar a disputas ni a anarquías. Se produciría un fondo de verdad común que sería el que, extendido a lo social, terminaría con las revoluciones. Los sistemas educativos que se buscaron, tenderían al propósito porque, de acuerdo con Gabino Barreda, el día en que los mexicanos pensarán igual, se terminaría la anarquía social; la educación debería dejar lo mínimo a la interpretación individual.

El segundo tipo del positivismo fue el de Argentina emanado de la Escuela Normal de Paraná, fruto de los ideales de Sarmiento. Lo principal consistía en estimular al individuo. Así se promovería una política del individualismo civilizado y creador, que se opondría a la política de las masas bárbaras de Rosas.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Griffin, *El periodo nacional en la historia de América*, p. 83.

<sup>21</sup> Zca, *El pensamiento latinoamericano*, p. 311-312.



## 10. *El positivismo de lleno*

Aun cuando se había tratado de escapar de la dependencia cultural europea, se estaba cayendo en otro tipo de dependencia, pues el mundo no occidental descubría que en el sistema industrial de la economía y en la democracia existía la razón por la que Occidente habría logrado el liderato histórico y su meta era el progreso hacia la libertad, tanto en el aspecto político como en el económico, al que todos los pueblos se debían incorporar si es que deseaban reintegrarse a la historia a la que no habían pertenecido por inmadurez o anacronismo.<sup>1</sup> Así, al asimilarse la filosofía positivista, Latinoamérica emularía a los Estados Unidos. Olvidaban nuestros pensadores que todavía había mucho camino por delante para cambiar la realidad y que el positivismo brindaba los resultados que producían el progreso y la técnica occidental.<sup>2</sup> Además, tanto la democracia como el industrialismo, convertidas en dominio consciente del hombre sobre la naturaleza, eran los instrumentos para alcanzar la felicidad humana, pero ello requería el pago de un alto precio en forma de concesiones sobre las riquezas de las naciones independizadas.<sup>3</sup> Se llegaba a la conclusión de que el mundo se dividía entre los que trabajaban y los que no, los ricos y los pobres, y ello iba a plantear una competencia que se concluía con el despojo justificado de los segundos por los primeros que contaban con todos los medios para triunfar.<sup>4</sup>

Sin embargo, el positivismo fue concebido en Latinoamérica como una doctrina filosófica salvadora, que facilitaba la emancipación mental y con ella se conseguía un nuevo orden que repercutiría en el campo político y social

<sup>1</sup> Zea, *América en la historia*, p. 62.

<sup>2</sup> Zea, *La filosofía americana*, p. 63.

<sup>3</sup> Zea, *op. cit.*, p. 63-64.

<sup>4</sup> Zea, *op. cit.*, p. 71.

sustituyendo todo lo destruido y terminando con la larga violencia y anarquía que se venía sufriendo. Así, los mexicanos iban a dar término a su anarquía con el positivismo, los argentinos lo usarían para acabar con las mentes absolutistas y tiránicas que la habían azotado, los chilenos imaginaban un instrumento eficaz para convertir en realidad sus ideales liberales, los uruguayos veían la existencia de una doctrina moral capaz de acabar con los cuartelazos y corrupciones, peruanos y bolivianos encontraron una doctrina para fortalecerse después de la guerra contra Chile, los cubanos vieron un modo de justificar su afán de independencia. En todos los casos el positivismo se convirtió en un remedio radical por el que Hispanoamérica rompía con un pasado abrumador. El positivismo adoptó en cada caso formas diversas de acuerdo con el tipo de problemas que se quería resolver. Las interpretaciones que de él se hicieron dependieron de las circunstancias históricas en que se desarrollaron los problemas y, si hay cierta semejanza en el modo de aplicarse, en los diferentes lugares, también es posible hablar de las diferencias de los diversos positivismos. En común todos contienen el rechazo a la religión cristiana, incluso cuando se siguió el positivismo francés como en el de Aragón, Barreda y Torres.<sup>7</sup> Las ideas y también quienes las desarrollaron, se convirtieron en un ariel que perforó el campo político a partir de la segunda mitad del siglo; pero esto sucedió combinándose con la preocupación de reeducar al latinoamericano. La postura simplemente filosófica y teórica fue sustituida por una intervención directa en las esferas altas del país, donde las ideologías sostenidas hacían mella. En esa forma se observa cómo el papel del intelectual se transforma para aducir características políticas.

<sup>5</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 78-79.

<sup>6</sup> Zea, *op. cit.*, p. 80.

<sup>7</sup> Zea, *op. cit.*, p. 80-81.



En México, el comtismo fue aceptado en el campo educativo, tal como se expresó en la reforma realizada por Gabino Barreda, en cambio dentro del campo político se utilizó el positivismo inglés, spenceriano, que proporcionó los elementos teóricos de la política porfirista.

En Chile, José Victoriano Lastarría, que por afinidad de ideas llegó a Comte, utilizó una ideología liberal convirtiendo al positivismo en un instrumento que usó en defensa de las libertades de su pueblo. Junto con Valentín Letelier, representó al grupo de positivistas heterodoxo frente al que se levantó el de los ortodoxos que siguieron la doctrina comtiana en su integridad. Entre ellos estuvieron los hermanos Lagarrigue que vieron su oportunidad en el golpe de estado contra el presidente Balmaceda.<sup>8</sup> Las reformas tanto administrativas como educativas, se alentaron en el Perú por el positivismo y destacaron el sociólogo y parlamentario Mariano Cornejo, Javier Prado y el educador Manuel Vicente Villarán. En Uruguay el positivismo se enfrentó, en cambio, con la corriente de los espiritualistas, pero ambas corrientes se enfrentaron en cuanto a cuál doctrina sería capaz de moralizar al país.<sup>9</sup>

Entre los cubanos, todavía no independizados a mitad de siglo, José Antonio Saco también concibió que los males cubanos eran el resultado de las herencias recibidas de la metrópoli autocrática, pero sobre todo de la mala educación política y económica que habían recibido. Por ello se combatió el sistema de diputados a Cortes, que nunca daría resultado, por el grave desconocimiento que había de la realidad americana entre los peninsulares que a ellas acudían. Los latinoamericanos se pervertían “flaca nuestra naturaleza y más flaca todavía por la detestable educación política que hemos recibido en Cuba y Puerto Rico” exclamaba Saco pero, además, se daba cuenta de

<sup>8</sup> Zea, *op. cit.*, p. 82-83.

<sup>9</sup> Zea, *op. cit.*, p. 83-84.

que existía una discriminación por todas las tareas manuales que posibilitarían la revolución industrial. Esas profesiones, consideradas degradantes, fueron abandonadas a la gente de color, mientras los blancos se limitaban a las carreras literarias consideradas honoríficas, sin que nadie pudiese romper la barrera que se levantaba entre blancos y negros. El esfuerzo legislativo resultaría inútil si la metrópoli no impulsaba la industrialización de las colonias para lo que el camino a seguir era el de revolucionar las ideas.<sup>10</sup>

De nuevo, Saco, al igual que sus colegas latinoamericanos, abogó por revolucionar la educación poniéndola incluso en manos de los padres de familia, quienes debían de transformar a sus hijos, de holgazanes en hombres laboriosos y de provecho que se interesarían en la reforma. Ésta empezaría por no malmirar a los artesanos, y la independencia se lograría sin precipitaciones. Consideraba que las Antillas todavía no eran aptas para su independencia y que la lucha por la educación debía concentrar todos los esfuerzos. Mientras tanto, España respetaría los problemas y las circunstancias cubanas, con el fin de atender los problemas isleños, sin romper con la metrópoli ni interrumpir su colaboración.<sup>11</sup> El estado independiente se posponía en su pensamiento hasta que el pueblo evolucionara tanto en hábitos como en costumbres y de ninguna manera aceptaba Saco una revolución y menos la violencia, prefería que la independencia esperara, incluso cuarenta años, para permitir esa previa tarea educativa del cubano.<sup>12</sup>

La actividad, ahora agresiva, de las ideas y de sus filósofos sustentantes, que lógicamente atañía también literatos y artistas, se vio castigada por los políticos. La polí-

<sup>10</sup> Zea, *op. cit.*, p. 177.

<sup>11</sup> Zea, *op. cit.*, p. 177-178.

<sup>12</sup> Zea, *op. cit.*, p. 179.



tica, tan grave durante el siglo XIX y enfrentada ahora, directamente, con los miembros de la tercera América, la pensante;

impidió —según Juan Franco— toda actividad artística durante largos periodos. En Argentina, durante el periodo de Rosas, 1832 y 1835-1852, casi todos los escritores se vieron forzados al exilio. En México, durante la Guerra de Reforma, 1858-1860, la impresión de libros y periódicos se suspendió o se restringió casi totalmente. En Venezuela innumerables revoluciones entreveradas con periodos dictatoriales significaron el virtual eclipse de la vida artística.<sup>13</sup>

Mientras tanto, en Argentina, Ferreira seguía en 1863 la línea establecida por sus antecesores, entre ellos Echeverría, Alberdi, y Sarmiento, que orientaban su forma educativa contra todas las raíces que convertían los despotismos en permanentes. Dos años más tarde, al saberse de la invasión francesa en México, Lastarria volvía a sostener la necesidad de una cultura americana, porque si los valores de Europa eran muy grandes para ser positivos, en América tenían que asimilarse a la cultura americana y además, el concepto político y social de la democracia tenía poca relación con Europa.<sup>14</sup> Efectivamente, conatos de orden y de democracia habían tenido lugar en el Uruguay cuando en el año de 1860 se eligió presidente a Bernardo P. Berro, hombre preocupado por el progreso de su país. Los levantamientos no le dieron tregua y el general Venancio Flores lo invadió desde la Argentina. En 1865 logró tomar Montevideo y ocupar la presidencia. Su gobierno hizo la alianza entre Uruguay, Brasil y Argentina para llevar la guerra contra Paraguay, y Flores mandó las tropas en contra de los paraguayos. Sin embargo se caracterizó por tratar de mejorar el país, tanto

<sup>13</sup> Juan Franco, *La cultura moderna de América Latina*, p. 11.

<sup>14</sup> Zea, *op. cit.*, p. 166, 316.

desde el punto de vista de los ferrocarriles y demás elementos materiales, como desde el de la educación y el de los nuevos códigos que se llevaron a efecto.<sup>15</sup> También fue significativo que Gabino Barreda pronunciara en Guanaajuato su oración cívica, el mismo año que se fusiló a Maximiliano en el Cerro de las Campanas. En esa oración se interpretó la historia de México, de tal manera que su última etapa se iniciaba con el triunfo de los reformistas que pusieron en boga al positivismo.

Médico y jurisconsulto, que terminó sus estudios en Francia y que, tras asistir a un curso de Comte volvió a su tierra donde, después de esa oración, fue llamado por el presidente Juárez para que estableciera las bases de la reforma educativa de la nación, donde se cristalizarían sueños de antiguos liberales como los de José María Luis Mora. Debía transformar la mente del mexicano de tal manera que no regresara al desorden. De las escuelas reformadas saldrían los jóvenes que encarrilarían a la nación por los nuevos caminos del orden constructivo y progresista que satisfacía las necesidades de una realidad que era la del partido liberal triunfante. El problema fue conciliar términos como el de libertad según era entendido por liberales o por positivistas.<sup>16</sup>

Para Barreda, el recorrido se hacía en la siguiente forma: libertad de conciencia; exposición y discusión abierta a todas las ideas, campos e inspiraciones; garantía de la libertad a través de un orden material y protegido por el estado y limitar ciertos privilegios, como el de la riqueza, establecidos por los intereses de la sociedad.<sup>17</sup> Pero detrás de las ideas positivistas había un nuevo dogmatismo político que criticaron los liberales porque, al igual que el clerical, trataba de imponer una determinada educa-

<sup>15</sup> Zea, *op. cit.*, p. 345.

<sup>16</sup> Zea, *op. cit.*, p. 392-393.

<sup>17</sup> Zea, *op. cit.*, p. 394.



ción correspondiente a ideologías contrarias a la libertad de conciencia, por la que ellos luchaban. El hecho fue que la generación formada por Gabino Barreda, rigió los destinos de la nación por el camino del progreso. Pero se sintió coartada cuando el comtiano no pudo justificar la libertad ilimitada de enriquecimiento que interesaba a la burguesía mexicana. Ésta encontró la solución en el positivismo inglés que expresaba el sentido práctico, que admiraban porque justificaba la libertad individual y ofrecía un ideal de libertad basado en un cierto grado de progreso. En esa forma entroncaron con el spencerianismo y con el evolucionismo, y sus polémicas se reflejaron en el grupo de “la libertad”.<sup>18</sup>

Los movimientos en el pensamiento de los reformistas y la preocupación por encontrar sistemas educativos adecuados, también se reflejan en las sociedades por su crecimiento en las poblaciones y por la trama social que las constituye. Hasta 1860 existió una convivencia social acriollada. Ésta se redujo considerablemente con las reformas educativas y con el desboque de crecimiento que se produjo en las capitales. Los testimonios, incluso literarios, abundan en la fecha, uno de ellos, el del novelista limeño Luis Benjamín Cisneros, insiste en que la nueva sociedad se encontraba de pronto trasplantada al torbellino de las grandes poblaciones, donde se encontraba con el vacío que esas sociedades dejaban en los sentimientos íntimos de las personas que se veían obligadas a vivir en la soledad de todo afecto desinteresado y se sentían como en un desierto. Las añoranzas del limeño apuntan al cambio de personalidad que tenía lugar en el latinoamericano por los embates que la economía patricia provocó. Ese cambio se acompañó por el gusto, cada vez mayor, hacia modas y objetos extraños y también por una nueva manera de ver la vida, que se reflejó incluso en el pensamiento filo-

<sup>18</sup> Zea, *op. cit.*, p. 395-398.

sófico. El mismo escritor limeño insistió, en 1860, en ese mirar hacia el extranjero, sobre todo hacia Europa —como de hecho era el caso de los positivistas— y registraba el fenómeno como una declinación de la sociedad tradicional. En su novela *Julia* decía que:

el lujo podría llamarse la serpiente dorada de esta sociedad. Se ha enroscado en su corazón y acabará por roerlo. Ya no constituye solamente un hábito: constituye una pasión, un vicio de nuestras familias. El lujo deslumbra y atrae; da vértigos y produce fiebre. La sociedad en que vivimos ha llegado a este periodo.

...no es precisamente la pasión del lujo lo que reina en Lima, es la pasión de la exterioridad.<sup>19</sup>

El fenómeno, equiparado a lo que sucedería más adelante, apenas se esbozaba, pero lo señalaban literatos y hombres de letras. Otro literato mexicano, Cuéllar, insistía en la persistencia del rebozo y la mantilla, contra lo que se estrellaban las modas y costumbres francesas. Sean cuales fueran las figuras literarias, el hecho es que comenzaba la lucha entre criollismo y europeísmo, en disputa para obtener la primacía en las costumbres.<sup>20</sup>

La batalla entre Europa y América en el espíritu de los latinoamericanos era favorecida por el espíritu de lujo que, proyectado desde Europa, se incrementaba en tierras americanas atrayendo, además de los patricios, a las clases medias en menor proporción. La única oposición a la entrada del lujo europeo y a lo europeizante se encontraba, sin embargo, entre ciertos grupos de las clases medias, las bajas y las populares. En otros grupos de las clases medias ya se encontraba el virus de la política y de la fortuna, que favorecía la aparición de los nuevos ricos. Las clases medias por lo tanto, a la vez que fueron un obstáculo

<sup>19</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 234-235.

<sup>20</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 235.



para la europeización, fueron también el punto de partida de la escalada hacia lo europeizante.<sup>21</sup>

Esas clases medias, situadas entre la democracia, que en el fondo despreciaban, y las familias “de bien y gente decente”, que envidiaban, fueron las que, a pesar de esgrimir y presumir de sus costumbres populares, prefirieron encubrirse con la riqueza y las buenas maneras cuando les fuera posible.<sup>22</sup>

Por debajo de todos, eran las clases populares quienes conservaban su comida y sus vestidos vernáculos y sus formas peculiares de lenguaje junto con sus fiestas, canciones y bailes, con fuerza nunca igualada por las polcas y los vales que se difundían en los salones de las clases altas. A pesar de que por su impermeabilidad salvaguardaron tradiciones genuinas, sus vidas transcurrieron hundidas en la miseria urbana. El fenómeno fue más intenso cuando el número de pobladores y la cantidad de riqueza se incrementó. La población baja de las ciudades fue siempre marginada a barrios lejanos y, de esta manera, se creó un mundo ajeno del centro ciudadano. Sus barrios aislados propiciaron vicios y agresividad, de tal manera que las clases altas se apartaron de ellos con mayor repugnancia. Ése fue el caso de los barrios del Tambor en Buenos Aires; el camino hacia la iglesia de Guadalupe, San Pablo y La Palma en México; Malambo en Lima y Chimba en Santiago que, por no dar más ejemplos, fueron los suburbios tétricos y sórdidos que correspondieron a los cinturones de pobreza de nuestros días. Estas poblaciones fueron ajenas y apáticas en las cuestiones políticas o filosóficas, pero también fueron el semillero humano que proporcionaba masas, a bajo precio, al amasijo político y que, sin tratar de entender, estaban dispuestas cuando

<sup>21</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 235.

<sup>22</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 235-236.

las llamaban.<sup>23</sup> En esas ciudades, a punto de convertirse en abrumadoras, se llevaban a cabo las luchas por el poder pero de acuerdo con “lo” establecido en su meollo intervenían muy pocos, grupos bastante reducidos, a veces organizados en forma de partido político y generalmente como sectores de intereses de opinión que respaldaban a ciertos personajes de peso específico reconocido. Políticos, militares y a veces pensadores, fueron los de la acción, todos de matices insuficientes para que los unos se pudieran distinguir de los otros, donde se admitían y se comprendían las reglas del juego político para consolidar el poder y la situación del grupo que los apoyaba en forma de compromiso político. Esa imprecisión forzó a que el poder fuera pragmático, apoyado en los militares y la fuerza primero y en el propio poder y prestigio después; por eso las capitales fueron la sede del mismo y desde ellas irradió al resto de los países, pero siempre partiendo del poder personal, cuya presencia física de quien lo ejercía era irremediable. Por eso la importancia de los palacios de gobierno donde la nube de aduladores, de sirvientes, de parientes, de influyentes y demás, siempre los ha rodeado. Allí se obtenían soluciones y ventajas legítimas o graciosas y tenía lugar la urdimbre de una trama secreta de la que sólo los efectos se conocían en el exterior del recinto.<sup>24</sup>

Ante el cuadro que formaba el poder y el halo que lo ceñía se levantaban los nuevos ricos, los comerciantes afortunados, los empleados emprendedores y con iniciativa, los artesanos habilidosos o los obreros eficaces y todos los que habían descubierto las complicadas actividades susceptibles de proporcionar una veta de explotación y que, por ella, habían logrado abrirse paso por el intrincado esqueleto social que terminaron por dislocar. Cada uno de

<sup>23</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 236-237.

<sup>24</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 241-243.

los que así se encaramaron en la sociedad, pensaron en situarse dentro del sistema tradicional para disfrutar de los beneficios y goces de quienes la integraban en sus más altos niveles, desde los tiempos más remotos. Pero las inclusiones se hicieron en demasía y el armazón se dislocó. El propio patriciado descubrió cómo se transformaban las urbes en un conglomerado de heterogeneidad y confusión, donde se perdían los controles sociales sobre los miembros, porque desaparecía la relación directa entre los unos y los otros.<sup>25</sup> Por eso las áreas rurales y las ciudades pequeñas o medianas fueron el refugio donde arraigó el viejo patriciado constituyendo una aristocracia homogénea, como sucedió en Tunja, Trujillo, Salta, Popayán, Morelia, Puebla o cualquiera de las ciudades de provincia donde no se presentaban tendencias modificadoras y donde los grupos medianos y humildes aceptaban la autoridad de los aristócratas. En ese tipo de ciudades fue más difícil lograr los cambios que, por el contrario, se desarrollaban en las capitales y puertos donde se comenzó a minar la estructura, aun cuando el patriciado mantuviera su poder inequívocamente. En ellas, además de los oriundos de la ciudad, estaban los llegados del extranjero y también los de otros lugares del país, que unas veces venían con poder y otras en busca del mismo o con fortuna, o en busca de ella. El juego de tantas influencias e intereses puso en crisis el poder del patriciado y surgieron, incluso, nuevas actitudes que a la larga comprometieron la posición de la vieja clase.<sup>26</sup>

En el propio patriciado hubo quienes se mostraron aptos para modificar sus principios y sus tendencias, pensando que podían aprovechar oportunidades, otros no quisieron o no pudieron hacerlo o no quisieron sumarse a una nueva forma de vida y ellos mismos se relegaron a la condición

<sup>25</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 260.

<sup>26</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 260-261.



de grupo aristocrático y desdénoso, pasivo y marginal.<sup>27</sup> José Luis Romero insiste en la existencia de esos aristócratas que concibe en pie, incluso al final del siglo XIX, de esta manera:

‘ En las últimas décadas del siglo, el patriciado republicano constituido después de la independencia, era una clase ya asentada a lo largo de varias generaciones. No sólo los miembros de rancieros linajes coloniales, sino los que habían ascendido después de la emancipación o de las guerras civiles, configuraban una clase caracterizada por la “antigua riqueza”. Era, ciertamente, los aristócratas de aquella sociedad.<sup>28</sup>

Este fenómeno se generaliza en las diferentes repúblicas latinoamericanas, pues una vez alcanzada la fortuna, bien por la herencia familiar que la trae desde el periodo colonial, o porque se conquistó después de las guerras de independencia, las generaciones siguientes a quienes las formaron, fueron menos exigentes consigo mismas y sus miembros, convertidos en caballeros de abolengo delegaron el cuidado de sus intereses en servidores y se sumieron en el ocio. Las formas de ocio fueron diversas en las nuevas generaciones de una sociedad cuya ley característica fue la actividad productiva. Unas veces se tendió a huir de las ciudades mercantilizadas y burguesas para buscar treguas en la hacienda, otras se fueron al extranjero y aun otras se dedicaron a actividades intelectuales.<sup>29</sup> Pero por unas u otras razones, el resultado fue que las ciudades iban cambiando y prácticamente todas pasaron momentos dramáticos y agobiantes debidos a la presencia del poder en ellas. Así pues, el chileno José Victorino Lastarria explicó en 1868 cómo las presiones del gobierno autoritario modificaron a Santiago de Chile:

<sup>27</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 261.

<sup>28</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 261.

<sup>29</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 262.

Un gobierno omnipotente y represivo ha dominado durante treinta y seis años decía apoyándose en los intereses de una oligarquía estrecha y reducida, es decir un corto número de hombres y de familias pudientes, que lo han cercado y sostenido. Ese gobierno todopoderoso es el único que ha tenido la palabra, la iniciativa, la supremacía para definir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. El ciudadano que ha tenido la osadía de no sometersele, de censurarlo, de oponersele, ha sufrido la persecución, el desdén, el desprecio del poder y la pudiente oligarquía que lo apoya... Los viejos lo hemos conocido alegre, bullicioso, jovial y sincero comentaba al referirse a la ciudad de Santiago. Es curioso estudiar el modo cómo se han modificado la índole y las inclinaciones de la población de Santiago, en los últimos treinta años y cómo se han formado los hábitos que hoy tiene de disimulo, de apatía y de reservada tristeza, que llaman la atención no sólo de los extranjeros, sino de los habitantes de las demás provincias.

Quito en el periodo de García Moreno, o Buenos Aires en el de Rosas, o La Paz en el de Melgarejo, se encontraron en la misma situación y posiblemente sucedía lo mismo en las ciudades provinciales cuando los poderes que en ellas residían caían en manos de la persona adecuada.<sup>80</sup>

Fue ante ese espectáculo que los positivistas mexicanos fueron partidarios, en 1867, de un progreso evolucionista en vez de revolucionario y consideraban urgente el fortalecer, integrar y homogeneizar la sociedad, porque de ello surgiría la libertad individual.<sup>81</sup>

Un año más tarde, en 1868, el positivismo había sido aceptado y reconocido por Lastarría en Chile, y de ahí en adelante esa ideología sería parte de la vida intelectual chilena: en sus comentarios y discusiones se le apoyaba o se le contradecía, pero quedaron en pie varios de los

<sup>80</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 243-244.

<sup>81</sup> Zea, *op. cit.*, p. 398.

principios de la filosofía comtiana. Se produjo, además, una escisión dentro del grupo positivista, de ellos unos fueron ortodoxos, representados por los hermanos Lagarrigue: Jorge 1854-1894, Juan Enrique 1852-1927 y Luis 1864-1954; y otros que siguieron al maestro Lastarria aceptando el comtismo sólo cuando éste no lesionaba el ideal liberal. Los últimos fueron dirigidos por Valentín Letelier (1852-1919) y se desarrollaron en la Academia de Bellas Letras, fundada por Victorino Lastarria en 1873.<sup>32</sup>

Mientras, Uruguay presenció una nueva revolución, en la que asesinaron al presidente Flores y también a Bernardo Berro. Los asesinatos fueron seguidos por una secuencia de nuevos presidentes y nuevas revoluciones durante las que los periodos del llamado progreso fueron escasos y aun cuando la situación se aliviara en momentos de tranquilidad, reapareció la anarquía.<sup>33</sup>

Al llegar al año de 1870 y asomarse hacia los sucesos que tuvieron lugar en los treinta años que siguieron para terminar el siglo quizá sea de entre todos los historiadores que se esforzaron en adaptar la visión general y los trazos característicos de esa etapa, Carlos Griffin quien ofrezca una mejor perspectiva. La época vuelve a teñirse por una política dictatorial, aunque permeada de las preocupaciones culturales y por los nuevos aires característicos de la segunda mitad del siglo, que se levantaba en el resto del mundo y fascinan a los dictadores continentales con sus tesis de progreso y civilización. Griffin, destaca una mayor estabilidad política de las naciones latinoamericanas que se convierten en el estímulo para provocar un derrame de capitales europeos, sobre todo en Argentina, Chile y Brasil, naciones que sobrepasan a sus vecinos en cuanto a progresos materiales que afectan la vida cultural de los

<sup>32</sup> Zea, *op. cit.*, p. 235.

<sup>33</sup> Zea, *op. cit.*, p. 345-346.



países.<sup>84</sup> Pero, además, se nota una mejora en las actitudes hacia indios y negros. En México y en el Perú la actitud indigenista se convirtió en un elemento esencial de la ideología revolucionaria. Sin embargo, se nota también la corriente adversa en cuanto a que los escritores de la escuela positivista poco se interesaron por los indígenas. Bien que sus posturas fueran positivas o negativas, significaron una preocupación de la época caracterizada por tres maneras de tratar el problema: 1) como la de algunos peruanos y mexicanos, en favor del indígena, 2) la postura contraria y negativa a las poblaciones indias, como fue el caso de Carlos Bunge, y 3) una postura intermedia, como lo sería la de José Vasconcelos que se fijó en el mestizo al que concibió como el hombre del futuro, representante incluso de una “raza cósmica”. Sin embargo en algunos países la mezcolanza de razas llegaba a tal punto que las distinciones resultaban imposibles, como sucedió en Chile, Paraguay, Venezuela, Nicaragua y Honduras.<sup>85</sup> Paralelamente existió un movimiento educacional, concordante con la preocupación de los pensadores, que se pudo poner en práctica gracias al incremento económico, al aumento de población de las ciudades y a las inquietudes sociales de esas áreas y también de las rurales. Así aparecieron en cierto número escuelas rurales, escuelas de planta y centros de educación normal. Pero fue difícil generalizar la enseñanza en las áreas rurales. De hecho los liberales tendieron a ensalzar figuras indígenas pero sus preocupaciones por el indio fueron muy ambivalentes. En algunos países, como en México, la educación fue descuidada, excepto en lo referente a la educación de las clases altas de la sociedad. En otros lugares, como en Costa Rica, el periodo mostró una energía persistente de

<sup>84</sup> Griffin, *El periodo nacional de la historia del Nuevo Mundo*, p. 135-136.

<sup>85</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 174-175.

favor hacia el establecimiento de la educación primaria universal.<sup>36</sup> Por otra parte, la educación superior casi quedó limitada a la preparación de profesionales. Sin embargo, las universidades ejercieron una influencia creciente en los líderes civiles que, a menudo surgieron de ellas mismas y que fueron capaces de transmitir a generaciones más jóvenes los conceptos sobre el desarrollo de la ciencia y de las ideas filosóficas del mundo contemporáneo.<sup>37</sup> Todo se reflejó en una intensa labor periodística, incluso satírica y editorial en Chile y en Argentina, donde se publicaron grandes cantidades de libros, además de que se leyeran los editados en Francia y España.<sup>38</sup>

La ideología positivista no pudo actuar con la misma libertad en la educación que en el campo político. Dependió de situaciones y circunstancias históricas ante las que tuvieron que adaptarse los teóricos del positivismo hispanoamericano. Por ejemplo, en Cuba se hizo un rechazo del comtismo y se adaptaron al positivismo inglés porque el interés fundamental era emancipar la isla y en este sentido trabajaron los pensadores con una línea definida.<sup>39</sup> Por otra parte, en México toda una época política y cultural abrevó en el positivismo y bajo la presidencia de Porfirio Díaz se destacó la figura de Gabino Barreda, introductor de esa ideología y además autor de la reforma educativa. Más tarde sería la figura de Justo Sierra la que mantendría el positivismo en el campo político. Al lado de estos hombres se formó un grupo distinguido de políticos nuevos que mantendrían, con éxito, esta ideología que coincidió con el porfirismo. En la Argentina la ascendencia del positivismo fue intensa; se destacaron los tres grupos *sui generis*: el prepositivismo con Sarmiento, Alberdi y Echeverría, el de la Escuela Normal de

<sup>36</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 175-176.

<sup>37</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 176.

<sup>38</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 177.

<sup>39</sup> Zea, *op. cit.*, p. 82, 84.



Paraná de formación comtiana adaptada y amoldada, que influyó en la educación y formó con ideales de libertad las escuelas normales con Pedro Scalabrini, Alfredo Ferreira, Ángel Bassi, Maximino Victoria, Leopoldo Herrera y Manuel Bermúdez. El tercer grupo combinó comtismo y spenciarismo en la Universidad de Buenos Aires caracterizada por aplicar un criterio científico y de principios evolucionistas a los diversos problemas políticos, administrativos y educativos. Los argentinos llegaron, además, a tomar un carácter de liberalismo avanzado y socializante, como hizo José Ingenieros y Juan B. Justo, quienes se manifestaron socialistas en cuestiones políticas. Algunos de ellos llegaron hasta al marxismo.<sup>40</sup> En Chile, el progreso del sistema educativo ha sido de los más amplios, Andrés Bello fue creador de un sistema de educación sana, tanto secundaria como superior, que se puso en marcha a través de sus escritos y de su actuación como rector y profesor de la Universidad. La influencia de su erudición y humanismo fue definitiva en un sinnúmero de líderes chilenos. Por muchos esfuerzos que se hicieron, resultó imposible llegar hasta las masas rurales con la educación.<sup>41</sup> Uruguay vio surgir en el mismo periodo su figura más destacada en estas actividades, José Pedro Varela, comparable a la figura de Sarmiento el argentino y a la de Bello el chileno, que junto con el mexicano Gabino Barreda se constituyen en los pivotes continentales de la aplicación del positivismo.

En los demás países se dictaron provisiones en favor de la educación pública general y aunque se mantuvieron escuelas, fracasaron por falta de los fondos y los profesores necesarios. Rara vez llegó la educación a las áreas rurales. Mejor suerte corrieron los esfuerzos en favor de la educación superior para la que se fundaron nuevas uni-

<sup>40</sup> Zea, *op. cit.*, p. 82-83, 309-310.

<sup>41</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 113.

versidades nacionales que, muchas veces, se superpusieron a las estructuras de las antiguas instituciones coloniales.<sup>42</sup>

Entender la educación o fundar nuevas instituciones para dedicarlas a ella, siempre ha sido tarea difícil. Pero peores fueron las dificultades en lugares donde, por razón de los sistemas federales, los gobiernos de provincia tenían responsabilidades mayores, como sucedió en Argentina. Sin embargo, a pesar de ello, se logró uno de los sistemas educativos más extendidos, gracias a que Domingo F. Sarmiento extendió por el país publicaciones y escuelas normales y contrató profesionales y educadores expertos que laboraron arduamente.<sup>43</sup>

Sin duda, el fortalecimiento económico de las naciones (mismo que sirvió para que se fundaran nuevas ciudades surgidas de viejas aldeas como lo fueron Bahía Blanca, Rosario o Tampico, Colón o Barranquilla, donde bullía la actividad comercial, se hablaba inglés en los escritorios y se movían ferrocarriles y vapores, haciendo trepidar los muelles), tuvo mucho que ver con la situación de la ideología y, sobre todo con quienes pensaban y se educaban. Aunque fuera un fenómeno de todo el siglo XIX, la intensidad de los movimientos de los intelectuales y su constante viajar hacia el viejo continente, o hacia los Estados Unidos, hizo que la educación superior de la época formativa de estos hombres tuviera lugar fuera del ámbito latinoamericano. Este elemento afectó tanto a quienes encabezaron política, literatura, sociedad y economía que aprendieron en tierras que no les vieron nacer. Con frecuencia trataron de aplicar pensamientos e ideas, al parecer buenas pero inadecuadas. El fenómeno debió tener consecuencias mayores pues, precisamente para 1870, Juan Bautista Alberdi se levantó contra estos intelectuales edu-

<sup>42</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 113.

<sup>43</sup> Griffin, *op. cit.*, p. 113.



cados fuera de sus países. Acusó a un grupo de ellos, incluso a sus discípulos, de fomentar la inquietud social y las autonomías locales y los hizo responsables de las luchas entre federales y centralistas. En opinión de Alberdi, la juventud americana educada fuera de su ámbito, recibía sus enseñanzas de profesores que vivían fuera de la realidad latinoamericana y se empeñaban con ideas radicales a convertirse en campeones rabiosos de la descentralización. Los jóvenes moldeados en esas escuelas habían regresado a América como demagogos “en todo el sentido de la palabra, un bachiller en revoluciones, un revoltoso por principio”. En esta forma la preocupación primordial de Alberdi se mostraba en contra de los intelectuales formados de manera idealista y que, como tales, inquietaban las sociedades para reformar los países. Los consideraba idealistas agitadores que facilitaban a los enemigos los nuevos argumentos que necesitaban para luchar como opositores que iban en busca de los poderes dictatoriales. Por otra parte, la educación elemental fue considerada por los líderes latinoamericanos dentro de los términos ingleses y franceses o norteamericanos, pero el costo de equiparar esa enseñanza a los sistemas europeos o norteamericanos causó el abandono del tema por generaciones, hasta que se volvió a tomar en época de Vasconcelos.<sup>44</sup>

Cuando murió, en ese mismo año de 1872, el presidente mexicano Juárez, que pertenecía al grupo de letrados liberales que lo acompañaron desde el comienzo de la Reforma, se fundó en Chile la Sociedad de la Ilustración por Arnoldo Montt que, al morir en 1874, dejó la dirección de la institución a Lagarrigue. Esta sociedad trabajó paralelamente a la Academia de Bellas Letras de Lastarria y comentó el positivismo especialmente, según Comte y

<sup>44</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 220; John H. Johnson, “Foreign Factors in Dictatorship in Latin America” en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 133-134.



Litré.<sup>45</sup> La Academia de Bellas Letras, fundada por Victorino Lastarria en 1873, se ocupó también de comentar y difundir el positivismo, cultivando el arte literario como expresión de la verdad filosófica, a la que se aplicaba la regla crítica de su conformidad, con los hechos demostrados de manera positiva por la ciencia. Las obras de sociología o de literatura se las analizaba, de acuerdo con su conformidad, con las leyes del desarrollo de la naturaleza humana. Las filas de la Academia se nutrieron de los viejos luchadores liberales y sus estatutos fueron firmados por hombres como Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y otros. Lastarria pronunció el discurso inaugural el 26 de abril de 1873. Éste consideraba la Academia como la continuación lógica de la obra comenzada en 1842 para lograr la independencia mental como resultado del estudio de las ciencias y las letras, que en los pueblos democráticos se apoyaba en la independencia del espíritu, que permitía investigar la verdad. Evaluaba esa independencia como uno de los logros más preciados de los hombres puesto que, este espíritu formaba la esencia de la democracia, que de lo contrario no existía en ningún pueblo.<sup>46</sup>

La participación de los intelectuales en el poder y en la política de sus naciones fue quizá espectacular en el Uruguay, donde en 1873 los llamados “girondinos” convirtieron el parlamento nacional en una academia, en vez de mantenerlo como una institución gubernamental. En ese recinto se discutió el punto de vista intelectual y con toda brillantez, pero de espaldas a las realidades. Pretendieron aplicar a su país normas y leyes para las que su pueblo no estuvo preparado. Los pensadores uruguayos fueron presididos por el doctor José Ellauri, quien fue

<sup>45</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 239. Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 238.

<sup>46</sup> Zea. *op. cit.*, p. 236.



depuesto en 1875 por el coronel Lorenzo Latorre, imponiendo un presidente al que sustituyó para hacerse dictador, hasta que le siguió Máximo Santos en el mismo año. Éste duró hasta 1887 apoyado en el concepto de que el militarismo es el orden.<sup>47</sup>

Mientras los intelectuales y universitarios uruguayos estaban en las cámaras de Montevideo, se conmemoró en Chile el primer aniversario de la fundación de la Academia de las Bellas Letras y su presidente Lastarría recordaba que la fundación de la Academia había respondido a un movimiento que llamaba la atención sobre la educación, por creerse que estaba influida y dominada por intereses y caprichos políticos que convertían el sistema educativo en una dependencia legal que inhibía sus finalidades. Por ello se había tratado de organizar un centro en que las ciencias y las letras pudieran contar con la independencia necesaria para desarrollarse, junto con sus principios y doctrinas, a cubierto de los intereses sectarios de los políticos. Ello se debía a la respuesta que dieron los hombres de letras chilenos, junto con la llegada de una multitud de jóvenes que fueron a la Academia en busca de respuestas y estímulos a sus muchas inquietudes. Los resultados obtenidos enorgullecieron a Lastarría y entre sus colaboradores se encontraron Valentín Letelier, Jorge y Juan Enrique Lagarrigue, quienes discutieron en contra del positivismo cubano, representado por Zambrana en noviembre 13 de 1875.<sup>48</sup> Efectivamente, los sucesos académico-políticos-sociales se desencadenaron: mientras Lagarrigue comenzó a traducir el curso de filosofía positiva de Comte. Consideraba el positivismo como el punto final en el destino de las sociedades, por los progresos científicos a que habían llegado y que era realmente positivo y marcaba el camino. Lastarría publicó su libro de lecciones de

<sup>47</sup> Zea, *op. cit.*, p. 345-347.

<sup>48</sup> Zea, *op. cit.*, p. 237.



política positiva, que influyó de manera determinante a Lagarrigue a pesar de la poca atención que se dio a esa obra cuando apareció y que su autor tuviera que interrumpir sus lecciones de política positiva porque nadie acudió a escucharlo y la Academia se encontraba vacía. Por otra parte, Valentín Letelier había aprendido su positivismo en la Academia y en la Sociedad de la Ilustración y con él comenzó la influencia fuera de su ámbito académico. Nombrado profesor de literatura y filosofía en el Liceo de Copiapó, se empeñó en construir la moral positiva, ignorando a Comte, pues no le convenía su religión de la humanidad porque creía en el liberalismo.<sup>49</sup>

A la Escuela Normal de Paraná llegó, en 1875, un profesor italiano de nombre Pedro Scalabrini, que como Ameghio se dedicaba a la paleontología y que al publicar su libro sobre derecho público argentino, en ese año, hizo sentir los ideales humanistas de Krause. Su enseñanza, en la mayor parte explicación de la filosofía de Comte persiguió el propósito de formar pensadores y alejarse de la enseñanza memorística. A la vez propaló la libertad interpretativa. En esa forma difundió en la Argentina un Comte adaptado a las necesidades educativas del país, que desechaba su religión, su sacerdocio y su apostolado.<sup>50</sup>

A la vez, la nueva economía positivista ajena al continente y a nuestras naciones, que afectaba a Chile por los intereses salitreros, vino a plantear la guerra de 1879 en que Bolivia, aliada con el Perú se enfrentó con las compañías chilenas. Se provocó así la guerra de Bolivia, Perú y Chile, en que los peruanos fueron vencidos por los chilenos; se instaló en la dictadura Nicolás Piérola en diciembre de 1879 y Bolivia perdió su salida al mar.<sup>51</sup> Pero, a pesar de todos los problemas, la filosofía de Comte:

<sup>49</sup> Zea, *op. cit.*, p. 242-253.

<sup>50</sup> Zea, *op. cit.*, p. 310-311.

<sup>51</sup> Zea, *op. cit.*, p. 276.



tuvo ocasión de difundirse a través del círculo literario de La Paz que funcionaba desde 1876 y también se publicó la revista que para difundir el positivismo y dar a conocer la realidad boliviana se encabezó con la figura de Agustín Azpiazu.<sup>52</sup> La pérdida de las regiones salitreras por Bolivia y su condena a vivir como un país interior, hizo que pensadores como Guillermo Francovich llamaran la atención sobre el hecho y que se buscaran principios menos idealistas que los del eclecticismo y del catolicismo. En esa forma, apareció en Bolivia el positivismo, cuyas doctrinas estaban difundidas en los demás países. Al realismo se adaptó también una actitud antirreligiosa y los liberales tomaron la nueva filosofía para ir en busca de la regeneración social mediante argumentos de la doctrina positivista.<sup>53</sup>

Los positivistas viajaron con frecuencia y su destino generalmente fue París, donde se encontraba el centro de su pensamiento. Esto dio lugar a que muchos se conocieran entre ellos y a que la relación intelectual y filosófica, entre países alejados, se fuera estableciendo. Así, por ejemplo, el chileno Lagarrigue conoció al mexicano Gabino Barreda cuando, después de llevar a cabo la reforma educativa mexicana, volvió a Europa. Con motivo de su encuentro, el chileno decía que el positivismo del mexicano era sólo intelectual y que lo había conocido a través de su compatriota Contreras, quien fue discípulo directo de Comte.<sup>54</sup> Pero a la vez diferían entre ellos porque Lagarrigue sostenía la unidad de la obra comtiana y apoyaba, por considerarla necesaria, la religión y el culto de la humanidad que sólo podría limitarse por el temor al ridículo.<sup>55</sup>

<sup>52</sup> Zea, *op. cit.*, p. 298-299.

<sup>53</sup> Zea, *op. cit.*, p. 298-299.

<sup>54</sup> Zea, *op. cit.*, p. 233-234.

<sup>55</sup> Zea, *op. cit.*, p. 243.

El positivismo de Gabino Barreda y de su época en México representa la contraposición de lo representado por Lagarrigue en Chile. Los mexicanos y entre ellos también Justo Sierra, consideraron que la propia Constitución reformista de 1857 se había convertido en un obstáculo que debían vencer los positivistas para establecer su “orden”. Ésta emanaba de hombres que tenían mentalidad utópica y se dirigía a un pueblo que no existía. Por ello, calificaban a los constitucionalistas convencidos de ser hombres de mentalidad atrasada. Contra el liberalismo utópico y anárquico que preconizaba la Constitución había que contraponer un liberalismo realista y de orden o sea un conservadurismo liberal. Recién llegado al poder Porfirio Díaz, después de la revolución contra Sebastián Lerdo de Tejada, surgió un nuevo grupo político en la capital mexicana, que con el lema “orden y progreso” se hacía escuchar a través del periódico *La Libertad*, cuyos redactores habían sido discípulos del propio Gabino Barreda. A toda costa abogaban por un nuevo orden ajeno a los conservadores y que por tratar de llegar a la libertad con métodos conservadores se llamó conservador-liberal. Se caracterizó también por oponerse a los métodos revolucionarios y por apoyar a los evolucionistas. Para lograr los cambios que requería la evolución, era necesario establecer un conocimiento de la libertad y de las obligaciones que ésta llevaba consigo y, por esos procedimientos, se comprometían a establecer un auténtico gobierno democrático en el futuro, basado en la verdadera libertad. Sin embargo, mientras se lograba llegar a ese punto de la evolución, era necesario mantener un orden a cualquier precio que evitara las revoluciones y los cuartelazos.<sup>56</sup>

El verdadero problema de los positivistas mexicanos consistió en que si bien deseaban abandonar cualquier orden dependiente de la voluntad de un caudillo, recono-

<sup>56</sup> Zea, *op. cit.*, p. 388-389.

cían por otra parte la necesidad de alguien, con prestigio personal suficiente, que cimentara las bases del nuevo orden. Esa personalidad, aunque fuera concebida como instrumento transitorio, debía crear los hábitos necesarios para consolidar un orden autónomo, ajeno a cualquier fuerza exterior. La historia confirmó lo peligroso del procedimiento, pues Díaz duró en el poder treinta años. A pesar de ello, los positivistas eran partidarios de limitar las libertades, consideradas utópicas y al adquirir la confianza del país, pensaban iniciar su etapa de regeneración.

Decía Francisco G. Cosme en *La Libertad*:

Menos derechos y menos libertades, a cambio de mayor orden y paz. No más utopías. Quiero orden y paz, aun cuando sea a costa de todos los derechos que tan caro me cuestan. Es más, no está distante el día en que la nación diga: Quiero orden y paz, aun a costa de mi independencia.<sup>57</sup>

El propio Justo Sierra, como director del periódico *La Libertad*, preconizaba la existencia de un partido conservador compuesto de todos los elementos del orden, que fueran capaces de participar en la vida pública: todos serían pacifistas, amigos de la libertad práctica (no de la declamada) y pensarían que el desarrollo de una sociedad equivalía al desarrollo en el orden.<sup>58</sup> Justo Sierra pensaba, además, que todo el poder político y con él la libertad de los mexicanos debía cederse a un hombre fuerte como el general Díaz, que compensaría estas cesiones por la acción del Estado en el campo de la educación, que sería la que conduciría al mexicano a la emancipación mental. Para ellos la tiranía honrada era una forma educativa en sí y a través de ella, los mexicanos podrían aprender el significado de la libertad. Efectivamente, la

<sup>57</sup> Zea, *op. cit.*, p. 390-391.

<sup>58</sup> Zea, *op. cit.*, p. 389-390.

figura de Díaz simbolizó en la historia mexicana el orden y la paz positiva; la deshumanización y el materialismo fueron los modelos que llevaron a toda la generación hacia el progreso.<sup>59</sup>

El porfirismo, a medida que avanzó, se olvidó de lograr la libertad verdadera y los porfiristas se conformaron con la libertad del enriquecimiento, libertad única fue ésta, en que todas las clases sociales participaban como candidatos. Sin embargo, se formó un nuevo tipo de mentalidad mexicana falta de creencias, positivista, con cierto desprecio hacia instituciones del pasado histórico, que necesitaban del estudio de la ciencia que requería de investigación paciente y constante para alcanzar la verdad. Y sólo con esa verdad se consideraron capacitados para dirigir y orientar al país con métodos seguros y científicos. Los métodos que se aprendieron en las escuelas y fueron representativos de los intereses de las diversas supuestas burguesías hispanoamericanas, con el resultado de que todos los males que la educación positivista iba a evitar resurgían estimulados y fortalecidos por los intereses de los nuevos imperios de los cuales, Hispanoamérica volvía a ser colonia.

El problema parece insoluble: Hispanoamérica se vuelve a presentar como en el pasado, dividida en dos partes, una con la cabeza aún vuelta hacia un pasado colonial y otra con la cabeza orientada hacia un futuro sin realidad aún. Continúa faltando el lazo entre estas dos actitudes.<sup>60</sup>

Efectivamente, entre 1880 y el final de siglo, Justo Sierra siguió insistiendo en que se necesitaba transformar al mexicano desde el punto de vista social y también mental, si es que debía sobrevivir en una lucha donde sólo quedarían en pie los más fuertes. El procedimiento requería, además, que se pasara de la era del militarismo a la de

<sup>59</sup> Zea, *op. cit.*, p. 400.

<sup>60</sup> Zea, *op. cit.*, p. 86-87.



la industria, lo que sería posible mediante un máximo de trabajo y de esfuerzo personal, que había que desarrollar aceleradamente con el fin de que México no volviera a ser vencido. En el pasado la derrota se debió a que hubo mejor organización mental y social en el extranjero, como sucedió en el periodo de enfrentamientos con los Estados Unidos. Para ello, la solución estaba según Justo Sierra, en la puesta en marcha de un programa destinado a instruir al pueblo con absoluta independencia de la Iglesia, a colonizar el país rompiendo con la intolerancia religiosa y haciendo destacar toda propiedad raíz desamortizada por el clero. Esa generación trató de formar una conciencia nacional y un orden de organización social nuevo. Así el positivismo fue el instrumento para establecer el orden mental y el porfirismo la expresión del nuevo orden social.<sup>61</sup> Paralelamente, también surgía una maquinaria política más segura que necesitó, en ritmo creciente, contar con un sinnúmero de hombres incondicionales para mantenerse. La existencia de esos hombres fieles, y su permanencia como parte fundamental de la maquinaria política, fue lo que llevó esos regímenes a un deterioro progresivo del personal político, por lo que a final del siglo, el propio Porfirio Díaz hablaba de la caballada del Parlamento. El porfiriato avanzó lentamente hacia la dictadura vitalicia de manera que pudo vencer todas las resistencias con calma, aunque a decir verdad, éstas no fueron demasiado fuertes y se usaran de preferencia los métodos generosos que fueron eficaces, aunque costosos para el erario.<sup>62</sup> Las dictaduras vitalicias fueron la tónica al final del siglo: así por ejemplo, en Colombia, Rafael Núñez fue el jefe conservador surgido en el liberal, que apoyado en el alto clero y en los grandes propietarios, dirigió el Poder Ejecutivo desde 1880 hasta 1894.<sup>63</sup>

<sup>61</sup> Zea, *op. cit.*, p. 386-387.

<sup>62</sup> Halperin, *op. cit.*, p. 318.

<sup>63</sup> Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 103-104.

Los esfuerzos positivistas existieron en todo el continente con muy pocas excepciones. Aunque se dividieron los positivistas en comtianos y spencerianos, todos interpretaban sus doctrinas como forma que proporcionaría el adiestramiento intelectual necesitado por los latinoamericanos para convertir sus países en modernos e industriales. En la última década del siglo ya se tenía la sensación de que había surgido una Hispanoamérica nueva, diferente en extremo si se comparaba con la de principios de siglo, porque se levantaba un nuevo orden.<sup>64</sup>

Ya vimos la postura del pensamiento mexicano y el nuevo dinamismo que, a través de un positivismo adaptado, en cierta forma, había penetrado en las estructuras políticas por obra de los pensadores y por su entrada en las mismas. En el caso mexicano, tanto Gabino Barreda como Justo Sierra, ayudaron y cooperaron con el gobierno nacional y participaron del propio gobierno de manera que la huella de su pensamiento se hizo más profunda. Cosa parecida sucedió en Chile, donde con Valentín Letelier se hizo patente el positivismo heterodoxo. Muy pronto la historia nacional tuvo que dar oportunidad para la expresión de las dos escuelas positivistas frente a los mismos problemas nacionales y desde sus puntos de vista respectivos opinaron y fallaron en los mismos.<sup>65</sup> Por otra parte, el Ateneo de Montevideo se convertía en una verdadera palestra donde las ideas entraban en pugna de acuerdo con los oradores que representaban posturas idealistas, como Prudencio Vázquez y Vega y Ángel Solla, quienes tildaban a sus opositores de amorales. Por otro lado, pugnaban los oradores positivistas como Arechavaleta, Julio Jurkowski, Martín C. Martínez y Rosalío Rodríguez. En las violentas discusiones del Ateneo había el propósito de tratar de regenerar la moral de la República.

<sup>64</sup> Juan Francisco, *La cultura moderna de América Latina*, p. 20.

<sup>65</sup> Zea, *op. cit.*, p. 240.

De hecho, su influencia fue importante pues, cuando hubo que elegir se tuvo que hacer de entre los personajes representativos de una o de otra postura.<sup>66</sup> En esta forma, los pensadores tuvieron que ver en la política. Bolivia y Perú fueron afectados por el estado de guerra que sufrían. Debe recordarse que en enero de 1880 la ciudad de Lima fue saqueada e incendiada. El presidente Piérola se vio obligado a huir a la sierra y preparar su resistencia inútilmente, pues los desastres continuaron. Fue, sin embargo, en 1880 cuando el positivismo se hizo presente también en Bolivia, que había perdido su salida al mar y que atribuía su derrota al resultado lógico del idealismo contra el que se opondría al realismo positivista, del que la principal figura fue Agustín Azpiazu.<sup>67</sup>

La influencia ideológica no fue tan contundente en otros países pero, a pesar de ello también influyó. De hecho, el continente hispanoamericano se encontraba envuelto en una atmósfera positivista, de intensidad diferente según los países.

### 11. *El nuevo mundo hispanoamericano*

El arraigo del positivismo en los pensadores no es de extrañar y la influencia o, incluso, la entrada de los mismos en la política. Era imposible que los países latinoamericanos pudieran sobrevivir con el simple manejo de la autoridad a secas. Por la complicación que el mando suscitaba, la autoridad requería de un contenido, además de la fuerza y del prestigio que de por sí pudiera alcanzar. Había que desarrollarse en un mundo acosado por nuevas formas de convivencia y de imposición. Desde principios del siglo hasta los años ochenta, Inglaterra había desen-

<sup>66</sup> Zea, *op. cit.*, p. 353-361.

<sup>67</sup> Zea, *op. cit.*, p. 84-85.



cadenado la revolución industrial y los Estados Unidos la lograron también pero, además, la industrialización afectó a otros países incluyendo a las naciones latinoamericanas. Latinoamérica en los ochenta, vivió un mundo donde el asedio económico se convertía en estrangulamiento y no hubo otro remedio que aceptar y, en cierta forma, ceder ante el empuje de la presión que se hacía sobre sus mercados: a través de financieros que negociaban empréstitos y comerciantes que imponían productos manufacturados o compraban materias primas. Estas presiones se acompañaban del apoyo de grandes potencias que se creían autorizadas a entrar por la fuerza en los países renuentes. Bloqueaban puertos unas veces (Valparaíso, Callao, Río de la Plata) o instigaban guerras (Brasil, Paraguay, Pacífico) o imponían regímenes como el de Maximiliano en México o la aventura de William Walker en Centroamérica. Pero no se deben olvidar los apoyos recibidos por dictadores enfrentados a sus propios países, que iban en busca de estabilizarse y de continuar en el poder. A cambio, se comprometían a facilitar la entrada de las grandes potencias.<sup>1</sup> Resulta lógico pensar que la atmósfera envolvente de América Latina propiciara un nacionalismo positivo de defensa; que se luchara con ensañamiento por las constituciones y aun que, en ocasiones, el resultado fuera la imposición de una de ellas; que las nuevas generaciones, con arraigo económico, hubieran deslindado sus intereses y adecuado sus objetivos a sus posibilidades. Incluso, se comprende que se acentuaran las transacciones y que éstas llevaran a un orden constitucional de amplio consenso entre los diferentes grupos de poder, algunos condicionados por intereses exteriores o que se llegaran a establecer poderes personales fuertes, a veces más fuertes que las propias constituciones.

<sup>1</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 175.

Mientras tanto, el campo recibió impactos del cambio y vio aparecer y generalizarse la fuerza del vapor en los ingenios azucareros, la generalización de los ferrocarriles y de los vapores, factores que ayudaron a la mayor producción. Pero ella afluyó a las ciudades alumbradas a gas. La actividad citadina volvió a crecer como consecuencia de la importación, la exportación y los bancos extranjeros. Los descendientes del viejo patriciado, establecidos en las ciudades, prefirieron aceptar ese desarrollo de gran mundo.<sup>2</sup> Por ello resultó que muchas urbes latinoamericanas sufrieron nuevos cambios, tanto en su fisonomía como en su estructura. Con la mayor actividad hubo mayor población, cambios en el paisaje urbano y también en las costumbres tradicionales y en las maneras de pensar de los diferentes grupos urbanos. En muy poco tiempo los cambios las hacían irreconocibles. Estas transformaciones afectaron, de manera especial, las capitales y los puertos porque en ellas se concentró y orientó la elaboración de los productos especiales requeridos por grandes mercados mundiales. A su vez, éstos prefirieron los países productores de materia prima que consumían manufacturas. Ese tipo de ciudades creó nuevas fuentes de trabajo y facilitó una nueva forma de vida que aceleró la tendencia de quienes procuraban desvanecer el pasado colonial para sustituirlo por una forma moderna de vivir.

Una fuerza de ocupación o un embajador insolente, eran expresiones de la acción directa. Pero la acción indirecta no fue menos eficaz para ajustar los vínculos de la economía latinoamericana con las de los países industrializados. Ciertamente, en todos los países hubo consentimiento de las clases dirigentes, que vieron en ellos los símbolos del progreso. Pero la red se tejía en los grandes centros económicos del exterior y allí se fijaba el papel de cada uno de los sectores de esa periferia que el mundo indus-

<sup>2</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 176.

trializado organizaba. Se advirtió esa acción indirecta en la promoción de ciertos tipos de productos: en las zonas rurales de Latinoamérica se estimuló el trabajo con un criterio empresarial para que un país produjera más café, otro más caña de azúcar, otro más metales, otro más cereales, lanas o carne para consumo, otro más caucho, otro más salitre. Las empresas eran casi siempre de capital extranjero y extranjeros fueron sus gerentes, sus ingenieros, sus mayordomos y a veces, hasta sus capataces; la mano de obra, en cambio, era nacional; y nacional fue también el mundillo de intermediarios que la producción y su comercialización engendraron.<sup>8</sup>

De manera clara, muestra José Luis Romero la alianza del poder con el capital extranjero y la raíz del neocolonialismo que convirtió, a quienes ostentaron el poder, en sus aliados e incluso en sus funcionarios pero, a la vez se nota cómo se empeña la mano de obra nacional en calidad de contribución a la alianza con las nuevas metrópolis industriales. Esos intermediarios de que habla, sólo pudieron medrar con lo que sobraba de la riqueza concentrada. Es posible que a ello se deba el que se hable de la pobreza latinoamericana pues, descartada la verdadera riqueza, nuestras sociedades obtuvieron el desperdicio y no participaron del verdadero cogollo de los recursos.

Las antiguas familias que se sintieron ligadas a las tradiciones de la ciudad vieron cómo se les adjuntaron grupos heterogéneos, que juzgaron advenedizos y de ese contacto surgió, a la larga, una renovación de costumbres tendientes a imitar las formas de vida de las ciudades europeas, porque los advenedizos surgieron del mundillo de intermediarios. Sin embargo, las verdaderas tradiciones de las familias coloniales y patricias quedaron relegadas a la vida en poblaciones provincianas, donde se carecía del torbellino

<sup>8</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 248-249.

de actividades que engendraba riqueza, susceptible de convertirse en lujo ostensible, y había paz y tranquilidad.<sup>4</sup>

El papel del viejo patricio, heredero de fortuna y apellidado, señor al fin, fue importante al desprenderse de las actitudes de su clase para incorporarse al progreso, o sea al proceso de modernización. Sus relaciones, su posición y su experiencia para beneficiarse del cambio, se aprovechó hasta el límite y fue el modelo del nuevo comportamiento para muchos. A sus ojos, abandonaron la vida de fácil rutina y de indolencia para incorporarse a la oleada de trabajo y de progreso. Respaldados por su prestigio, encabezaron los procesos concretos de modernización en el área de sus actividades y adoptaron nuevos métodos en sus minas y haciendas al introducir maquinaria industrial moderna que les multiplicó el ingreso. Frecuentemente pudieron asociarse con empresas extranjeras y muchos llegaron a incorporarse al gran mundo de los negocios financieros y bursátiles.<sup>5</sup> Se acoplaban estos señores, de corazón, al nuevo estilo de la gran burguesía industrial despersonalizada, anónima y egoísta cuando trataban de negocios de manera audaz y arrolladora, que sustituía a la tradicional, mezclando los prejuicios del hidalgo y los del pequeño burgués. En esa forma las nuevas burguesías se constituyeron con quienes se mostraron poseedores de las aptitudes necesarias para afrontar las nuevas circunstancias, dejando a un lado sus hábitos tradicionales que sustituyeron por nuevas y diferentes formas de comportamiento.<sup>6</sup>

Sin embargo, el grupo sustancial de las nuevas burguesías se compuso de gente sin problemas de herencia y de procedencia más bien baja. Su interés era el ascenso social y económico pues, al poderseles clasificar, como vulgarmente se dice, de gente de medio pelo, tampoco contaban

<sup>4</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 249.

<sup>5</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 264.

<sup>6</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 264.

con grandes recursos. Tenían que desarrollar su instinto para aprovechar las oportunidades que les pusieran en el camino y de esta manera se seleccionaban casi automáticamente los más aptos que pudieron descubrir un sinnúmero de negocios que, no siendo básicos, en ocasiones los llevaron a las altas finanzas y a la especulación. Estos nuevos hombres de negocio fueron también los “señores” de la nueva sociedad, que se delineaba caracterizada por la riqueza. Sus quehaceres dan muestra de esa característica que iba a permear el periodo pues ellos se dedicarían, en busca del enriquecimiento repentino, a la jugada de bolsa, a la especulación de tierras, a las aventuras de colonización, a la industria y también a acaparar productos, a tomar concesiones privilegiadas, a solucionar problemas de transporte, de envase, de almacenamiento, o a hacer gestiones que les dejaran comisiones importantes.<sup>7</sup> Los quehaceres, cuyos beneficios obtenían por el mundo de las comisiones, relacionaron a estos grupos con hombres profesionales como abogados o funcionarios e incluso con las empresas extranjeras. Mediante esas relaciones pudieron entrar en un mundo donde, con suerte, se podía lograr una abundante riqueza. Las nuevas burguesías entraron así en el ámbito de los negocios que necesitaba también de gente dinámica, por lo general oriunda del país que se adiestraba por medio de relaciones con sus pares extranjeros, que contaban con ellos para mover los hilos de las influencias y de las gestiones burocráticas en las naciones. Sin embargo, el lazo establecido entre estos hombres con sus similares extranjeros, convirtió las economías nacionales en dependientes y por ello las ciudades obtuvieron un aire cosmopolita que dejó atrás a los provincianos, porque éstos no salían del país, ni se relacionaban con el exterior. Los nuevos ingresos llegaron a constituir así un grupo moderno, que sabía vivir al ritmo de los tiempos.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 264-265.

<sup>8</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 265, 267.



La nueva burguesía latinoamericana, cuando logró entrar en las nuevas actividades del país, de manera simultánea se hizo lugar en el poder económico moderno y también en la política. En ambos lugares se movió de manera que pudo desatar y aprovechar el proceso de cambio. Activaron los centros de decisión económica fundando bancos y buscando su dirección, o dominando la bolsa hasta donde fue posible, y se asociaron con capitales extranjeros que de alguna forma operaron dentro de los países latinoamericanos. En sus operaciones resultaron los márgenes suficientes, que permitieron ocupar un mundo de abogados y gestores, o comisionistas, que se ocuparon de propiciar, en su nombre, el poder político. Este poder, ejercido por las mismas personas o por sus representantes, fue progresivamente dominado por la nueva burguesía que penetró en todas sus expresiones. Así, los reglamentos nacionales eran estudiados, tácticamente por las mismas personas que los usaban y las ideas que servían para formarlos eran defendidas por partidos políticos oficiales, en cuya dirección actuaban o influían los mismos grupos. De esta manera alcanzaron una cohesión interior, a pesar de formarse por hombres de distintas extracciones que se aunaban en sus respuestas a los centros económicos y financieros del exterior. Se constituyeron como agrupaciones de socios comerciales, cuyos miembros competían despiadadamente dentro de ellas mismas y por ello la unidad de las nuevas burguesías nunca alcanzó la misma consistencia que los patricios tuvieron como clase.<sup>9</sup>

Otros grupos de la misma procedencia social no supieron o no estuvieron capacitados para poder descubrir el secreto del enriquecimiento y encontraron su trabajo en las nuevas manufacturas establecidas en competencia a los productos importados y así, de este conjunto que trabajaba a otro nivel, aparecieron las clases populares con un nuevo

<sup>9</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 268-269.



sector proletario, industrial, que tuvo fisonomía muy definida y un número limitado de personas reclutadas de entre mestizos, negros y mulatos, o de inmigrantes extranjeros que se acoplaron con rapidez a las características del nuevo sistema. Para los miembros del nuevo proletariado industrial el tiempo era impositivo y por ello perdieron en cordialidad hasta convertirse en clases combativas y disconformes, capaces de mostrarse en rebeldía. El viejo sistema patriarcal era abandonado poco a poco mientras ciudades y fábricas deshumanizaron las relaciones sociales, sustituyéndolas por tensiones antes desconocidas.<sup>10</sup>

Esa despersonalización también afectó los sectores marginados, que crecieron en número y en agresividad, abandonando sus posturas resignadas y aun filosóficas:

Creció el número de los mendigos, pero fue muy difícil que una dama caritativa siguiera teniendo “sus” pobres... También cambió el carácter de la delincuencia haciéndose más sutil y organizada hasta lograr llegar, en sus más altos niveles, a alcanzar connivencias internacionales.<sup>11</sup>

Sin embargo la movilidad fue posible y frecuente entre las clases populares y las medias, a veces favorecida por las propias empresas en que trabajaban. Las ciudades tenían un nuevo aspecto, impreso por la existencia de clases medias que permitían renovaciones en sus formas de vida, pues compraban los periódicos y discutían opinones, asistían a los cafés y se proveían de almacenes y comercios donde exhibían modas europeas de producción en masa y, además, poblaban las oficinas. Formaron también los nuevos partidos políticos que desafiaron el poder de las viejas oligarquías en busca de una extensa democracia, porque ellos también tenían derecho a participar en las más altas formas del poder.<sup>12</sup> Esta lucha se dio en las:

<sup>10</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 272.

<sup>11</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 272.

<sup>12</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 273-274.



capitales donde, de acuerdo en lo fundamental, se disputaba y se pugnaba por imponerse en el ejercicio de la autoridad. La lucha abierta unas veces y cerrada otras, se desparramaba desde el palacio a los cafés, pasando por tertulias, clubes o congresos, donde se preparaban las tramas y se cerraban intrigas. Así sucedió que ciudades como Santiago de Chile, Buenos Aires, Bogotá o México, “eran grandes mentideros en los que los grupos influyentes disputaban en silencio candidaturas y designaciones. Situaciones fluidas obligaban a extremar la cautela para no quebrar las reglas del juego, y era obligación del perdedor saber perder”. Cuando el poder era dictatorial, entonces la capital se convertía en el centro de grandes maniobras para mover la voluntad del dictador que tanto si fuera liberal (como José Santos Zelaya en Nicaragua, José María Reina Barrios en Guatemala o Eloy Alfaro en Ecuador), o conservador (como en los casos de Porfirio Díaz en México, Manuel Estrada Cabrera en Guatemala, Juan Vicente Gómez en Venezuela o Rafael Núñez en Colombia) se manejaba con maneras personales que respetaban hasta los más íntimos. De esa manera de gobernar sólo se conseguían ventajas si se tenían en cuenta ciertas reglas de adulación o de cortesanía y pleitesía para luchar por el poder delegado, por las mercedes, los honores o los beneficios.<sup>13</sup>

De entre esas luchas surgió una generación que, por primera vez, puede calificarse como la que logró la emancipación mental de América Latina. La generación de los ochenta, surgida en Buenos Aires, acogió la doctrina agnóstica y evolucionista de Spencer. Individualista de por sí al estilo inglés, fueron experimentalistas, rectos y honestos en sus criterios pero, por absorberse en la cultura europea, no permitieron que afloraran las fuerzas de su propia alma argentina y buscaron soluciones y remedios

<sup>13</sup> José Luis Romero, *op. cit.*, p. 303.

exóticos. Poco a poco, derivaron hacia el conservadurismo social y pusieron su inteligencia al servicio de sus intereses más personales para expresarse como parte de la oligarquía. Se apoyaron en el liberalismo spenceriano porque les facilitaba alcanzar las mayores libertades. La generación se formó de hombres ilustres como José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago, Norberto Piñero, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía y otros que fueron influidos por ellos, como Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Sus influencias ideológicas fueron grandes en la educación y en la administración pública, así como también en los negocios. Todos estuvieron destinados a representar una postura burguesa y tal parecía como si la civilización se fuera a desarrollar de gran forma en ese periodo.

Los argentinos de 1880 y también el resto de los latinoamericanos, no pudieron lograr, sin embargo, un mayor desarrollo de la civilización porque se convirtieron en ayudantes de la burguesía europea. Se multiplicaron bancos, ferrocarriles y empresas y las economías nacionales se permearon de los intereses ajenos junto a su civilización y aun cuando se hablaba de nacionalismo —a nuestra manera de pensar de tipo defensivo— era difícil de definirse en qué consistía. Dentro de ese mundo civilizado, muchos de sus mejores hombres trataron de buscar ese contenido en el pasado, como fue el caso de Juan Agustín García (1862-1923) que escribió *La ciudad indiana*. Otros casos dirigieron su búsqueda al pasado histórico inmediato y trataron de comprender figuras como la de Rosas, como hizo José Ramos Mejía (1826-1882), quien temió que el nuevo sesgo del progreso spenceriano pudiera causar la pérdida de las tradiciones nacionales y retrocedería en busca de la cultura clásica, para enfrentarla a la educación utilitaria, porque la primera “por sí sola constituye una escuela de patriotismo y nobleza moral”. Todavía



José Ingenieros (1877-1925) sostuvo una postura racista, donde el ideal era los Estados Unidos, quería convertir a América en otra Europa, cambiando las mentes de los hombres americanos mediante la educación, pero también quería cambiar a los hombres mismos por medio de inmigraciones de blancos europeos.<sup>14</sup>

Debajo de todo ello había una realidad, y ésta fue el pensamiento del fundador del Partido Socialista Argentino Juan B. Busto (1865-1922), quien identificó la lucha del obrero industrial que en las ciudades refleja la del oprimido contra su opresor, antes librada en el campo. Esta lucha citadina fue la que encontró el obrero inmigrante en la Argentina, que dejó su ámbito de tierras lejanas para encontrarse con que se enfrentaba de nuevo a lo mismo. Ese obrero tendió, por ello, a formar organizaciones de protección como lo fue el Partido Socialista Argentino. Pero la mayor contribución de Busto consistió en tratar de sacar a la enseñanza argentina de su carácter burgués positivista para ligarla con las respuestas proletarias. En esa forma combinó la filosofía positivista spenceriana con la marxista, sin que aceptara las bases que respaldaron el pensamiento de Marx.<sup>15</sup>

Los grandes ideales de los próceres uruguayos de la emancipación mental, se mantuvieron a través del pensamiento de Varela, que se preocupaba por encontrar la manera de combatir “todas las dictaduras” y muy en especial las que pudieran producirse en el futuro. Los años ochenta, con su nueva generación, pudieron enfrentarse con los militares que venían gobernando. Partiendo de la base de que el orden se origina en la propia libertad del individuo, se reunieron los pensadores del Ateneo y llegaron hasta el punto de encontrarse frente a frente con el cuartel, como dos fuerzas políticas y sociales en pugna.

<sup>14</sup> Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 322-324.

<sup>15</sup> Zea, *op. cit.*, p. 326-327, 339.



Al igual que hicieron en 1873 la minoría docta del Ateneo, se empeñaron en repetir los errores de sus maestros. Sin embargo, el grupo formaría el partido constitucionalista al integrarse a la política nacional, pero aunque produjo grandes escritos, se mostró inútil en la campaña. La irrealidad intelectual de los constitucionalistas fue importante pues, cuando éstos abandonaron sus torres de marfil, se apartaron de los principios verbalistas y conciliaron el derecho puro con los factores empíricos. José Pedro Varela, al regresar de los Estados Unidos, colaboró con el dictador Latorre para educar y democratizar a su pueblo y se enfrentó con los propios universitarios por considerarlos fuera de la realidad en sus tesis. De esos enfrentamientos surgió la Ley de Educación Común, dictada en 1877 por Latorre, y los doctores consideraron a Varela un traidor que había servido a la dictadura. Por esas reformas, sin embargo, se caracterizó la vida intelectual del país en el último cuarto del siglo y se reforzó el movimiento nacionalista, antirreligioso, considerado como el más poderoso antecedente de la campaña filosófica de los del Ateneo.<sup>16</sup>

Las tesis racistas que se desarrollaron en el sur del continente, resultaron imposibles en países de fuerte pasado indígena, como lo era México, donde el indígena y el criollo pesaban tanto el uno como el otro y el mestizaje de ambos se convirtió en el elemento dinámico y activo de lo que se llamó la burguesía mexicana, que fue el alma del progreso de la nación.<sup>17</sup> Por eso México concibió poseer una cultura mestiza en la que todos los niveles y colores podían incorporarse de manera positiva. Se pensó incluso que ese mestizo podía ser responsable por la paz y el orden, puesto que facilitó la entrada del progreso. Incluso se pensaba que la ley fundaría la libertad política

<sup>16</sup> Zea, *op. cit.*, p. 348-350.

<sup>17</sup> Zea, *op. cit.*, p. 324-325.



en hechos a la vuelta de una generación, debido a la educación y al progreso intelectual ya logrado.

La generación chilena del ochenta no quedó atrás pues, aunque Lastarria cerrara la Academia de Bellas Letras, por ver que se disolvía poco a poco, ésta dejó un marcado sello en la vida cultural del país. A *contrario sensu* de los pensadores mexicanos, Juan Enrique Lagarrigue se acercaba a los problemas sociales de su época, como el del socialismo, juzgándolos con simpatía y comprensión hasta el punto de oponerse a un proyecto de ley del gobierno chileno en contra de las huelgas de trabajadores, por considerarlos autorizados a constituirse en huelga de no poner en entredicho su libertad, y proclamaba que negarles el derecho de huelga los convertía en siervos.<sup>18</sup> Aun cuando Lastarria nunca atrajo a Letelier a su pensamiento, se convirtió en un apóstol de la humanidad y encarnó la ortodoxia chilena a partir del 1º de marzo de 1882, fecha en que llegó a Chile después de su estancia en Francia.<sup>19</sup> Es importante, sin embargo, que tanto Lastarria como Letelier vieran en el positivismo un rico filón del cual partir para construir la ciencia política, aun cuando el positivismo representara para ellos un punto de partida y no una solución al problema. La razón fue que los problemas americanos respondían de diferente manera que los planteados en otros lados y por ello ameritaban soluciones propias. Letelier pudo plasmar sus puntos de vista en una memoria de 1886 sobre la *Ciencia política en Chile y la necesidad de su enseñanza*. El tema no fue acogido y, aún cuando lograra poner a la gente de acuerdo en las discusiones científicas, no logró los mismos resultados con las políticas que acalararon los ánimos e hicieron la concordia imposible perpetuándose divisiones que pudieron parecer suficientes para disolver los grupos.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Zea, *op. cit.*, p. 237, 239.

<sup>19</sup> Zea, *op. cit.*, p. 253.

<sup>20</sup> Zea, *op. cit.*, p. 260, 262.



Letelier insistió por considerar que la ciencia política pondría de acuerdo a las personas doctas que encabezaban los partidos políticos, aun cuando votaran de manera diferente en las urnas. La finalidad de su ciencia política era determinar las leyes naturales que dirigían los fenómenos políticos. Al igual que la historia, la ciencia política ofrecía varias posturas posibles y varias teorías políticas en cada problema, de manera que se podría ofrecer la oportunidad de elegir el camino más conveniente, al contrario de lo que había hecho la política positiva de Lasarria que solo ofrecía un proyecto consuetudinario irrealizable, dentro de las condiciones sociales de Chile en el momento. Por ende, hacía notar que los partidos políticos gobernaban difundiendo doctrinas peligrosas que no surtían los efectos esperados. La formación del ser humano asentada su manera de ser, pero no lo condicionaba hasta el punto de imposibilitar su libertad y Letelier podía hablar así de una ciencia política, porque había salvado la libertad apoyada en la vida del campo. Las fuerzas sociales obraban en ese caso con y a pesar de la voluntad humana. Pero, además, Letelier concebía que su deber de estadista y de ser racional consistía en estudiar los fenómenos para facilitar su desarrollo y evitar situaciones estériles. Si los gobernantes supieran de la dinámica social y de la relación que existe entre el antecedente y el consecuente pensaba que podrían no confundir los hechos y adelantarse a los mismos aun antes de que concurrieran sin acudir a la política empírica que sólo reprimía los efectos visibles de los sucesos. Ello sucede en el caso de las huelgas y lógicamente se termina en la violencia.<sup>21</sup> La ciencia política dotaría a la sociedad de un instrumento de paz y orden, sin necesidad de restringir la libertad individual.

<sup>21</sup> Zea, *op. cit.*, p. 269-370.



Letelier, en 1886, aspiró a formar un partido político totalmente nuevo y rechazaba los tradicionales de los pelucones y los pipiolos con que se había encontrado. Su camino sería el de la libertad responsable, apoyada en la realidad y la experiencia que producirían un liberalismo calificable de científico, sin alcanzar los niveles que se alcanzaron en México. La educación debería ser llevada por sectas antagónicas para no facilitar una unidad de conocimiento pues, si se facilitaba, éste llevaría a no discutir problemas sociales, a no resolverlos y a dejar que la sociedad se dirigiera de esa forma a la anarquía. Por otra parte considera necesario un autoritarismo nacional del estado, que es una forma responsable e irremplazada para dirigir el desenvolvimiento político. Así llegaba a la fórmula de orden y libertad responsables.<sup>22</sup> La ciencia política dotaría a la sociedad con un verdadero instrumento de paz y orden, sin necesidad de reprimir la libertad individual.<sup>23</sup>

Esa manera de pensar contrastaba con la situación peruana, pues el propio González Prada, 1848-1918, pronunció un discurso en el teatro Politeama expresando que la derrota de Perú y de Bolivia se debía a que los chilenos invocaban a Chile, mientras que los peruanos hablaban de un caudillo como si fuera un señor feudal y, así arrastrados, no tenían noción ni de patria. La ignorancia, junto con un espíritu servil, había derrotado a Perú; González Prada veía el remedio en la ciencia, que consideraba redentora porque suavizaba la tiranía de la naturaleza y la libertad al formar hombres fuertes. Pero se trataba de ciencia positiva, que en un siglo de aplicarse a la industria había producido más bienes a la humanidad que los milenios de teología y de metafísica precedentes.

González Prada representó el paso entre el romanticismo y el positivismo hispanoamericanos en el Perú. Él

<sup>22</sup> Zea, *op. cit.*, p. 272-273.

<sup>23</sup> Zea, *op. cit.*, p. 274.

mismo comenzó por destruir el pasado, acudió a la tesis de igualdad en la sociedad y, al tratar de reconstruir fue realista, oponiéndose a todas las utopías para acercarse a la realidad positiva y a la ciencia, porque en ella se habían apoyado todos los pueblos hegemónicos del siglo XIX. Pretendía quitar al poderoso algo de su poder y al rico algo de su riqueza para ver si preconizaban la resignación que aconsejaban. Hasta la fecha, el pueblo tenía que hacerlo para los demás y debía hacerlo en beneficio propio.<sup>24</sup>

Por otra parte en Bolivia, desde 1882, se trató de regenerar al país entendiendo de dónde venían los problemas, como sucedió con anterioridad en el resto de Latinoamérica. Pero Nicomedes Antelo, boliviano originario de Santa Cruz de la Sierra y residente en Buenos Aires desde 1860 a 1882, aprendió de la evolución positivista seguida por la escuela darwiniana. Se mostró ultra racista y defendió la necesidad de hacer desaparecer no sólo al indio, sino también al mestizo para obtener una América blanca:

Tenía el orgullo propio de un naturalista darwiniano: ser descendiente, por línea de las hembras y por línea de los machos, de las barraganas y soldados españoles que fundaron Santa Cruz de la Sierra. Estaba contento de ser latino, si bien por las tendencias de su espíritu hubiera sido con más propiedad anglosajón.<sup>25</sup>

Consideraba que debían extinguirse todos los inferiores para lograr el progreso del universo y, como consecuencia, dolorosa pero lógica, los indios y los mestizos tendrían que desaparecer. El indio, un ser inferior aun fisiológicamente, era incapaz de concebir la libertad republicana con todos sus derechos e implicaciones y constituía, además, una masa de resistencia pasiva. El mestizo representaba

<sup>24</sup> Zea, *op. cit.*, p. 277-278, 280.

<sup>25</sup> Zea, *op. cit.*, p. 300-302.

a una variedad subalterna de la especie y la mezcla los convertía en revoltosos, serviles y anárquicos, pasivos y estériles para la labor tecnológica que se necesitaba emprender. Su conclusión fue que los dos agentes arcaicos de Bolivia, el mestizo y el indio, deberían de desaparecer por obra y gracia del transformismo y de la inmigración europea. En esa forma se llegaba a establecer un concepto de barbarie, que eran los mestizos (aun los argentinos encabezados por Rosas) y la civilización (que eran los criollos que le habían vencido). Para Nicomedes Antelo la solución era la de establecer el principio político del trabajo. Por un lado la inmigración y por el otro la industrialización, tenían que ser los remedios que propulsaran la regeneración de Bolivia, que daría como resultado la libertad mental.

Los bolivianos encontraron el material suficiente para enfrentarse a su realidad en las doctrinas positivistas que representaban las sociedades fundadas con esa ideología. El partido liberal pudo hacer frente a los grupos con intereses personalistas, al discutir los problemas sociales. Ante sí tuvieron a los grupos de poder que se organizaron en el partido conservador. El resultado fue que el fundador de este partido llegara a decir que la cuestión electoral llevaba envuelta la cuestión social.<sup>26</sup>

Mientras tanto, en Uruguay habían vencido las nuevas ideas en 1884 y con ellas también la nueva moral práctica que se asentaba en realidades. Los hombres no esperaban nada trascendente y tenían que contar consigo mismos. Llegaban a la filosofía de la democracia y al liberalismo que sustituía la filosofía aristocrática y opresiva y la emancipación mental encontraba, así, donde apoyarse. Para 1890 el positivismo uruguayo había triunfado y la Universidad de Montevideo aceptaba a Spencer. También había cambiado la situación política pues, en 1886 se eli-

<sup>26</sup> Zea, *op. cit.*, p. 299.



gió presidente al general Máximo Tajés que devolvió la orientación civilista al país, y los civiles volvieron a regir la vida pública; éstos representaron la victoria sobre el cuartel, pero la dictadura podía justificarse con los nuevos principios que contenían el progreso.<sup>27</sup>

## 12. *El fin del siglo*

Los positivistas habían entendido para 1890, que ningún sistema importado podía transformar a Latinoamérica en un estado moderno, mientras subsistiera la estructura feudal y oligárquica. Todavía sucedió que en los años ochenta se terminara con una crisis financiera debido a la expansión económica. Chile y Argentina la padecieron de manera especial. En Argentina, por ejemplo, la especulación terminó con un derrumbe económico aparatoso en 1890.<sup>1</sup> Todo estaba en el aire y a la vez recibía el reflejo del mundo ideológico que se había creado. El latinoamericano continuó convirtiendo filosofías que, surgidas en Europa se convertían en instrumentos de la preocupación política y no se creó una metafísica, sino que asimilaron las que recibieron de Europa y las transformaron en ideología. De este fenómeno, Latinoamérica fue consciente y lo que surgió detrás de las formas importadas no tuvo que ver con lo que las originó, sino que respondió a necesidades americanas. El producto sería calificado por el europeo de “mala copia” o “infame y absurda imitación”, pues Lastarria, por ejemplo, cambió el orden y progreso por “libertad y progreso” y Gabino Barreda hizo lo mismo al cambiar amor, orden y progreso por “libertad orden y progreso” para justificar sus relaciones con el partido liberal mexicano, entonces en el po-

<sup>27</sup> Zea, *op. cit.*, p. 363-364.

<sup>1</sup> Juan Franco, *La cultura moderna en América Latina*, p. 21.

der, después de la derrota de los conservadores.<sup>2</sup> La subordinación del pensamiento que después se transformaba, fue patente en Rodó, así como la enajenación en que había caído el latinoamericano al esforzarse en seguir un modelo de hombre que no tenía por qué ser el “hombre por excelencia”, como lo era el norteamericano pragmático.<sup>3</sup> El fenómeno de la crisis económica argentina se reprodujo en Chile y, con ella, la reacción contra la afirmación del poder presidencial, que fue posible gracias a la prosperidad de la década anterior. La crisis dividió al parlamento frente al problema de la sucesión presidencial. Aunque Balmaceda intentó continuar gobernando sin contar con las Cámaras y a principio de 1891 promulgara el presupuesto nacional por decreto, oponiéndose así al Congreso, la mayoría parlamentaria, apoyada en la marina y el ejército, tomó y controló la fuente norteña de las exportaciones chilenas. Después de ocupar todo el país, incluso la capital, donde Balmaceda se suicidó, pusieron fin al avance de la fuerza del poder presidencial chileno.<sup>4</sup> Aunque no está claro que la burguesía chilena interviniera en estos hechos, el desarrollo mismo de la crisis no permitía la presencia de ese sector, cuya existencia sólo se postulaba y no se demostraba. Incluso el grupo que apoyó a Balmaceda se adoptó al sistema parlamentario caracterizándose por su extremo oportunismo pero, aun ese grupo que se adivinaba como importante, se veía postergado por la solución chilena dominante.<sup>5</sup>

Por otra parte, los años noventa definen una política intervencionista estadounidense, que estimuló movimientos encontrados. Esos esfuerzos produjeron reacciones y en

<sup>2</sup> Zea, *La filosofía americana*, p. 25-26. *El pensamiento latinoamericano*, p. 252.

<sup>3</sup> Zea, *op. cit.*, p. 26.

<sup>4</sup> Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, p. 333.

<sup>5</sup> Halperin, *op. cit.*, p. 333-334.



primer lugar un espíritu de oposición que se simbolizó en la frase de Martí “Nuestra América”, que trataba de aunar y reafirmar los lazos comunes de los países de Latinoamérica pero, además, se buscaba cooperación en contra de los Estados Unidos o de cualquier potencia amenazante. El movimiento tuvo dos momentos importantes con la aparición de los libros de José Enrique Rodó, *Ariel* y el de Manuel Ugarte, *Destino de un continente*.<sup>6</sup> Las desventajas y las ventajas del mundo industrial y financiero se habían hecho aparentes: las fortunas aparecían y desaparecían con la misma facilidad en el momento en que nacía el movimiento modernista latinoamericano. Los poetas fueron los primeros artistas considerados diferentes a la sociedad que era baja y materialista e ignoraba los verdaderos valores que sólo ellos vislumbraban. Por ello, se aislaron y constituyeron la primera generación de escritores profesionales hispanoamericanos.<sup>7</sup> El final del siglo vio la polémica sobre el idioma, entre quienes defendieron su pureza y los que buscaron un lenguaje correspondiente al que realmente se hablaba en Latinoamérica. Los modernistas concibieron que el conflicto era ideológico, pues trataba de un lenguaje que no había logrado desarrollarse al ritmo de los tiempos y de las nuevas experiencias espirituales y estéticas habidas. Así resultó la polémica en un ataque al idioma castellano. De entre todos los reproches de Rubén Darío al castellano, hay que destacar que se hallaba amurallado dentro de la tradición. Concebía que su misión era ponerlo al día y para ello era necesario introducir un vocabulario no español. Pero, al atacar el idioma se estaban atacando también los valores españoles porque, como sostenía Pedro Emilio Coll, el desarrollo técnico que lograron los modernistas necesitaba

<sup>6</sup> Griffin, *El periodo nacional en la historia del Nuevo Mundo*, p. 142.

<sup>7</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 21.



también de una evolución mental. Manuel González Prada, del Perú, sentía que el ejemplo español nunca podría ser útil al Nuevo Mundo. Porque la cultura metropolitana no proporcionaba estímulos intelectuales y porque los escritores trataban condescendentemente a sus compañeros del Nuevo Mundo; España era así responsable del sentimiento de rebelión que existía en todo el continente. En consecuencia, los hispanoamericanos estrecharon vínculos con otras culturas europeas. De hecho sucedía que el modernismo surgió en plena crisis, cuando las creencias religiosas tradicionales y los convencionalismos morales eran desafiados de manera abierta. “No se encuadran las producciones artísticas en los viejos moldes agujereados por uso de cien generaciones”, y así, salían en busca de nuevo lenguaje y nueva incitación que encontrarían en el lenguaje y la cultura francesa.<sup>8</sup> De hecho fue un periodo hispánico, en el que la influencia francesa fue definitiva y los propios modernistas, además de muchos edificios bonaerenses o mexicanos, declararon su deuda: Salvador Díaz Mirón, Rubén Darío y Julián del Casal se declaraban abiertamente discípulos de Víctor Hugo. Francia les proveía de todo lo que faltaba a España: una literatura, un lenguaje flexible y un ambiente adecuado para el artista. Por ello, el artista latinoamericano se identificó con el francés y cuando llegaba a la Gare Saint-Lazare sentía estar pisando terreno sagrado.<sup>9</sup>

De hecho lo que sucedía al modernista latinoamericano era que carecía de ambiente y de público, pues escribía para él mismo y el público los ignoraba. De ello se quejaban, al parejo, Amado Nervo y Antonio Bórquez Solar el chileno o el argentino Luis Berisso, que sólo encontraba el interés de las clases altas de su país en la cría de caballos y en los deportes. Aparte la política era lo único que pe-

<sup>8</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 24.

<sup>9</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 25.

netraba en la indiferencia. Pero, además, el artista se veía enfrentado por la inestabilidad de la política y las convulsiones anarquistas y tenía que hacerlo con una precaria situación económica:

no basta poseer un Ateneo y una Academia; es indispensable un público, por así decirlo, artista, un público que ame la ciencia, la poesía, el arte, las cosas bellas del espíritu.

Es verdaderamente triste que una ciudad de seiscientos mil habitantes, como Buenos Aires no tenga cien lectores de libros nacionales,

decía Luis Berisso (1866-1944).<sup>10</sup> Otros, como Pedro Emilio Coll, entreveían otros inconvenientes y concebían que la nueva sensibilidad del arte contemporáneo hispanoamericano se enfrentaba con estados de alma vagos y crepusculares, que se debían a hondas causas sociales: a la educación y al momento angustioso que se vivía. Por ello la fineza del poeta se estrellaba contra normas sociales y se sentía como extraño en la sociedad.<sup>11</sup>

En efecto, cuando uno se adentra en la vida de estos hombres, se encuentra que José Asunción Silva, el colombiano, pasó parte de su vida tratando de arreglar los negocios de su familia, arruinada en la guerra civil. Los padres de Leopoldo Lugones abandonaron la hacienda familiar para instalarse en Córdoba después de graves dificultades económicas. Julio Herrera y Reissig había visto cómo su familia perdió fortuna y fuerza política. La de Julián del Casal abandonó el ingenio azucarero que tenía porque se desarrollaron las empresas competitivas en Cuba. Aun cuando también hubo poetas ricos entre los modernistas, los reveses fortalecieron el odio a su sociedad y éste se convirtió en una constante dentro de sus obras a pesar de que vieran con simpatía los movimientos sociales. Su odio se encendió, de manera muy especial, en

<sup>10</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 26-27.

<sup>11</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 27.

contra de la sociedad buguesa contemporánea. Los modernistas condenaron a la riqueza, al materialismo y a la burguesía. En ocasiones la condena fue verbal y hubo muchos matices que los llevaron desde la participación activa en política hasta la inactividad más exagerada.<sup>12</sup> El caso de José Martí, que después de una vida conflictiva murió en una expedición revolucionaria por la libertad de Cuba en 1895, parece desdecir a muchos de sus contemporáneos, porque prefirió la acción a la protesta teórica y literaria.<sup>13</sup> En postura intermedia se encontraría a Rubén Darío, quien se inclinó hacia el socialismo porque,

la parte del socialismo artístico no me desagrada, porque es la reacción contra la opresión de la vida moderna. Pero no olvide usted, y hace bien, que el arte es esencialmente aristocrático

decía al escribir al poeta chileno Emilio Rodríguez Mendoza. En cambio todos sus contemporáneos se negaron a utilizar la poesía como instrumento para despertar la conciencia de la humanidad. La postura extrema de los modernistas parece ser la figura de Salvador Díaz Mirón, quien, inspirado en Víctor Hugo, escribió con amargura en favor de los oprimidos en su poema *Los parias* e hizo resaltar vidas que carecían de sentido. Por lo general, el poeta no tomaba la postura de Díaz Mirón, sino que al contrario consideraba ser parte de los dirigentes y no de las masas.<sup>14</sup> Se entiende la postura de los modernistas cuando se observa que las ciudades volvieron a expandirse y a transformarse. La sociedad que contenían, aparte de que cambiara la fisonomía de los viejos estratos, vio surgir otros nuevos que, así como en el pasado produjeron la aparición de las clases medias, ahora en los noventa, dieron lugar a las nuevas burguesías que se instalaron, sin demora, en

<sup>12</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 29-30.

<sup>13</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 30.

<sup>14</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 32-33.



el poder y en lo alto de la sociedad para introducir un nuevo estilo de vida cosmopolita en oposición a las formas provincianas prevalentes. Este cambio de vida tuvo que ver con las actividades de los propios poetas. Los encontramos participando de actividades y se prestaron como funcionarios de sus gobiernos, planteando en esta forma contradicciones con la pureza de sentimientos que parecían mantener. Por ejemplo, Santos Chocano fue comisionado para cumplir misiones diplomáticas delicadas y llegó a convertirse en amigo íntimo y consejero del dictador guatemalteco Estrada Cabrera. Rubén Darío fue representante de Nicaragua en Madrid, Ricardo Jaimes Freyre fue diplomático en Bolivia y también ministro de Educación y de Relaciones Exteriores al comenzar el nuevo siglo.<sup>15</sup> La vida de muchos fue precaria y algunos terminaron en suicidio, muerte y dipsomanía. La de otros transcurrió en el mayor excentricismo, enfrentándose a las reglas ordinarias de la conducta o manteniendo una postura esteticista al entregarse a la búsqueda de valores no personales. Se consideraron aristócratas de la sociedad imponiéndose nombres de duques o de condes, o hablaron de su ascendencia de príncipes o princesas orientales.<sup>16</sup> El hecho es que los modernistas presenciaron grandes y rápidas transformaciones que engendraron temores subconscientes y trataron de lograr un estaticismo para oponerlos a los cambios. Pero, como el propio Rubén Darío, no profundizaron lo suficiente y se conformaron con los aderezos de una cultura literaria y humanista que, al final del siglo, todavía era la base de la educación de las clases medias y altas. A través de esa cultura se había conseguido un cuerpo común de conocimientos y de experiencia lite-

<sup>15</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 284 y Juan Franco, *op. cit.*, p. 34.

<sup>16</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 35-40.



ria derivada de la cultura clásica.<sup>17</sup> Sin duda el modernismo tuvo muchos aspectos negativos pues, en sus representantes, se evidenció el temor al cambio y de ahí que encontrarán su seguridad en el ámbito de los valores eternos. Por otra parte, en los cambios, el platonismo proporcionó un refugio en donde se aferraron a lo permanente y a lo absoluto del mundo aparte. Pero no advirtieron que los modelos de belleza eran tan relativos como los de la misma cultura. Por eso aparecen como el fin de una tradición, en vez de ser rebeldes ante la situación que los rodeaba con el cambio que minaba sus valores. Con estas características, que pueden interpretarse de negativas en el movimiento modernista, lograron, a pesar de ellas, resultados positivos pues por su misma excelencia justificaron la entrega al arte. El artista existió por primera vez como un miembro diferenciado en la sociedad hispanoamericana y llegó a dialogar sobre la necesidad de afirmar la individualidad y trató de trascender las limitaciones temporales. De manera especial, se afirmaron en la necesidad de no dedicarse a fines personales frente a sus contemporáneos convencionales. Llegaron incluso a mostrar, con el apoyo de la cultura, su repugnancia a pertenecer a la clase de intelectuales y ello fue decisivo en una mayoría cultivada.<sup>18</sup> Encaja perfectamente el que Alberdi pidiera que se aceptara la expresión filosófica occidental que mejor conviniera a las necesidades y realidad americanas, lo que significaba aceptar de manera consciente lo ya logrado al incorporarse los americanos a la historia del mundo occidental, donde como indígenas se iniciaba la incorporación y como occidentales se continuaba esa historia en el continente americano.<sup>18</sup> Por detrás quedaban los dos modelos europeos que, en sentido cultural, habían cuajado seriamente y éstos eran la Inglaterra victoriana y la

<sup>17</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 40.

<sup>18</sup> Juan Franco, *op. cit.*, p. 45-46.

Francia de Napoleón III. Las burguesías latinoamericanas habían crecido a imitación de ellos y acoplaron de nuevo en su forma de vida la mezcla de algo propio y algo extraño. Como era de esperarse, ese sello se desarrolló con mayor vigor en las capitales y en los puertos; a ellos llegaron los correos de París o Londres, vivían extranjeros que se prestigiaban por ser europeos y, además, ahí estaban los bancos y las casas de comercio, en su mayoría de nombres alusivos como “La Francia Marítima”.<sup>19</sup> De esa manera y en ese ambiente, en las ciudades se trató de crear un estilo cosmopolita europeo. Ese estilo coincidió con la preocupación burguesa de consagrar sin equívocos su condición de clase superior en la pirámide social. Ello les forzaba no sólo a poseer, sino adoptar un comportamiento sofisticadamente ostentoso. Dignificaban sus personas y sus familias y mostraron una superioridad que antes sólo fue concedida a los patricios.<sup>20</sup> Convirtieron el dinero y la riqueza en un signo de superioridad, aun moral, como dice Zea.<sup>21</sup>

La formación de la nueva burguesía, a la europea, se identificó con el desarrollo del liberalismo tanto en Chile como en Argentina, donde Ferreira estableció en 1892 su escuela en la provincia de Corrientes, ajustando el plan de trabajo a la ideología educativa que corresponde al nuevo periodo. Su opinión sobre educación era que ésta debía de ser experimental, positiva y de actualidad, que respondería a las necesidades tanto presentes como futuras. Los programas *a priori* eran inconvenientes, porque determinaban limitaciones y detalles que, en la práctica, resultaban amplios o estrechos y destruían la iniciativa tanto de maestros como de alumnos, cuyo perfecciona-

<sup>19</sup> Zea, *op. cit.*, p. 50.

<sup>20</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 284-285.

<sup>21</sup> Zea, *op. cit.*, p. 250.

miento físico, intelectual o moral dependía del trabajo personal espontáneo. Se mostraba contrario a toda uniformidad en la enseñanza sobre temas especiales y la limitaba a dar direcciones generales, dentro de las que se garantizaría la libertad de acción, tanto de alumnos como de maestros. El sistema de exámenes debía ser sustituido por la presentación de trabajos y por clases demostrativas de la labor que se llevaba a cabo. En esta forma, concebía un enjambre de escuelas con carácter propio que crearían individuos amantes de la libertad creadora.<sup>22</sup>

Ferreira no podía, con su manera de ver, aceptar una doctrina al pie de la letra. La libertad en la educación interpretativa y la libertad de originalidad eran la finalidad de la propia libertad. El positivismo, en otras palabras, tenía que ser interpretado de acuerdo con las circunstancias propias del intérprete, así el comtismo se convertía en una filosofía instrumental y lo que se había desarrollado ya no era positivismo.<sup>23</sup> Lagarrigue había imaginado un nuevo tipo de hombre que llamaba del porvenir y estaba encargado de hacer justicia entre los humildes. El orden oficial era imperfecto porque requería la intervención de hombres generosos que, con la riqueza, realizaran las reformas necesarias,

éstos [decía] serán los caballeros del régimen que... sólo apelarán a la riqueza para proteger a los débiles, puesto que la guerra habrá de ser definitivamente reemplazada por la paz.<sup>24</sup>

En esa forma convertía a los ricos administradores del capital humano en responsables morales y buscaba una cordialidad social que se basaba en el altruismo.

Todavía, en el año de 1892, contrastaba la situación de México con la del sur de Sudamérica. El Partido Li-

<sup>22</sup> Zea, *op. cit.*, p. 317.

<sup>23</sup> Zea, *op. cit.*, p. 319.

<sup>24</sup> Zea, *op. cit.*, p. 251.

beral Mexicano, que había puesto a Porfirio Díaz en el poder, se dirigió a la nación a través de un manifiesto explicativo de los principios que apoyaban el régimen para lograr la cuarta reelección del presidente Díaz, proponía, para ello, un programa que favorecía los intereses de la burguesía mexicana, haciendo el análisis científico de la situación y de los problemas del país. El pueblo llamó a estos liberales el “Partido de los Científicos” y parecía, según decían ellos, que había llegado el momento de conceder mayores libertades al pueblo. Pero, también consideraban que la libertad menos importante era la política y que la más importante era la económica, que permitiría la formación de capitales. El manifiesto pedía de manera especial que se redujera, en nombre de la libertad, la intervención del estado en lo económico. El orden político era tan imprescindible como la libertad económica, que era lo que se ofrecía a la burguesía.<sup>25</sup>

Resultaba más que claro, el único interés del manifiesto era el de la reelección del presidente. Sus servicios se consideraron indispensables para los intereses de la nación. Ésos eran los de la burguesía que consideraba a Díaz tirano, pero honrado. Así lo transformaban en un instrumento de la dictadura, y de la burguesía en beneficio propio. En consecuencia, Ives Limantour, de origen francés, se convertiría en el ministro de Hacienda encargado de administrar con rigor la economía del país en una nación donde el dinero se veía como un signo de superioridad, incluso moral.<sup>26</sup>

Los peruanos se retrasaron cronológicamente en los movimientos que tenían lugar por el resto de Latinoamérica y, todavía para 1898, González Prada se preguntaba si la situación sería la adecuada para poder fundar un nuevo

<sup>25</sup> Zea, *op. cit.*, p. 402-404.

<sup>26</sup> Zea, *op. cit.*, p. 404-405.



partido, que llamó Unión Nacional, destinado a servir de instrumento para la regeneración de los peruanos. “Quién sabe si en Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos. Quién sabe si aún permanecemos en la era del apostolado solitario”. El partido, sin embargo, trataba de provocar la evolución en el sentido de la más amplia libertad del individuo prefiriendo las reformas sociales a las transformaciones políticas. La juventud lo apoyó en busca de la regeneración social expuesta en su programa, pues concebía la necesidad de un sentido positivo de la realidad. En la ciencia positiva encontraba González Prada los mejores instrumentos para la regeneración, pero muchos otros pensadores no aceptaban las últimas consecuencias a las que temían, y retrocedían espantados cuando se les exigía aplicar las lógicas y las conclusiones de la ciencia.<sup>27</sup>

Sobre todo, porque González Prada concibió que esa ciencia positiva era un instrumento de destrucción destinado a acabar con los prejuicios y las falsedades de que el mundo estaba lleno. Además podían encontrarse los fundamentos para justificar la anarquía. Entre los males latinoamericanos especiales del Perú incluía la desigualdad racial. Para él, se había descuidado que el indígena era una realidad con la que se debía contar, pues podía convertirse en realidad positiva, o negativa, según se le facilitara la educación y el roce social necesario para ello, pues el indio no era inferior al blanco si se le permitía actuar dentro de las mismas circunstancias.<sup>28</sup>

Al cerrarse el siglo XIX, éste se apoyaba en el realismo. El desastre del Perú sufrido frente a Chile y el fracaso de la organización social peruana fueron los ingredientes que llevaron a pensar en la necesidad de enmendar los rumbos seguidos. A partir de 1900 el Perú vio cómo la ciencia

<sup>27</sup> Zea, *op. cit.*, p. 278-281.

<sup>28</sup> Zea, *op. cit.*, p. 282-283.

positiva sentó sus reales en el pensamiento de sus intelectuales. De hecho, toda Latinoamérica estaba permeada por la ciencia positiva-realista que inspiraba al mundo contemporáneo.

La reforma peruana a partir de 1900 se apoyó en tres figuras destacadas y que prefirieron el spencerianismo. Ellas fueron Mariano Cornejo (1866-1942) envuelto en misiones diplomáticas y ministro del interior en 1919, que llegó a presidente del Consejo de Ministros. Javier Prado y Ugarteche que, junto con Cornejo, sostuvo el ideario y Manuel Vicente Villarán, quien se dedicó al campo de la educación para tratar de reformar y formar, por ese conducto, el sentido de nacionalidad en el peruano.<sup>29</sup>

En Bolivia, también al finalizar el siglo (1899), apareció un partido liberal que triunfó sobre el conservador. La revolución ofreció la oportunidad anhelada por los positivistas, que dejaron sentir su influencia en todos los campos. El estado tardó muy poco en someter a esa filosofía toda la educación, tanto civil como eclesiástica. En pocos años se dieron pasos fundamentales, como la fundación de la primera escuela normal de maestros dirigida por pedagogos belgas, la instauración del laicismo, la supresión de las asignaturas de religión y doctrina (en 1913). Finalmente aparecieron los estudios de la realidad boliviana, entre los que Alcides Arguedas, con su *Pueblo enfermo*, ocupa un primerísimo lugar.<sup>30</sup>

Sin duda, Latinoamérica se había vestido con los nuevos ropajes del positivismo. Pero la pregunta se plantea en cuanto se medita si los positivistas habían logrado algo concreto, y si habían resuelto el viejo problema de la identidad latinoamericana. Parece imposible que Latinoamérica pudiera aceptar el desarrollo económico material al que, en mucho, se deben los pasos de su pensamiento

<sup>29</sup> Zea, *op. cit.*, p. 285-286.

<sup>30</sup> Zea, *op. cit.*, p. 303.

y que contemplara impávida cómo los políticos se aliaron con los capitalistas externos e, incluso, empeñaron sus recursos naturales y su mano de obra. Tenían que ver por fuerza cómo los pensadores, o educadores, o artistas —aun cuando los modernistas hubieran llegado a formar una profesión de sus artes— se vieron obligados a desvirtuarse para actuar, si algo deseaban obtener, dentro del campo político nacional latinoamericano.

Los propios pensadores, al final de sus análisis, alcanzaron posturas bien escépticas. Hay que reconocer que el positivismo logró sacudir a América Latina pero, en cambio, hay que reconocer también cómo, lograda esta sacudida, no pudo llegar muy lejos debido a sus limitaciones en el campo social, en el que se detuvo ante los problemas sociales que pospuso, como sucedió en el caso del manifiesto destinado a promover la reelección de Porfirio Díaz, a pesar de que éste se presentaba como positivista.

Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) sentía opresión intelectual y también política y económica, y consideraba que la política oficial era demasiado sistemática para no poderse equivocarse. El propio Justo Sierra decía, que la nueva generación veía la filosofía gubernamental como un obstáculo a veces, en vez de como un estímulo para el progreso. Alfonso Reyes (1889-1959) consideraba que se trataba de una impostura. El propio Justo Sierra decía a su vez que nada había cambiado y que al final de siglo la vieja y controvertida herencia española seguía en pie. En otras palabras, estaba diciendo que con anterioridad se discutía en base a doctrinas teológicas o metafísicas, mientras que a final del siglo se hacía apoyándose en un pseudo-cientificismo, ayudado por dictaduras científicas que se anquilosaban. Por eso se llegó a entender el positivismo como una filosofía de retroceso pues, el progreso culminó por haber apoyado intereses limitados y mientras,

no se permitía que la mente humana traspasara la barrera de lo material y lo positivo.<sup>31</sup>

La crítica al positivismo se desencadenó con el fin del siglo y es posible que las revoluciones sociales del siglo xx se debieron a ese desencadenamiento. José Enrique Rodó (1871-1917) pudo en ese ambiente de crítica formar una gran teoría filosófica de la cultura latinoamericana y con ella facilitó un verdadero arsenal de ideas para los opositores del positivismo. Los principales antipositivistas latinoamericanos fueron entre otros, el argentino Alejandro Korn (1860-1930), el peruano Elejandro Deustua (1849-1945), los mexicanos Antonio Caso (1883-1946) y José Vasconcelos (1882-1959), el brasileño Farías Brito (1862-1917) y el uruguayo Carlos Vaz Ferreira (1872-1952). Todos ellos, formados en el positivismo, asimilaron las mejores expresiones del mismo y renunciaron a aquéllas que consideraban limitativas del auténtico progreso.<sup>32</sup>

No se había tenido en cuenta, o los positivistas no dieron importancia al quehacer de los grandes imperios, que apoyaron en todo momento su periodo, tanto en el exterior como en el interior de Latinoamérica. La educación había cubierto sólo ciertos estratos latinoamericanos, todavía había millones de hombres por educar para que se convirtieran en miembros verdaderamente productivos y responsables de la sociedad latinoamericana. Aun cuando supieran leer y escribir cada día un mayor número de latinoamericanos, ello no implicó que fueran verdaderamente educados. El impacto de las tesis y de los factores económicos y políticos extranjeros, forzosamente tendría que reducirse a medida de que se fundaran más sistemas educativos en concordancia con las realidades de sus pro-

<sup>31</sup> Zea, *op. cit.*, p. 409-410.

<sup>32</sup> Zea, *op. cit.*, p. 412-413.



pias sociedades.<sup>88</sup> El hecho fue que la guerra mundial de 1914 acabó con las ilusiones positivistas en todas sus formas y que América Latina se encerró en los nacionalismos.

<sup>88</sup> John J. Johnson, "Foreign Factors in Dictatorship in Latin America", en Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, p. 134.